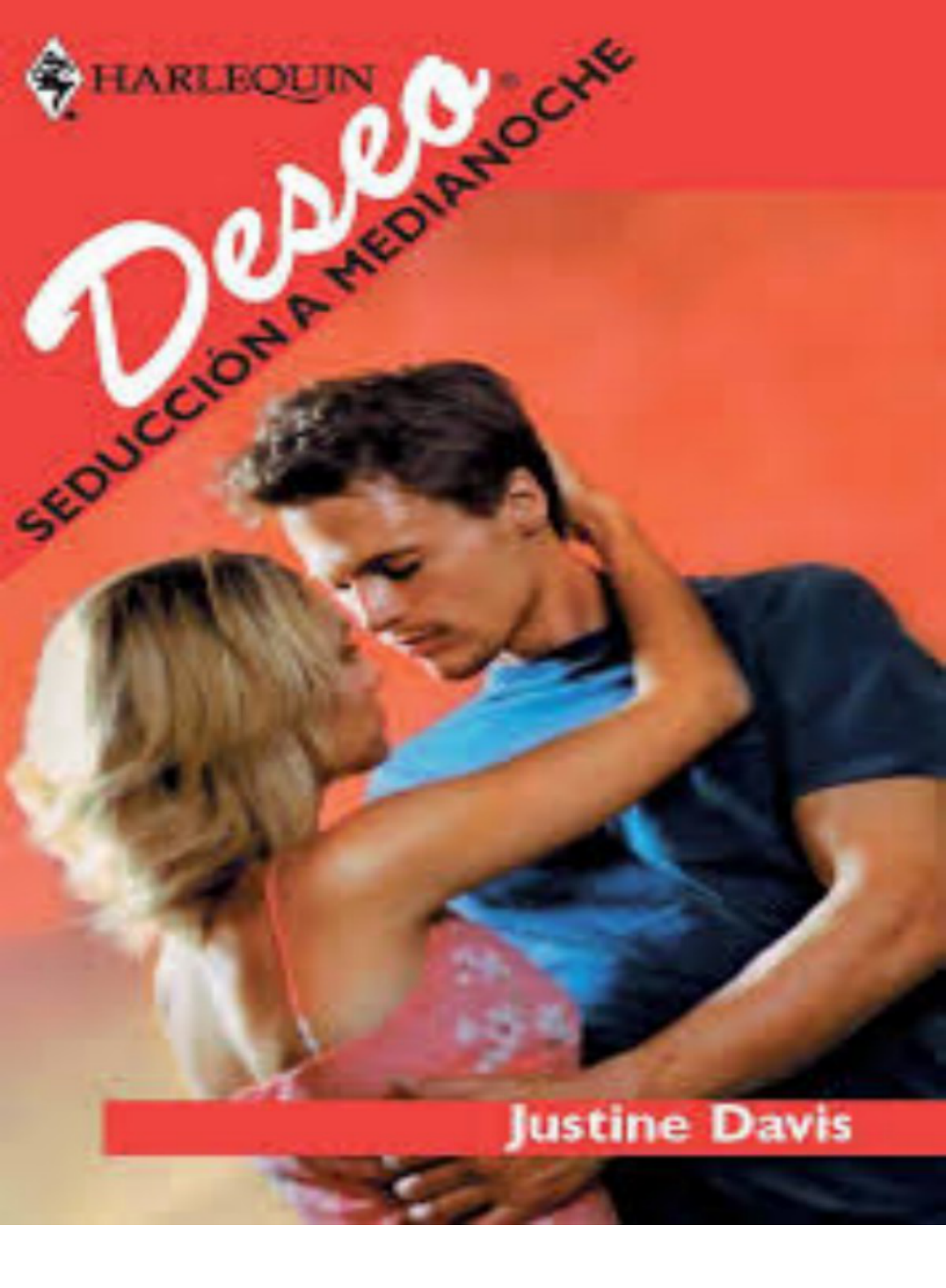

HARLEQUIN
Deseo
SEDUCCIÓN A MEDIANOCHE
Justine Davis

Seducción a medianoche

La última aventura del millonario Harlan McClaren había estado a punto de costarle la vida. Ahora sólo deseaba estar solo y aquel puerto lejano donde nadie conocía su identidad parecía el lugar perfecto. Pero entonces apareció una joven inocente y seductora y le pidió ayuda para resolver aquel terrible misterio…

Desde el primer momento, Emma Purcell se quedó atrapada en los ojos angustiados de aquel hombre de oscuro pasado. Pero no podía dejar que eso la distrajera de su misión.

El podía ser la solución a todos sus problemas.

Capítulo 1

Emma Purcell intentó olvidar el ruido del motor de la avioneta y concentrarse. De todos modos, su negocio estaba con el agua al cuello y, de seguir así, con Frank Kean exigiéndole más dinero por el alquiler, Safe Haven pronto se iría a pique.

Cortó con sus pensamientos y suspiró. Aunque no le gustaba el mar, no había dejado de pensar en metáforas marinas desde que había salido del despacho del abogado. Había querido algo que la distrajera del inaguantable dolor que le había supuesto la muerte de su primo Wayne y las deudas de su adorado refugio para animales, Safe Haven, y ahora lo tenía. Algo muy grande. Y todo envolvía una gran pregunta: ¿por qué diablos le dejaría Wayne un barco a una prima que odiaba el mar?

Estaba pensando en venderlo cuando el piloto anunció el Monte St. Helens a la derecha del avión.

-Podría sacar suficiente para mantenernos unos meses más -pensaba-. O algo más con un poco de suerte. Incluso hasta podría cortarme el pelo.

Pero antes tenía que cumplir lo que Wayne había estipulado, así que vería el Pretty Lady antes de decidir nada, tal y como su primo le había pedido en la críptica carta que había recibido de manera inquietante tres días después de su muerte. Se lo debía.

Para enfrentarse a la tristeza que la invadía, se obligó a mirar por la ventana cuando se aproximaban al aeropuerto SeaTac. Tuvo que admitir que aquella zona del Pacífico noroccidental era de lo más hermoso. Nunca había estado en aquella parte del país y ahora se preguntaba por qué, pues, a pesar de no ser aficionada al mar, aquello era diferente. Desde el aire Puget Sound parecía un enorme lago en calma salpicado por islas y delimitado por penínsulas grandes y pequeñas. Desde niña le había asustado el océano, pero aquél le parecía más seguro, pues no tenía olas y además nunca se perdía la tierra de vista, lo cual reconfortaba a su alma de marinera de agua dulce.

-No será para tanto -se dijo mientras rellenaba los papeles para alquilar un coche-. Quizá hasta podrían ser unas vacaciones.

El joven sonriente tras el mostrador le informó de que su destino estaba muy cerca. Sólo tendría que tomar la 1-55, salir por la salida 177 y dirigirse al ferry que la llevaría a la otra orilla a tan sólo unos kilómetros del puerto deportivo que buscaba.

Su cabeza se llenó de imágenes de Charon y su barco navegando en el río Styx. Apartó la idea y examinó el mapa en el que el joven

le indicaba el camino. Una vez fuera de la terminal sacó el teléfono móvil del bolso para llamar a su infatigable asistente Sheila.

-Ya estoy aquí, sana y salva.

-Fantástico. Ya he encerrado a todos los animales y el hijo de la señora Santini ha venido por Corky.

-¿Vuelve a casa?

-Sí, mañana. Quería que Corky estuviera allí para recibirla.

Emma se emocionó al imaginar el reencuentro entre la adorable anciana y su terrier. Aquello era lo que hacía que merecieran la pena las largas horas de trabajo o la tensión de abordar extraños para pedir dinero o provisiones. Para ello había creado Safe Haven, para cuidar de las mascotas cuando sus dueños enfermos o heridos no podían hacerse cargo de ellas.

-Revisaré todo contigo esta noche -dijo.

-Ni se te ocurra. Éstas son tus primeras vacaciones en dos años.

-Pero...

-No me estarás insultando, ¿verdad? No insinuarás que no puedo llevar este lugar sin ti.

El enfado de Sheila era fingido, pero Emma sabía que no lo era lo que sentía. También sabía que su asistente era muy competente y no era más que su propia ambivalencia lo que la ponía nerviosa. Dejó que la mujer le asegurara que todo iría bien y colgó tras la promesa de no volver a llamar salvo en caso de emergencia.

Intentó distraerse mientras conducía, concentrándose en los alrededores y pensando que le debía a Wayne al menos abrirse a lo que fuera que hubiera encontrado en aquel lugar que lo había hecho quedarse, tan lejos de su hogar.

Aunque por otro lado pensó que Wayne tampoco tenía ningún motivo por el que regresar y le costó no sentir más resentimiento que nunca en aquel momento. La crueldad de la familia de su primo lo había alejado de ellos hacía ya mucho tiempo, y ahora estaba muerto sin haber podido arreglarlo. Ella lo había intentado muchas veces; había intentado innumerables ocasiones actuar de mediador, pero no lo había logrado, y sus padres tampoco habían servido de gran ayuda. Entonces se dijo que ya no importaba; Wayne estaba muerto así que ya no podía avergonzar a su remilgada familia.

Emma se mordió el labio inferior para detener las lágrimas e intentó no pensar en ello. Como no funcionó pensó en el hecho de que pronto estaría a bordo de un barco. Aquello pareció funcionar y la mantuvo ocupada hasta que llegó al ferry. Le parecía tonto tener miedo, sobre todo al ver a tantos pasajeros charlando tranquilamente mientras subían por algo de comer o beber.

-Entiendo lo de beber -murmuró Emma para sí, pensando de forma poco habitual en ella en bebidas alcohólicas.

Lo último que necesitaba era comer, pues quería perder los nueve kilos que había ganado sin saber cómo, pero cuando el barco zarpó se vio con una magdalena y se sorprendió al darse cuenta de que le apetecía de verdad y no tenía ningún deseo de ahogar sus penas en nada líquido. Entonces pensó que quizá aquel barco no estaría tan mal.

Le habían dicho que llevaría tiempo, pero no cuánto. Harlan McClaren frotó la barandilla cromada del Seahawk, a pesar de que resplandecía desde hacía tiempo. La frotaba de forma concienzuda, como si fuera una tarea compleja en lugar de una rutina, la frotaba como si su vida dependiera de ello. Sabía que lo hacía para no volverse loco.

También sabía que lo iba a agotar. Era lo que más le hacía vacilar, la facilidad con que se agotaba con las tareas más sencillas. Acababa de cumplir los treinta y nueve, pero se sentía como un septuagenario. Se sentía como si se estuviera moviendo bajo el agua, como si el aire se hubiera empeñado en resistirse a sus movimientos. Pero recibía bien el cansancio, pues le evitaba pensar demasiado y a veces se agotaba hasta dormir sin soñar.

Le empezó a doler el hombro, un recuerdo de lo que lo había llevado hasta aquel lugar. Lo estiró en lugar de dejar lo que lo estaba agravando y ponerse hielo como le habían dicho sus terapeutas. Sabía que aquello no sorprendería a nadie que lo conociera. Excepto a Josh, el dueño del Seahawk, que había mandado a Harlan a recuperarse en su barco con instrucciones estrictas de comportarse durante la forzada recuperación.

-Por una vez en tu vida, Mac, haz lo que es sano -le había dicho Joshua Redstone, que lo conocía tan bien como los demás.

De repente oyó un crujido en el pantalán por el que alguien se acercaba al muelle. Pensó en meterse en la cabina, pues aquel día no le apetecía charlar con ninguno de los habituales del puerto. Pero el sonido de los pasos, la duda que había en ellos, le hicieron mirar, y frunció el ceño.

La mujer que se aproximaba por el pantalán de madera se agarraba a la barandilla como si le fuera la vida en ello. No llevaba sandalias de tacón como alguna de las que había visto aquel verano visitando el puerto, pero caminaba como si lo hiciera, a pasos muy cortos, como si esperara que los tablones se fueran a desplomar bajo sus pies y fuera a caer al frío fondo.

Volvió a su labor cuando la mujer hubo descendido al muelle,

esperando que se detuviera mucho antes del final donde estaba atracado el Seahawk, pero los pasos continuaron acercándose cada vez más, hasta que Harlan se detuvo y se quedó helado junto a la barandilla perfectamente abrillantada, en la que vio el reflejo de una mujer con pelo rubio y corto.

Mantuvo la respiración. No esperaba a nadie y de hecho se hallaba en aquel lugar para evitar a la gente. No había tenido ninguna visita desde su llegada y le gustaba que así fuera. Se quedó muy extrañado cuando la mujer continuó andando por el muelle y pasó los dos espacios vacíos entre su barco y el último atracado, el peor para la intemperie, el Pretty Lady, el barco de un hombre muerto.

Harlan se sentó sobre sus talones a observar. Si por un momento había esperado que ella no lo hubiera visto, la rápida mirada que ésta le lanzó por encima del hombro le hizo desechar la idea, y el repentino acelerón de sus pasos le hizo pensar que ella pensaba que la estaba mirando. Frunció el ceño, pues ninguna mujer que fuera al Pretty Lady podía ser quisquillosa. Pero también era cierto que aquélla no era como las que había visto en las pocas ocasiones en que la nave había tenido visitas femeninas. Aquella mujer tenía demasiada clase.

Pensó que quizá se trataba de una abogada que había ido a tasar el barco, cuyo valor menguaba día a día. Entonces se obligó a girarse pensando que no era asunto suyo, y siguió abrillantando la pasarela que no lo necesitaba. No le importaba, y no quería que le importara, por qué por fin alguien se había presentado en la vieja chalana.

De repente, con la imagen de la mujer aún en la cabeza, trazó la conexión que debía haber hecho nada más verla. El parecido con el hombre del Pretty Lady era inequívoco; así pues, debía de ser la prima de la que Wayne Purcell le había hablado, el único miembro de la familia del que había hablado con cariño y no con rabia y odio absoluto. Entonces se le ocurrió que debía ir a expresarle sus condolencias. Aunque no había sido muy amigo de Wayne, habían compartido alguna cerveza en alguna ocasión, hasta que se había dado cuenta de que una vez que empezaba a beber, a Wayne le costaba parar. Pero no pudo moverse; la idea de acercarse a un extraño, especialmente a una mujer tan atractiva, y ser amable le parecía tan imposible como escalar el Everest. Observó de reojo cómo se subía al barco, agarrándose con extremo cuidado a la barandilla como había hecho antes. Cuando por fin llegó a bordo se movió con cuidado hasta la cabina y se quedó de pie en la escotilla.

Era obvio que no sabía mucho de barcos. De hecho parecían darle miedo. Harlan se dijo que no era su problema y se volvió una vez más a su trabajo, hasta que oyó un golpe y después un grito.

A Emma le pareció un milagro no haberse roto una pierna o algo peor. Aunque aquello no le aliviaba el dolor en la cadera y el codo. Se sentó con cuidado tocándose el brazo que le había hecho gritar de dolor. Se le estaba empezando a calmar la respiración cuando un ruido arriba la aceleró de nuevo. La ligera inclinación del barco le dijo de qué se trataba: alguien había subido detrás de ella. Aún no se había podido poner de pie cuando el cuerpo de un hombre taponó la escotilla.

«Cálmate», se dijo. «No estás en la gran ciudad; no hay razón para asustarse».

El hombre habló, confirmando sus razonamientos, pues no parecía amenazador.

-¿Se encuentra bien?

De hecho le pareció cansado, muy cansado, como si en realidad no quisiera estar allí. Como no contestó, el desconocido empezó a bajar a la cabina y entonces ella se dio cuenta de que era el hombre que había visto antes en el lujoso y caro barco del último amarre, el hombre cuya presencia le había hecho acelerar el paso. Y ahora estaba allí, en un momento en que no recordaba haberse sentido más estúpida. El extraño bajó corriendo el resto de escalones y entonces ella se dio cuenta de que había tardado demasiado en responder.

-Sí, estoy bien -contestó ella agitando la mano como para espantarlo.

Entonces pudo verlo mejor a través de la luz que entraba por los ojos de buey. Era extremadamente delgado, y las chanclas, vaqueros y camisa que llevaban eran muy nuevos, como si la delgadez fuera también reciente y se hubiera tenido que comprar ropa nueva. El espeso cabello castaño tenía mechones rubios de alguien que pasaba tiempo al sol, pero él estaba pálido. Los ojos tenían la mirada hueca, como si hubiera estado enfermo, o aún lo estuviera.

O quizá alguien que tomara alguna sustancia nociva que le diera aquel aspecto descarnado, sospechó. Aunque ella no conocía a nadie así, no se podía vivir en el sur de California sin haber visto a alguno. También tenía una mirada cautelosa y tensa, que hacía de sus ojos una sombra verde que resultaba más alarmante que atractiva.

-¿Está segura? -preguntó él, y ella tuvo la extraña sensación de que estaba deseando que le dijera que sí para no tener que hacer

nada ni tener que pedir ayuda.

-Estoy bien -le dijo ella con firmeza-. Creo que calculé mal los escalones; es todo.

Las sensatas palabras parecieron reconfortarlo, y se sentó en un escalón. Emma se preguntó si pensaría quedarse mucho o si tenía razón al pensar que estaba cansado.

-¿Nunca había estado en un velero?

-En ningún barco -admitió ella, avergonzada al ver que no la observaba divertido sino con interés.

Se puso de pie mientras él la observaba y controló si todo estaba en su sitio y no había roto nada. Entonces él la volvió a hablar, dejándola de piedra.

-Usted es Emma, ¿verdad?

-¿Cómo lo sabe? -le preguntó ella, sin comprenderlo.

-No es muy difícil -repuso él, encogiéndose de hombros-. Wayne me habló de usted, y se parece a él. Los mismos ojos, la misma nariz.

Ella se volvió a sonrojar. Tenía los ojos igual que los de su primo, de un azul claro que le encantaba porque podía hacerlos parecer grises o azul oscuro dependiendo de la ropa que llevara. Pero la nariz era su pesadilla. Su forma respingona le había hecho que toda su vida la llamaran mona, picaruela y otra serie de calificaciones que consideraba estúpidas y que había llegado a odiar. A Wayne le pasaba lo mismo y la odiaba por los mismos motivos. Aunque él siempre había insistido en que para él era aún peor, porque en una chica podía ser mona o picaruela, pero en un chico siempre era motivo de burla.

-¿Conocía a Wayne? -preguntó, dándose cuenta con retraso de las implicaciones de lo que el hombre le había dicho.

-Un poco. Era difícil no hacerlo cuando estaba atracado tan cerca y yo estoy aquí todo el tiempo.

Entonces ató cabos. Miró la bolsa que se había deslizado por el suelo de teca al caerse, como si pudiera leer la carta de su primo a través de ella. No le hacía falta. Con lo que le había inquietado su llegada, se acordaba perfectamente.

Si necesitas algo, pídeselo al señor McClaren, le había escrito. Es un lobo de mar que vive en el yate de algún rico, pero creo que puedes confiar en él.

Desde luego el barco en que lo había visto parecía «el yate de algún rico» y su aspecto era el de un lobo de mar. Se preguntó qué hombre rico le prestaría su barco a un tipo tan inquietante. Sin embargo, lo había visto trabajar en el barco, así que al menos hacía

algo a cambio, pensó. Pero no se fiaba de su aspecto, así que decidió hacer que se fuera en aquel momento y evitarlo tanto como pudiera.

-¿No ha venido nadie más con usted? Dijo que sus padres estaban vivos -comentó él, con expresión un tanto confusa, como si fruncir el ceño fuera demasiado esfuerzo. Incluso Emma se preguntó por qué se habría molestado en preguntar si lo aburría tanto. O si estaba tan cansado, se corrigió, pues las profundas ojeras apuntaban más a aquella impresión.

Dudó si contestar porque a aquel extraño no podía importarle mucho. Pero ella no estaba muy de acuerdo en cómo habían tratado los padres a su querido primo.

-No se llevaban bien -dijo-. Para ellos llevaba muerto mucho tiempo.

-Eso explica un montón de cosas -replicó él tras un momento para absorber la información.

-¿A qué se dedicaba Wayne mientras estuvo aquí? -preguntó Emma, que en aquella ocasión no perdió la implicación de las palabras. Si aquel hombre conocía a su primo lo suficientemente bien para decir aquello, podría ser su mejor fuente de información-. Yo ni siquiera sabía que estaba aquí.

Emma notó que el hombre intentaba irse, y su rostro, que antes había reflejado un mínimo interés, en aquel momento no expresaba nada. Tan sólo cautela.

-No lo sé -repuso él, a lo que ella pensó que mentía, aunque no sabía respecto a qué. El hombre se dio la vuelta para marcharse.

-¿Cuándo lo vio por última vez? -le preguntó, desesperada por encontrar a alguien que hubiera mantenido algún contacto reciente con Wayne.

Él se detuvo aunque siguió dándole la espalda. Ella creyó ver que temblaba aunque sin poder imaginar por qué. Por fin, lenta y reticentemente, contestó.

-Una hora antes de morir.

Capítulo 2

Harlan sabía que la había dejado con la palabra en la boca mientras escapaba, sabía que se había abierto a más preguntas de las que hubiese querido responder. No estaba seguro de qué era lo que le había hecho decir aquello, sólo que el tono de desesperación en su voz le había llegado al alma. Su armadura contra aquellas cosas no era tan fuerte como antes, quizá porque él se había sentido desesperado hacía no mucho. En cualquier caso no porque lo estuviera mirando con aquellos enormes ojos azules.

Las antiguas imágenes de su pesadilla amenazaban con volver a su mente; el sótano oscuro y húmedo, las cuerdas hundiéndose en su piel, la agonía de no poder moverse más que unos centímetros, el horror de los pasos en las escaleras que anunciaban más golpes o quemaduras, otra sesión agonizante exigiéndole confesiones de algo de lo que no sabía nada. Se sacó las imágenes de la cabeza y se concentró en la bella mujer del Pretty Lady, aliviado de que no le hubiera impedido marcharse.

No podía negar que se había ido corriendo al Seahawk con la esperanza de desaparecer de su vista antes de que pudiera recuperarse para ir tras él. Una vez dentro, podría ignorarla en caso de que apareciera. Estuvo a punto de soltar un gruñido al imaginarse escondido mientras la mujer que había llamado su atención nada más verla llamaba a la puerta. Por fin logró su propósito y cerró con llave la puerta del salón para ocultarse en el camarote de abajo. Se hundió en su litera y sólo entonces se dio cuenta de la respiración y pulso tan agitados que tenía. Se sentó hacia delante hundiendo la cabeza entre las manos. Había creído que estaba progresando, que ya había pasado mucho tiempo desde que había terminado la pesadilla. Incluso había creído que podría estar listo para marcharse pronto. Pero si una conversación de cinco minutos con una extraña tenía aquel efecto en él, decidió que aún le quedaba mucho camino por recorrer.

Tuvo que escaparse. Había sentido la necesidad de ella de hablar, de conocer los últimos días de la vida de su primo, de bombardearlo a preguntas. Así que había hecho lo más sensato: desaparecer.

Más calmado, se puso de pie. Salió del pequeño camarote en el que dormía a pesar de que Josh le había dicho que usara el principal, y fue al despacho donde tenía el ordenador. Sus asuntos personales se habían visto afectados por su larga ausencia, y pensó

que matar el tiempo luchando contra aquellos problemas podrían calmarlo un poco. O al menos mantenerlo ocupado. Con un poco de suerte se dejaría llevar por las estrategias y podría perderse unas horas en los objetivos que lo habían fascinado desde el momento en que empezó a tener dinero para jugar. Un juego que resultó ser mucho más asesino y peligroso que cuando empezó.

Sabía que la opinión de la gente del puerto, si es que hablaban de él, sería que era un vago que se aprovechaba de su amigo rico, y que el ordenador lo utilizaba para jugar o algo peor. Pero estaba demasiado cansado para intentar cambiar aquella impresión, demasiado cansado incluso para preocuparse de lo que pensaran de él.

De repente le resultó irónica la facilidad con que había olvidado su cansancio al salir corriendo para huir de Emma Purcell.

Emma suponía que se había sentido más avergonzada en alguna otra ocasión, pero no recordaba cuándo. Tampoco recordaba haber espantado a un hombre tan deprisa.

Tras asegurarse de que no se había hecho más que un par de arañazos, se revisó la ropa por si había algo roto mientras reconocía que nunca había tenido suerte con los hombres, aunque estaba convencida de que se debía a su falta de juicio y no a su aspecto pues, aunque no fuese muy atractiva, tampoco era repelente.

Aunque podría parecerlo por la actitud del hombre del barco grande. Desde el principio había sido reacio a estar allí y una vez que se había asegurado de que estaba bien, pareció no poder esperar a marcharse. Tampoco ella quería que se quedara; la asustaba con su mirada salvaje. Y el hecho de seguir pensando en él tampoco la alegraba mucho.

Entonces recordó que había acudido en su ayuda, que había sido lo suficientemente amable para preocuparse y le había hablado lo suficiente de otros asuntos como para pasar el sofocón inicial.

Otros asuntos como Wayne. Había evitado pensar en las últimas palabras y para no hacerlo se había centrado en la vergüenza del tropezón. Pero en aquel momento estaba sentada en el banco que parecía ser el comedor del velero. La mesa estaba gastada y llena de abolladuras, pero parecía limpia. Se inclinó hacia delante para descansar y apoyó la cabeza entre las manos, recordando lo que le había dicho sobre que Wayne hablaba de ella.

El dolor de aquellas palabras en un corazón aún no resignado a la pérdida era más de lo que podía aguantar. Sobre todo después de lo que le había dicho la policía, que Wayne había muerto, ahogado en aquellas aguas oscuras que la ponían tan nerviosa. También

pensaba en que el tal McClaren había estado con él aquella noche, o que al menos lo había visto todavía vivo. Quizá había sido el último que lo vio con vida.

Su mente retrocedió otra vez y se distrajo con la idea de que ni siquiera estaba segura de que se tratara del McClaren del que le había hablado su primo, aunque la descripción encajaba. Él no le había dicho su nombre ni le había preguntado el de ella, por lo que ni pensó en confirmar su suposición. Pero estaba segura de estar en lo cierto.

«Una hora antes de morir», le había dicho. La policía le había contado que Wayne estaba muy borracho, con un nivel de alcohol en sangre muy por encima de lo permitido. Emma no podía imaginarlo de aquel modo; su primo había jugado con el alcohol y el tabaco de críos, pero nunca se había descontrolado. Además, una vez que ella estuvo deshecha tras encontrar a su prometido con una guapa compañera de trabajo, él le había sermoneado con que no iba a encontrar la paz en el fondo de una botella. A ella ni siquiera se le habría ocurrido, aunque sólo fuera porque no le gustaba, pero había apreciado mucho el cariño y la preocupación de su primo, y lo había querido aún más. Se preguntó entonces si Wayne habría olvidado su propio consejo, si el ostracismo al que le había sometido su familia se había cobrado al fin su presa.

Un nuevo pensamiento cortó con sus reflexiones. Se preguntó si habrían estado bebiendo juntos y por ello había estado tan borracho. Aquello sí que podía imaginarlo, Wayne bebiendo demasiado con alguien que también lo hacía. Como cuando había ido a dar un paseo con un chico mayor en un coche «prestado», o cuando dejaba que otros chicos lo metieran en líos en los que él nunca se habría metido por sí misma. A veces Wayne no sabía decir que no.

Así que se preguntó si el señor McClaren habría contribuido en cierto modo a la muerte de su primo, si lo habría animado a beber más de lo que podía aguantar y después lo habría dejado vagar por aquel laberinto de muelles y pasarelas estrechas sabiendo que estaba borracho. Suspiró, consciente de que si quería respuestas iba a tener que volver a vérselas con aquel hombre probablemente varias veces,porque él no lo admitiría fácilmente.

Al fin decidió que en aquel momento no podía hacer nada y que sería mejor empezar por el principio y observar a qué se estaba enfrentando. En lugar de hacerlo revolvió en su bolsa hasta encontrar la carta de Wayne. El sobre estaba muy gastado, como si lo hubiera reutilizado tachando la dirección original. Al sacarlo se

dio cuenta de algo que no había percibido antes, que el sobre había sido enviado a Harlan McClaren. En el remite había lo que parecía el logo de alguna empresa, pero Wayne también lo había tachado y no se veía lo que ponía.

El día que recibió la carta la había dejado a un lado un par de días pues, tras conocer la muerte de su primo, aquel nuevo mensaje la había vuelto a destrozar al ver que había muerto un día después de enviarla. Además había pasado mucho tiempo sin saber nada de él y ahora le llegaba todo junto.

Cuando al fin la hubo abierto, se quedó más extrañada que nunca. Estaba llena de disculpas y explicaciones confusas, pero terminaba con una declaración que no presagiaba nada bueno, en la que decía que pasara lo que pasara debía «buscar la respuesta en el Pretty Lady, que guarda los secretos muy en el fondo, pero están ahí».

Ahora Wayne estaba muerto, su impulsivo y encantador primo; sus ojos azules cerrados para siempre, la lengua de plata que lo había metido en tantos líos como le había sacado, callada eternamente. Se preguntó si sus tíos, o incluso sus padres, se arrepentirían ahora de cómo lo habían tratado.

Cuando estaba pensando en aquello le sonó el teléfono móvil, lo cual la reconfortó porque se había preguntado si tendría cobertura en aquel lugar. La tranquilidad que le había supuesto la llamada desapareció cuando, al sacarlo del bolso, vio que se trataba de sus padres. No habían estado cuando tomó la decisión de volar hacia allí, así que les había dejado un mensaje en el contestador, aliviada por no haber tenido que hablar con ellos personalmente, pues habrían tratado de convencerla de que no lo hiciera como siempre intentaban hacer en todo lo relacionado con Wayne.

Pensó en no contestar y que saltara el buzón de voz pero luego decidió que, si bien era una conversación desagradable, tendría que afrontarla tarde o temprano.

-Emma, ¿qué estás haciendo? No puedes decir en serio lo de irte a mitad de ningún sitio.

La voz de su madre tenía un tono elevado que le indicaba que de no estar sujetando el teléfono se estaría retorciendo las manos. Probablemente tendría la otra apoyada en el pecho, como si su díscola hija estuviera a punto de provocarle un ataque al corazón. Margaret Purcell siempre se ponía muy dramática.

-La verdad, mamá, es que es muy bonito -contestó ella con un tono normal.

-¿Quieres decir que ya estás allí? -bramó su padre como siempre,

poniéndose en el otro teléfono.

-Sí, papá, ya estoy aquí. Y me alegro de haber venido; es un lugar fantástico.

-¿Con toda esa agua? -preguntó su madre-. Si odias el agua. La odias desde que te caíste de pequeña de aquel barco.

-Odio el océano -apuntó ella-. Esto es diferente.

-Eso no importa -la interrumpió su padre de forma brusca, como hacía siempre que pensaba que sus mujeres se alejaban demasiado de lo que él había decidido que era el asunto que se estaba tratando-. Quiero saber qué estás haciendo ahí. Seguro que alguien podría llevar la venta del barco.

-Estoy segura -repuso ella-. Pero quería verlo antes.

-¿Porque es de Wayne? -inquirió la madre.

-Nada de lo que pudiera dejarte ese chico puede valer mucho -gruñó el padre-. Acabó justo como dijo que haría, ¿no?

Aquello le dolió en el alma. Normalmente sus padres eran cariñosos, sólo se ponían así con cualquier cosa que tuviera que ver con Wayne. Era cierto que se había metido en varios líos, pero Emma no estaba muy segura de que no hubiera sido su forma de intentar llamar la atención de su familia, aunque fuese de un modo negativo.

-Me odian -le había dicho una vez a los diecisiete años, y ella no se lo había discutido al ver cómo lo trataban-. Creo que siempre me han odiado. Tú eres la única que no, Emmy, no me des de lado nunca, ¿vale?

Se lo había prometido entonces y en aquel momento renovó la promesa. No le daría de lado ni a él ni a su memoria. Puede que Wayne se hubiera perdido un poco, pero no era el horrible perdedor que ellos creían. Era, o había sido, el primo que la había reconfortado y la había ayudado a superar lo de Russ, y la había convencido de que no todos los hombres eran como él.

-No voy a tener esta discusión otra vez -aseguró con firmeza a sus padres-. Sé cómo os sentís, vosotros sabéis cómo me siento yo y los tres hemos acordado no estar de acuerdo.

Le asombró lo sencillo que le resultaba poner el punto final en aquellos días en comparación con lo difícil que le había resultado en otras ocasiones. Había sido una niña muy mimada por sus padres al haber nacido tarde, y le había costado mucho independizarse. Pero Wayne también le había enseñado que aunque uno siempre fuera el hijo de sus padres, no tenía que ser su nenita a menos que quisiera. Le había costado hasta casi los treinta hacerlo, pero para su sorpresa, sus padres habían respetado su decisión. Ahora, a los

treinta y tres, no dudaba en poner el punto final cuando lo necesitaba.

-Pero es que estás tan lejos -lloriqueó su madre, en un tono tan cercano al llanto que Emma tuvo que reprimir la risa.

-Sólo está a dos horas y media de avión, mamá, relájate. Tampoco me voy a quedar a vivir.

-No deberías estar allí en ningún caso -masculló su padre, en un tono que implicaba que ya lo dejaba-. ¿Quieres que vaya a mirarlo contigo? Seguro que no es más que un viejo barco que apenas se mantiene a flote.

-No, papá, pero gracias. Y flota muy bien. Pero no me lo voy a quedar; sólo quería verlo antes de decidir nada.

-Supongo que es sensato -dijo su madre, aunque sonó tan resentida como antes el padre.

-Volveré pronto a casa -prometió, y lo dejó ahí.

Al final de la conversación Emma pensó que la querían lo mismo que ella a ellos, pero que nunca la habían dejado libre del todo. Wayne le había hecho ver que no lo harían nunca y la había ayudado a llevarlo de tal forma que tanto ella como sus padres pudieran vivir con ello. Ella les había dicho que debían agradecer a Wayne que no se hubiera marchado gritando hacía años, pero no pensaba que la hubieran creído.

Se apartó aquellos pensamientos de la cabeza, decidiendo que ya era hora de empezar aquello a lo que había ido. A pesar de su poco digno comienzo, quería terminar el trabajo lo más rápido posible y volver a casa.

Miró a su alrededor como pudo por la luz que entraba de los cuatro ojos de buey. A pesar de su ignorancia sobre barcos sabía que aunque no fuera el barco que hacía aguas que su padre había dicho, la nave había visto días mejores. No pudo evitar parpadear. Wayne nunca había sido muy ordenado, pero aquello era peor de lo habitual.

En la estantería había unos libros sobre navegación y barcos y algunos de misterio. El resto del espacio que no estaba ocupado por el ojo de buey y latas de cerveza vacías, lo estaba por un montón de revistas. Un vistazo rápido a los lomos la sobresaltó. Wayne siempre había sido un alma bondadosa, así que el montón de títulos sobre mercenarios y caza fue una sorpresa para ella. Quiso creer que podían ser del dueño anterior.

Cerca del banco de obra y la mesa había un hueco en el que, por los cables sueltos, parecía que una vez había habido algún equipo electrónico. Fuera lo que fuera ya no estaba y la mesa de debajo

estaba doblada contra la pared.

La cocina era un caos. Pero no por platos o comida, sino que tanto el fregadero como la encimera estaban cubiertos por vasos, botellas y latas de cerveza vacías y alguna que otra botella de algo más fuerte. Se puso de pie y se aventuró en aquella dirección, haciendo caso omiso al sonido rechinante de sus pasos sobre un suelo no precisamente limpio. Intentó abrir un armario, pero estaba cerrado. Tras intentar abrir otro imaginó que debían de estar cerrados de alguna forma, puesto que se trataba de un barco. Por fin encontró un pestillo bajo la puerta del armario y lo abrió.

Dentro sólo había una lata de café, azúcar que parecía haberse solidificado y otro vaso sucio con pintalabios. El siguiente estaba totalmente vacío y el último sólo contenía una caja de cereales caducados.

Suspiró y se volvió a la pequeña nevera que había junto al horno. Por supuesto en ella había cerveza, dos estantes. Lo había esperado dada la colección de latas y botellas. También había un cartón de leche al que no se atrevió a acercarse y algo que producía suficiente penicilina para vacunar al puerto entero, y que parecía queso.

Cerró la puerta. Quería parar, pero sabía que aquello no iba a mejorar si esperaba. Se puso a caminar por el resto del barco, empezando por la proa, donde encontró un camastro en forma de V, o al menos eso parecía bajo las enormes bolsas de velas apiladas encima. Tiró de un cordón y vio asomar algo blanco que supuso sería una vela.

Retrocedió y fue a la cabina principal. Había un pasillo muy estrecho con cuatro puertas, dos a la derecha, una a la izquierda y otra al final. Miró en la primera de la derecha y vio un pequeño baño de plástico de una pieza. La siguiente daba a un camarote muy ordenado con dos camas, una más ancha abajo y otra más estrecha encima. También tenía un armarito y dos cajones a un lado y un lugar para guardar cosas bajo la cama de abajo, todo ello vacío, igual que las estanterías que rodeaban las camas. Era pequeño pero muy acogedor, y enseguida lo imaginó convertido en un lugar más personal, con cuadros y libros en las estanterías. Le pareció una distribución muy inteligente del espacio. Entonces se imaginó metiendo todas sus pertenencias en el barco y, aunque nunca se había visto como una persona posesiva, le incomodó la idea de todo aquello a lo que tendría que renunciar.

La puerta de la izquierda parecía un taller, con herramientas y un banco que parecía no haberse tocado nunca, lo cual no la

extrañó pues a su primo nunca se le había dado bien la mecánica. Aquel pensamiento hizo que le sorprendiera aún más la idea de Wayne viviendo o siquiera teniendo un barco, pues éstos requerían bastante mantenimiento mecánico.

Cerró la puerta y fue a la del final del pasillo. Nada más abrirla se le llenaron los ojos de lágrimas. No había esperado que le recordara tanto a su primo. Estaba desordenada, al estilo de Wayne, con ropa y otros objetos esparcidos por el camarote, y el suelo sólo se podía pisar con pasos cuidadosos. A juzgar por el olor, algunas prendas hacía tiempo que no se lavaban. Pero allí estaba su chaqueta preferida en una silla; unos vaqueros gastados colgaban del picaporte de un armario y una camiseta de la puerta medio abierta.

No se había parado a pensar la impresión que le supondría encontrar las cosas personales de su primo. Le había aturdido tanto la idea del barco en sí que no había pensado en que contendría todas las pertenencias de Wayne y que tendría que pasar por ello. Se llenó de desazón. Su primera idea había sido venderlo, pero aquel barco había sido el hogar de Wayne.

Con un fuerte suspiro, miró a su alrededor e intentó decidir por dónde empezar. De hecho, intentó decidir si tenía la fuerza suficiente para siquiera comenzar.

Capítulo 3

Se iba a quedar en el barco toda la noche, decidió Harlan al ver la luz que salía de los ojos de buey del Pretty Lady, que había permanecido a oscuras hasta bien entrada la noche, por lo que él había esperado que la mujer se hubiera ido. Quizá de aquel modo podría dejar de pensar en ella.

Justo entonces se encendieron las luces y se preguntó si le habría costado todo aquel tiempo averiguar cómo se hacía. Había visto al propio Purcell pelearse con las viejas lámparas de queroseno antes de conseguir que funcionaran. El barco tenía baterías, pero la instalación eléctrica era tan vieja que Wayne le había dicho que tenía miedo de usarla y nunca la había conectado al muelle. Harlan había sospechado que había algo más, como el coste de la conexión, pero decidió que no era asunto suyo. A él también le había tocado vivir momentos malos y sabía que algunas veces lo único que quedaba era el orgullo.

-Por todo el bien que te ha causado tu orgullo -murmuró al malogrado Wayne.

Hacía una noche tan agradable que había pasado todo el día con ganas de pasarla sentado en la cubierta para observar las estrellas, escuchar los sonidos tan familiares y reconfortantes de los barcos, el agua golpean en los cascos, la brisa en las velas... Había crecido con todos esos sonidos y lo tranquilizaban tanto como una nana. Pero ahora que sabía que había una mujer a menos de diez metros que podría asaltarlo para que le contara cuanto supiera sobre su primo muerto, ni siquiera podía relajarse. La comprendía, pero aguantar las penas de otra persona era más de lo que podía soportar en aquellos momentos. Acababa de pasar la suya propia y le había costado toda su entereza, de la que ya no le quedaba mucha, y ninguna para quitarse de la cabeza imágenes de una sexy mujer rubia de ojos azules, con las suficientes curvas para hacerle pensar en lo calentita que sería en una noche de invierno.

Estaba sentado en la cabina acolchada con los codos sobre la mesa de ébano del salón cuando sintió la ironía de la situación: se sentía tan prisionero como lo había sido antes de que Draven fuera a su rescate. «Así que», se sermoneó, «o te escondes aquí como si aún fueras un cautivo o mueves el trasero y haces lo que pensabas hacer».

Lo pensó durante unos minutos más hasta que por fin agarró una chaqueta ligera y salió. Se dejó caer en el cómodo sofá que ofrecía

la mejor vista del Monte Baker, dejando que el espectáculo de la nieve del volcán tornándose en un rosa anaranjado que no había visto en ningún otro lugar lo distrajera de mirar si aparecía la ocupante del Pretty Lady. Pero cuando por fin se fue la luz y la oscuridad cubrió el horizonte no pudo evitar echar una ojeada. Las luces aún estaban encendidas, pero no había rastro de la mujer. Esperaba que no se hubiera hecho nada serio en la caída, algo que no apareciera hasta más tarde, pero había parecido más avergonzada que otra cosa y no había dado muestras de haberse hecho algo grave.

Intentó pensar en los recuerdos de niñez de Purcell con la mujer que había encontrado tumbada en el suelo. Las ocasiones en que había estado lo suficiente borracho como para hablar de ella, lo cual sucedía a menudo, Purcell la había descrito como una marimacho llena de energía y aventurera que no tenía miedo de trepar árboles, vallas o lo que hiciera falta. Lo que Harlan había visto sin embargo era una mujercita curvilínea de ojos azules y complexión delicada, cuyo único rasgo de aquella niña era una barbilla decidida y, por supuesto, el otro rasgo que compartía con su primo, la nariz respingona.

De lo que Purcell no le había hablado nunca era del resto de su familia, o al menos no sin un tono de rabia, y Harlan nunca había curioseado, imaginando que tendría sus motivos. Entonces pensó que un Harlan ebrio podría terminar del mismo modo que Wayne, y se dijo que aquello era demasiado frío, pero cualquier otra cosa estaba lejos de su alcance. Como en aquel momento, en que pensó que sentía cierta curiosidad respecto a Emma Purcell, pero nada más. Entonces frunció el ceño al darse cuenta de que incluso una cierta curiosidad era más de lo que había sentido desde hacía mucho tiempo.

-¿Señora McClaren?

Casi saltó, lo cual también era nuevo, el estar tan perdido en sus pensamientos que alguien le pudiera sobresaltar, pues las últimas semanas había estado pendiente del menor ruido, como si aún viviera rodeado de amenazas. Miró en dirección a la voz, aunque sabía de quién era. Por lo que vio ya no estaba avergonzada, pero sintió la misma tensión en su voz y se preguntó por qué. Al cabo de un momento se levantó para contestar.

-Señorita Purcell.

Emma tenía una expresión mezcla de alivio y de reconocimiento, evidente incluso a pesar de la penumbra que había en el muelle donde se encontraba junto a la escalera. Desde los

veintisiete metros de altura del Seahawk, éste se veía como un barco enrome, y ella se veía preciosa al contraluz.

No se dio cuenta hasta entonces de que lo había llamado por su nombre, a pesar de que él no se lo había dado. De nuevo sintió una ligera curiosidad, y de nuevo la sensación era algo que no sentía desde hacía el tiempo suficiente como para que le chocara.

-¿Puedo hablar con usted un momento, señor McClaren?

-Harlan, por favor -respondió él, decidiendo en el último segundo, sin saber muy bien por qué, no darle el apodo por el que lo llamaba casi todo el mundo, Mac-. ¿Es demasiado para usted?

-Emma -devolvió ella de manera casi automática-. ¿A qué te refieres?

-Nunca llegará a ser como el Boat Beautiful -dijo él mirando al Pretty Lady-. Y Wayne no era muy buen amo de casa.

-Siempre fue muy desordenado.

Harlan estuvo seguro de que no habría sido siempre de latas de cerveza y botellas de licor, pero se guardó sus pensamientos, pues no era quién para juzgar el modo en que cada uno librara sus penas.

-No era de eso de lo que te quería hablar.

-No creía que lo fuese -replicó él con un fuerte suspiro-. Puedes subir a bordo -le ofreció, pero ella dudó y miró al Seahawk como si fuese una nave espacial-. O no, supongo que podemos gritar, si no te importa que se entere todo el puerto.

Aquello funcionó y ella subió por la escalera con sumo cuidado. El se levantó y le ofreció una mano para ayudarla, pero ella pareció no verla y no le hizo caso. Una vez en cubierta pareció relajarse un poco. Harlan había dejado encendida una luz en el salón y vio cómo ella la miraba. Sabía que parecía el salón de cualquier casa bien amueblada, y aquello pareció reconfortarla aún más. Tras examinar su rostro, decidió que si Josh se hubiera inclinado por la misma ostentación que otros en barcos del mismo tamaño, ella no se habría relajado tanto. Le señaló el sillón que había frente a él.

-A menos que tengas demasiado frío.

-No, estoy bien.

-Siempre me aseguro con los californianos.

-¿Qué te hace suponer que soy de California?

-¿El bronceado? -bromeó él mirándole la piel pálida, y ella le devolvió la sonrisa y se sentó-. Tu primo lo era, así que imaginé que tú también.

-Quiero preguntarte por la última noche -le dijo ella directamente.

-Vas directa al grano, ¿eh?

-Es muy importante para mí. Dijiste que habías visto a Wayne una hora antes.

Harlan comprobó que aún no podía decirlo. Había pasado cerca de un mes y todavía no podía mencionar la palabra.

-¿Antes de morir? Sí, una hora más o menos antes de que lo encontraran allí flotando boca abajo.

Terminó la frase señalando al Pretty Lady al cual Emma miró. Al volverse de nuevo a él, tenía los ojos tremendamente abiertos y estaba aún más pálida que antes. También tenía los labios apretados como si estuviera reprimiendo el llanto. De repente Harlan se sintió como un absoluto desgraciado por ser tan frío.

-Escucha, estoy algo cansado. Siento haberlo dicho así.

-¿De verdad estaba tan borracho? -le preguntó ella, tras mirarlo como si no lo creyera, pero dejando el tema.

-¿No te lo dijo la policía?

-Me dijo cuál era su nivel de alcohol en sangre; lo que te estoy preguntando es si para ti estaba tan borracho.

-Lo que a mí me parecía no importa -contestó Harlan, sintiéndose incómodo-. He visto tipos el doble de borrachos conscientes y otros la mitad que no regían.

-Pero si estaba tan borracho pero consciente, ¿cómo se pudo caer al agua?

-Yo no he dicho que no estuviera borracho; siempre lo estaba -repuso él, a lo que ella se quedó tensa y él reprimió palabras más duras-. ¿Cuándo lo viste por última vez?

-¿En persona? Hace tres o cuatro años. Pero hablábamos bastante a menudo. Hasta... -se detuvo, claramente meditando, y torció la boca al terminar la frase-. Hasta que vino aquí, supongo, por el tiempo.

-A mí no me culpes -dijo él, levantando las manos-. Yo sólo llevo aquí unas semanas.

-No te estaba culpando -contestó ella quizá demasiado deprisa, con lo que él se dijo que al menos se lo había preguntado.

-Ya estaba al final de su camino cuando yo llegué.

-¿Y qué camino era ése?

-No me meto en las cosas de los demás -respondió él encogiéndose de hombros.

-A lo mejor si lo hubieras hecho Wayne seguiría vivo.

Harlan no dijo nada, pues no había nada que decir. Ni siquiera pudo negarlo, porque pensaba que bien podía ser cierto. Tampoco iba a dar explicaciones porque eso requeriría contarle por qué no se mezclaba con otra gente y no estaba preparado para hablar de ello.

-Lo siento -susurró Emma con la mirada baja y la voz temblorosa-. No tenía derecho a decirte eso.

Él se volvió a encoger de hombros, pues había descubierto que era una buena manera de reconocer algo sin tener que hablar.

-Es sólo que... -empezó a explicar ella, y Harlan vio que tenía las manos tan apretadas que se le habían puesto blancos los nudillos. Entonces lo miró-. Wayne era como mi hermano. Éramos los únicos niños de la familia de la misma edad y siempre jugábamos juntos. Él era muy aventurero, siempre dispuesto a explorar nuevas cosas y a aprender. Pasamos épocas maravillosas. Luego cuando crecimos éramos... confidentes.

Harlan pudo haber dicho que no serían tan íntimos si ella no conocía el problema de su primo con la bebida, pero no lo hizo, pues no quería sentirse como antes, como si hubiera caído sobre alguna flor extraña y delicada.

-Yo siempre lo apoyaba en las peleas con sus padres y él me ayudó mucho cuando terminó mi compromiso de una forma un tanto asquerosa.

-¿Y tus padres? -preguntó él, sorprendiéndose por lo que le había costado no preguntarle por aquel compromiso.

-¿Qué?

-Eran sus tíos, ¿no? ¿También estaba muerto para ellos?

-Tampoco se llevaban muy bien -contestó ella, a la que se veía incómoda-. Mi padre siempre estaba de acuerdo con el tío Jerry respecto a Wayne. Mi madre lo intentó, pero al final se rindió.

Harlan no dijo nada, pero su rostro debió de expresar algo puesto que ella siguió hablando muy deprisa, con palabras que parecía haber usado a menudo.

-Ya sé lo que parece, que si todo el mundo piensa que es un perdedor menos yo tengo que estar equivocada. Pero no lo es, de verdad.

«Lo es ahora», pensó Harlan, pero de nuevo se lo calló, como tampoco hizo ningún comentario sobre que había usado el presente al hablar de él. Entonces le sobresaltó darse cuenta de que se estaba callando muchas cosas, pues normalmente no se paraba a pensar qué decir y qué no, y se preguntó si sería un síntoma de que estaba volviendo a la vida. Sin estar seguro de si le agradaba la idea o no, intentó concentrarse en lo que le contaba la mujer.

-...sólo algo confuso respecto a qué hacer con su vida, eso es todo.

-La mayoría de la gente ya lo tiene pensado a su edad.

-La mayoría de la gente no crece con sus padres diciéndole

siempre que no sabe hacer nada bien.

-¿Así que crees que dejó de querer estar a su altura?

-Sé que lo hacía. Más de una vez me dijo que si de todas formas lo iban a odiar, que al menos podía disfrutarlo.

Él torció los labios sin poder evitarlo y cuando ella lo miró cuestionándolo, se vio respondiendo.

-Antes de morir, mi madre siempre me decía que iba a acabar sin un duro igual que mi padre.

-¡Entonces lo entiendes!

-Podría haber seguido ese camino, supongo -contestó, pensando que en su lugar había decidido demostrarle a su madre que se equivocaba.

-Debía de ser por eso por lo que le caías bien a Wayne. Sabía que lo comprendías.

-Creo que le caía bien porque le convenía -contestó, y añadió-. Y además, yo tenía una máquina para hacer hielos.

-Hablas como si lo único que hiciera fuera beber.

-Sólo digo lo que veía. A lo mejor preferirías no oírlo.

Emma se quedó callada un buen rato como si lo estuviera examinando.

-Piensas que soy ciega e ingenua.

No fue una pregunta, y Harlan imaginó que era porque ya se lo había dicho varias veces, lo cual significaba que prácticamente conocía la respuesta. Era evidente que no tenía ni idea de cómo había sido su primo en realidad, o lo que había cambiado aparentemente desde la última vez que lo había visto. También era obvio que éste le había ocultado muchas cosas. Se preguntó qué diría Emma Purcell si le contara todo, las veces en que había visto a Wayne volver a su barco demasiado borracho o drogado como para andar, las veces que lo había tenido que sacar del agua. O si le contara las extrañas idas y venidas del Pretty Lady de personajes muy sospechosos, o las peleas que había oído desde dentro entre el primo muerto y un hombre que le recordaba demasiado a los tipos que poblaban sus pesadillas.

Decidió no hacerlo. Wayne estaba muerto y no tenía ningún sentido destruir la imagen que de él tenía la única persona que había pensado bien de él.

-Me parece que lo querías mucho, y nunca nos gusta oír que las personas a las que queremos toman malas decisiones. Sobre todo cuando ya es tarde para cambiar nada.

Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas y Harlan pensó que incluso siendo todo lo amable que había podido, la había hecho

llorar. Por lo que parecía, aquello no había cambiado.

-Lo siento -masculló-. Siempre consigo espantar a las mujeres.

-No estoy enfadada; sólo dolida. La verdad duele a veces -dijo, con la voz más fuerte, y se levantó-. Y tenías razón, es demasiado para mí. Pero no el desorden, sino el darme cuenta de que ésta era la vida de Wayne. Podía haber sido mucho más.

Tras ello le dio la espalda y se dirigió a las escaleras. Justo antes de bajar, se detuvo y lo miró.

-Gracias por hablar conmigo.

Harlan la vio irse y se preguntó si a él también lo habría metido en la categoría de «podía haber sido mucho más». Entonces se sintió intranquilo al comprobar que por primera vez desde que estaba en aquel lugar le importaba lo que alguien opinara de él.

Capítulo 4

Emma estaba exhausta. Al regresar al velero había estado tan confusa que había querido tirar algo, cualquier cosa. Quería romper algo, oírlo, un sentimiento que rara vez había experimentado en su vida, y no le gustaba.

Estaba enfadada. Con Wayne, por desaparecer de su vida y regresar ahora obligándola a enfrentarse a todo aquello. Consigo misma, por dejar que le hiciera tanto daño lo que le estaban contando. Y de manera ilógica con Harlan McClareri por contárselo. En aquel momento le habría encantado decírselo, aunque no estaba segura de que no hubiera hecho bien en contárselo. A juzgar por el caos, todo cuanto le había revelado parecía ser cierto.

«Sólo digo lo que veía. A lo mejor preferirías no oírlo», le había dicho, y quizá tuviera razón No estaba muy segura de lo que aquello decía de ella, ni tampoco de si le gustaría la respuesta.

-Maldito seas, Wayne -susurró, y luego lo repitió en voz cada vez más alta hasta que termino gritando.

Entonces hizo lo que había deseado; agarró un vaso sucio y lo tiró. Este golpeó la pared después el suelo, pero no se rompió. Agarró otro lo lanzó con más fuerza contra la base del mástil que salía de la cabina. Aquél se hizo pedazos y el ido la relajó un poco. Pero no fue suficiente, así que lanzó otro y otro más hasta que una vocecilla detrás de ella dijo algo sobre tener que limpiar. Entonces se dio cuenta de que se había puesto histérica y paró. Se abrió la escotilla, sobresaltándola, y vio que había un hombre curioseando.

-¿Estás bien?

Era Harlan McClaren corriendo a su rescate por segunda vez en un día. Sintió arder las mejillas y deseó que no pudiera ver su color en la oscuridad.

-¿No hemos tenido esta escena ya antes? -preguntó intentando ocultar la vergüenza.

-Sí, pero sin los efectos de sonido.

-Pensé que necesitaba desahogarme.

Emma creyó ver que torcía la boca y esperó que hubiera captado el tono de broma. En aquella ocasión Harlan sólo metió un pie, lo suficientemente lejos para sentarse en el primer escalón. Emma se preguntó si sería para estar lo bastante lejos de posibles vasos voladores o para ahorrar fuerzas, pues ya había admitido que estaba cansado. Cuando lo vio observando los cristales rotos en la base del mástil, se apresuró a hablar para evitar cualquier pregunta

embarazosa.

-Todavía me cuesta creer que Wayne me dejara un barco cuando sabe que odio el mar.

-Eso es lo que piensas -contestó Harlan en un tono que indicaba que no se lo podía creer.

-Hay gente a la que no le gusta, ¿sabes?

-Eso es difícil de creer para alguien que se ha criado en el mar -contestó él con un movimiento de cabeza como si se quisiera sacudir la ridiculez de aquellas palabras. Lo que dijo captó la atención de Emma.

-¿Te criaste en un barco?

-No en uno, en varios, pero sí, desde los siete años. Nunca he vivido en tierra firme durante mucho tiempo; me pone nervioso.

-Si no fuera por estas circunstancias, me pondría nerviosa sólo de estar en un barco. Ha debido de ser una vida muy especial. ¿Cómo ibas al colegio?

-No fui -contestó él, y Emma se quedó boquiabierta-. Al menos no de la manera tradicional. Nunca estuvimos en un puerto el tiempo suficiente.

-¿Quieres decir que ibais de puerto en puerto? -preguntó, a lo que él asintió.

-Era la mejor educación que puede recibir un niño. Tuve que aprender las costumbres locales a toda prisa, y a llevarme bien con gente de toda clase. E idiomas.

Emma no le quitaba ojo, consciente de que dejaba ver su asombro por aquella vida, sobre todo para un niño, pero no podía evitarlo cuando lo que le estaba contando para ella era como vivir en la luna.

-¿Cuántos idiomas hablas?

-Tres o cuatro de forma fluida -repuso él tras encogerse de hombros, por lo que ella se dio cuenta de que hablaba muchos-. Me entiendo en unos pocos más y puedo encontrar el baño y comida en una docena más. Todo lo necesario.

-Pero, ¿qué hay de otras cosas? -preguntó ella, que por primera vez en todo el día sonreía-. Leer, matemáticas, ciencias...

Harlan dudó por un momento, en el que ella llegó a pensar que quizá no supiera leer. Había visto libros en el barco, pero podrían, y de hecho lo parecían, ser del dueño del barco.

-Mi padre me enseñó todo lo que necesitaba saber.

Emma lo entendió. Era un lobo de mar porque no sabía hacer o ser otra cosa; por lo que parecía no tenía estudios superiores. Pensó entonces en cómo relucían los metales del barco, con las cubiertas

sin una mota de polvo, y que no tenía nada que ver con el destartalado Pretty Lady. Quizá sí que trabajaba para su mantenimiento, aunque ella diría que el precio del Seahawk no se podía pagar con mero trabajo.

Cuando regresó de sus pensamientos, vio que Harlan la observaba de una forma que la Ponía nerviosa y se preguntó en qué medida tendría que ver con la creciente y poco placentera fascinación que empezaba a sentir hacia aquel hombre.

-Tú fuiste a la universidad, supongo -le preguntó en un tono que la puso aún más nerviosa.

-Sí.

-¿Algún master?

-Todavía no. Estaba con un MBA cuando me surgió otra cosa.

-No me digas que dejaste la universidad por un tío y te casaste.

-No saldría con un hombre que quisiera que renunciara a mis sueños sólo para casarme con él -contestó ella tras una carcajada.

-Bien por ti -dijo, aunque luego pareció arrepentirse. Con movimientos perezosos, se levantó... Bueno, si estás bien -comenzó a decir, mirando a los cristales rotos.

-Lo estaré. Sólo me gustaría entender.

-¿Entender?

-Por qué Wayne hizo esto -contestó Emma señalando a su alrededor-. Ni siquiera entiendo porqué compró esta cosa vieja; nunca antes parecían haberle interesado los barcos.

Sabía que Harlan había estado a punto de escapar y sintió la necesidad de detener al hombre que Posiblemente había sido el último en ver a Wayne con vida, y desde luego era alguien que había visto mucho más de él que ella misma en los últimos días de su existencia.

-Has dicho que hablaba sobre mí -le dijo enseguida por su necesidad de que no se fuera-. ¿Dijo algo sobre esto, sobre dejármelo a mí?

-Te tiene totalmente perpleja, ¿eh? -le dijo él, tras darse la vuelta sin ganas.

-Me sorprende que incluso tuviera un testamento, a su edad. Wayne no era de los que planean el futuro.

-Quizá...

Se detuvo de forma tan brusca que Emma supo que lo que había estado a punto de decir era algo que a ella no le gustaría oír. Pero, a pesar de que no confiaba en él, o mejor dicho, no confiaba en su juicio sobre los hombres en general, Wayne lo había hecho, así que decidió que probablemente tendría razón y siguió.

-Estoy confusa. Sabía que no me gustaban el mar ni los barcos, así que me preguntaba si te había contado algo que pudiera explicarlo.

Harlan no contestó enseguida, lo que hizo pensar a Emma que sabía algo.

-Por favor, señor McCl..., Harlan. Wayne era algo alocado, lo sé, pero debía algún motivo. Y de verdad necesito saber su razón para dejarme este barco.

Con un suspiro de cansancio y moviéndose tan despacio que parecía estar dolorido, Harlan se volvió a sentar.

-Te ofrecería un café, pero no sé cómo estará.

-De todas formas, yo no sé si me fiaría de ningún utensilio de Wayne. Si quieres puedes venir al Seahawk.

-No quiero molestar -repuso ella negando con la cabeza, más en respuesta a su tono reacio que a sus palabras- sólo porque éste no es tan... bonito.

-Entonces, ¿qué te parece que sea porque tengo miedo de hundirme?

«Tiene que ser una broma», pensó ella mientras su estómago se tensaba. Quería convencerse de que estaba de broma, aunque miró a su alrededor como si esperara ver partirse el casco ante sus ojos.

-Cálmate -dijo él, que pareció ablandarse-. Era broma, no se va a hundir. Al menos no inmediatamente.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -preguntó ella, que sentía aflorar todos sus antiguos miedos sobre barcos con fuerza renovada.

-Buceé para comprobar el casco. Tiene problemas, pero nada que lo vaya a hundir pronto.

-¿Es eso a lo que te dedicas, a bucear alrededor de los barcos que necesitan reparación?

-Cuando no buceo en busca de tesoros.

Como le había sonado a broma, Emma se concentró en lo importante, si debía confiar en él. Wayne había dicho que sí, pero ahora tampoco sabía si fiarse del juicio de su primo cuando parecía estar tan en los infiernos, y razonó que quizá sólo lo había dicho porque era un compañero de borracheras. Aunque tuvo que admitir que hasta entonces no había visto nada que hiciera pensar que él también bebía, aunque, por otro lado, sólo llevaba allí unas horas.

-¿Vas a dormir a bordo? -le preguntó Harlan, a lo que ella comenzó a mirar de los tablones bajo sus pies al rostro del hombre.

-No sé, no había pensado en ello. Pensaba dormir en algún motel cercano.

-Buena suerte con eso -contestó él arqueando una ceja-. El único

que hay en la ciudad es tres veces más viejo que este barco, y mucho más sucio.

-Seguro que hay algo más nuevo cerca -replicó ella frunciendo el ceño, con el aturdimiento de alguien del sur de California donde cualquier cosa que se necesitara estaba a una manzana.

-Al sur -dijo él tras levantar sólo un hombro-, en Poulsbo, hay un par. A veinte minutos en coche.

Emma miró el interior del barco otra vez, con un ojo aún más crítico, mientras se preguntaba si aguantaría pasar la noche en un barco, especialmente en aquél. Reprimió un escalofrío, o al menos eso pensaba, pero aparentemente no lo suficiente.

-No era broma lo de que no te gustaban los barcos, ¿eh?

-No.

-Entonces ven. En el Seahawk te olvidas de que estás en uno, y allí podrás decidir qué hacer.

Ella dudó, pero sólo un momento. En aquel lugar no podía pensar de forma racional y lo sabía. Quería olvidar que se encontraba en un barco y controlar la estúpida reacción que tenía hacia él. Así que, cuando Harlan se levantó, ella lo siguió.

Tenía que estar totalmente fuera de sus cabales, pensaba Harlan. No entendía lo que le había llevado a invitarla a su único santuario. Si bien era cierto que parecía aterrorizada por la idea de pasar la noche en el Pretty Lady, no significaba que tuviera que hacer él el papel de feliz anfitrión. Decidió que haría lo que tuviera que hacer, le contaría lo que pudiera, o al menos lo que sintiera que necesitaba oír sobre su primo, y la mandaría a seguir su camino. Que volviera al barco o a un motel bien anclado en tierra dependía de ella.

Le dijo que tomara asiento en el salón y fue a la cocina pequeña. La principal estaba un piso más abajo y tenía espacio para que un chef preparase una comida de gourmet para las reuniones que Josh celebraba a bordo. La de arriba contenía lo básico, una nevera pequeña, un microondas, máquina de hacer hielos y lo necesario para servir aperitivos y bebidas.

-¿Vino, cerveza, champán? ¿Algo más fuerte para hacer más soportable el Pretty Lady?

Ella lo miró como si no estuviera segura de que bromeaba. Tendía a mirarlo así, lo que le hacía creer que sus esfuerzos con el humor eran todavía más vanos de lo que había imaginado.

-No, gracias -contestó ella, y miró a los lados-. ¿Le ofreces champán a cualquier visita informal?

Harlan se preguntó si creería que intentaba coquetear con ella y decidió que era más probable que pensara que estaba ofreciendo

algo que no era suyo.

-Ninguna visita es informal para el dueño de este barco.

-Parece un tipo importante.

-Lo es -repuso, y, sin querer profundizar en ello, miró en la nevera y preguntó-. ¿Un refresco?

-Si tienes algo sin cafeína, por mí perfecto.

Harlan asintió y sacó dos latas.

-No hace falta que tomes lo mismo que yo.

-¿Crees que me estás privando de mi trago nocturno? -le preguntó mientras servía el refresco, a lo que ella se sonrojó.

-No, sólo quería decir...

-No importa, ha sido una suposición normal. Pero para que lo sepas, tu primo me tumbaba bebiendo sin el menor esfuerzo.

Ella se quedó callada y él volvió a sentir otra punzada de culpabilidad al estropearle la imagen que tenía de su primo. Emma seguía sentada acariciando los cojines. Harlan se sentó al otro lado de la mesa y tuvo que tomar aire tan sólo para empezar. El esfuerzo que le supuso era más de lo que debía ser normal, pero había crecido acostumbrado a que las cosas más sencillas le costaran toda su energía y aquel día ya había gastado mucha más de lo habitual para la hora que era.

-Wayne decía que estabais muy cercanos de niños.

-Ya te lo he dicho -dijo ella sin mirar-. Éramos como hermanos.

-Quiero decir físicamente.

-Ah, sí, vivíamos muy cerca. Por eso pasábamos mucho tiempo juntos -explicó, y entonces lo miró, pareciendo darse cuenta en aquel momento de lo que aquello significaba-. ¿Hablaba de nosotros?

-Hablaba de ti... -contestó él, asintiendo- con bastante frecuencia.

«Siempre que bebía; es decir, cada noche», pensó Harlan, pero en aquella ocasión mantuvo la boca cerrada, pues decidió que ya había hecho suficiente daño.

-¿Comentó algo que explicara esto?

-Una noche me dijo que te lo iba a dejar si le pasara algo -contestó él, que quería acabar con aquello cuanto antes.

-Pero ¿por qué? ¿Por qué un barco?

-Porque era todo cuanto tenía.

-Pero está su casa de San Francisco, y sus coches. Hacía colección de clásicos.

Harlan se preguntó cómo había acabado haciendo aquello por un maldito borracho. Apenas lo conocía como tampoco conocía a

aquella mujer; pero tampoco parecía haber forma de escapar e hizo una mueca antes de seguir.

-Me contó que había perdido su casa hace tiempo, y que había vendido su último coche hace años. Estaba sin blanca.

Emma abrió mucho los ojos y luego los entrecerró.

-Debió de ser por eso por lo que cambió su dirección a un apartado de correos. Dijo que era porque estaban de reformas en su edificio.

Harlan descubrió que también la mentía a ella y se preguntó si habría alguien a quien Wayne no hubiera mentido. Se había convencido de que no iba a traspasar fácilmente la ceguera de la prima y no tenía la suficiente fuerza para alargar la cuestión hasta que ella viera la verdad. Pensó que tampoco era asunto suyo, a pesar de que sentía cierto deseo de obligarla a abrir los ojos ante la verdadera persona que había sido su primo.

-Pero, ¿qué pasó? Lo había conseguido, con ese negocio de Internet. Por fin les había demostrado que estaban equivocados.

No creyó necesario señalar que tampoco había tenido un ordenador en más de un año y, a menos que lo arrinconara, no le iba a contar sus sospechas de a dónde había ido a parar todo el dinero. Enseguida buscó algo que la distrajera del tema.

-¿Les demostró que se equivocaban? -preguntó, aunque sabía a quién se refería.

-A sus padres. Y a los míos también. Lo abandonaron cuando tenía catorce años.

-¿Y la ley no tenía nada que decir al respecto?

-No me refiero a un abandono literal. Nunca harían eso, pero emocionalmente se desvincularon de él por completo.

-Suena muy fuerte.

-Decían que se metía en líos demasiado a menudo, pero en realidad no era más que un poco alocado. No se merecía eso de ellos. Yo quiero mucho a mi familia, pero los odio por lo que le hicieron a Wayne.

-Eso lo explica, entonces -dijo sin pensar. -Explica ¿qué?

Harlan deseaba no haberlo dicho, pero ya era demasiado tarde. Resignado, le contó lo que le había dicho el borracho de Wayne.

-Dijo que te iba a dejar a ti el Pretty Lady porque eras la única a la que le importaría si muriera.

Capítulo 5

-Dios mío -susurró Emma con los ojos llenos de lágrimas, mientras pensaba en lo horrible que era tener que decir que sólo a una persona en el mundo le importaría que uno muriera. Bajó la vista y se quedó mirándose las manos-. ¿Cómo pudieron hacerle eso? -se lo había preguntado cientos de veces, pero en aquel momento le parecía lo más importante. Levantó la vista para mirar a Harlan a través de las lágrimas, sin importarle estar llorando delante de él-. ¿Cómo pudo darle la espalda su propia familia?

Harlan dudó, como ella ya había advertido que solía hacer antes de hablar. Pero finalmente habló con otro de sus encogimientos de hombros fatalistas.

-Yo le di a mi padre razones para darme la espalda más de una vez, pero nunca lo hizo. Y en cierto modo sabía que nunca lo haría.

-Y ¿en qué habría cambiado tu vida si no hubieras sabido eso? -preguntó ella con dulzura-. ¿Si te hubieran dado de lado por una travesura estúpida o un problemilla?

-No sé qué contestar -repuso él al fin-. ¿Quién le puede decir a otra persona cuánto debe aguantar?

-Pero si se trata de tu propio hijo... -comentó ella moviendo la cabeza.

-A lo mejor Wayne cruzó demasiadas líneas para ellos -sugirió él, a lo que ella abrió la boca y la volvió a cerrar al darse cuenta de que se iba a repetir-. Si tus padres también estaban de acuerdo... -comenzó a decir y se detuvo.

-Yo tampoco entiendo eso. Normalmente no son injustos. Y sé que no lo condenarían sólo por perder todo el dinero que había ganado; mi padre también ha pasado malas rachas con los negocios.

-Está claro que había algo más.

-Si estaba sin blanca -preguntó ella de repente-, ¿cómo pudo comprar el barco? Incluso tal y como está algo le tuvo que costar.

-Dijo que le había caído del cielo, una herencia.

-¿Una herencia?

-De un tío que había muerto.

-¿Qué? -preguntó ella, sin entender nada.

-Es lo que me dijo. Que un tío murió y le había dejado lo justo para comprar el Pretty Lady.

-Eso es imposible; el único tío que tiene es mi padre y está vivo.

Harlan la miraba sin decir nada, dejando que lo obvio hablara por sí solo. Emma no podía negarlo: Wayne había vuelto a mentir.

Se le empezaron a mezclar los sentimientos hasta que se dio cuenta de que necesitaba estar sola. Como un autómata, se levantó y le dio las gracias por hablar con ella y por el refresco. Apenas se enteró de que él le preguntó, por tercera vez en aquel día infernal, si estaba bien, y por primera vez ella le contestó con sinceridad.

-No, pero no hay nada que puedas hacer.

En aquella ocasión el interior lóbrego del Pretty Lady era lo que necesitaba. Al contrario que en el Seahawk, donde habían estado por encima de cubierta, en el Pretty Lady el camarote principal estaba debajo, lo que le daba un aspecto de cueva, que era exactamente lo que necesitaba en aquel momento, una cueva donde poder acurrucarse y lamerse las heridas.

Se sentó en el banco raído con las piernas encogidas entre los brazos y la barbilla en las rodillas y se quedó mirando fijamente a la oscuridad, sin ver nada salvo una sucesión de imágenes del chico al que había querido como un hermano y del hombre al que ahora se preguntaba si realmente había llegado a conocerlo.

Emma Purcell había descubierto la superficie de la verdad de su adorado primo y Harlan se preguntaba qué haría ahora. Hablaba de él como si aún fuera el chico con el que había crecido, un poco alocado, pero en el fondo bueno. Harlan, en cambio, tenía la sensación de que Wayne hacía ya tiempo que había dejado de ser «en el fondo bueno». En los días previos a su muerte, Harlan se había preguntado si ocurría algo, porque había estado demasiado tenso. Incluso tras sus habituales rondas de cerveza y licores había parecido algo agitado y caminaba de forma vacilante. Normalmente cuando se presentaba por las noches en el Seahawk ya estaba visiblemente drogado o bebido, y su humor variaba de amargado a lloroso. Pero en las últimas noches si había estado drogado, había estado tan inmóvil que no se le había notado. O, se corrigió Harlan, quizá simplemente había cambiado lo habitual por algo más fuerte.

Intentó centrarse en la pantalla del ordenador, pero el mundo que tanto lo había fascinado en aquel momento apenas le despertaba interés. A ello se añadía el cansancio que lo sumió de repente, y se sintió muy incómodo.

Se dijo que no era más que una coincidencia que aquello le pasara justo el día en que Emma Purcell había aparecido en su vida. Ya le habían dicho que pasaría épocas como aquélla, épocas de incertidumbre respecto a su vida, respecto a si podría volver a lo que había sido. También le habían advertido de que aquello no era necesariamente malo, siempre que se diera cuenta de que no podría borrar lo que había ocurrido tirando su vida por la borda e

intentando construir una nueva.

«Emma es amable, dulce y cariñosa», le había dicho Wayne, y, aunque pudiera tener razón, también había cierto ardor en ella. Lo demostraban un montón de cristales rotos en el Pretty Lady.

Se preguntó si, de haber estado Wayne cerca, le habría tirado aquellos vasos al primo que la había mentido a ella y a todo el mundo. También se preguntó en qué punto caerían las imágenes de la niñez y se contestó que no había nadie tan ciego. Volvía al monitor y se obligó dejar a Emma y sus problemas fuera porque no eran más que eso, los problemas de ella. El ya tenía bastante con los suyos.

Emma se despertó sobresaltada. No recordaba haberse quedado dormida sobre la mesa, pero en algún momento había ocurrido. El camarote estaba iluminado por la luz que entraba por los ojos de buey y un rápido vistazo al reloj le dijo que era por la mañana temprano. Tan temprano que le sorprendió que hubiera tanta luz, hasta que recordó que estaba muy al norte y sospechó que el sol saldría muy pronto en verano en aquella zona. El camarote estaba un poco frío, aunque sospechaba que haría mucho más frío en cualquier otra época del año. De hecho, la nariz fría le decía que había hecho más frío del que estaba acostumbrada la noche anterior.

Pensó que algo de actividad la haría entrar en calor, y se puso en pie. No estaba preparada para investigar las complejidades del cuarto de baño de un barco, así que fue directamente al muelle donde había visto unos servicios. Una vez que se hubo lavado la cara, volvió corriendo al Pretty Lady mirando de reojo al Seahawk, que estaba en silencio.

Todo estaba en silencio. Ella estaba demasiado acostumbrada a los ladridos constantes en Safe Haven y el único sonido de aquel lugar era el silbato de los ferries cuando se cruzaban con otros barcos. Para su sorpresa, lo encontraba placentero. La mañana estaba muy tranquila y pacífica y no le importaba en absoluto encontrarse en el mar. Incluso llegó a pensar que debía de ser fascinante vivir allí, idea que normalmente la habría hecho salir corriendo, pero aquel día logró ver su atractivo y decidió que quizá podían terminar siendo unas vacaciones. Supuso que podría pasar por alto la presencia de Harlan McClaren, aunque admitió que, pese a su aspecto, había sido muy agradable con ella. Pensó que aquélla era la palabra que mejor lo definía, «agradable», una palabra segura aunque no encajara con el acelerón de su pulso cada vez que lo veía.

De nuevo en el barco, empezó a recoger los vasos que había roto y se dio la vuelta para mirar alrededor. Decidió que debía limpiarlo aunque fuera a venderlo enseguida, porque sacaría más dinero y Safe Haven necesitaba todo cuanto pudiera reunir. Con lo que vio se le cayó el alma a los pies, pues le parecía una tarea imposible, pero tomó aire, apretó los dientes y comenzó a limpiar.

Como no encontró nada que pareciera una bolsa de basura que no estuviera llena, se las arregló con una enorme caja de cartón que contenía cabos de diferentes medidas. Los sacó para ordenarlos después y la llenó con los cascos vacíos del fregadero y de la pequeña encimera junto con las latas de la estantería. Bajo la pila encontró un estropajo raído y los restos de un limpiador que, por lo sólido que estaba, decidió que debía de ser del dueño anterior, y con unos golpes contra la encimera logró soltar suficiente cantidad para limpiar el fregadero. Del grifo sólo manaba un chorrillo de agua, pero fue suficiente.

Le llevó casi toda la mañana pero al fin dejó el camarote principal tan limpio que daba gusto verlo, y para ello tuvo que hacer dos viajes al contenedor del muelle.

Intentó concentrarse en lo que estaba haciendo, pero era demasiado rutinario como para requerir toda su atención y le dejaba la mente demasiado libre para pensar en cosas que no quería, como en Wayne mintiendo a su familia. Y a ella.

Nunca había mentido antes, al menos que ella supiera. De niños, sin importar lo descabellado que fuera el plan, siempre se lo contaba. A veces ella podía sacarle la idea de la cabeza, pero a menos que fuera a resultar herido o detenido, normalmente no lo intentaba. Además, fuera cual fuera el lío en que se metiera, también se lo contaba después. A veces ella estaba de acuerdo con él y otras no, pero cuando no lo estaba se lo decía sin ningún problema, sin que afectara a su relación.

Recordó cómo había fanfarroneado sobre su casa de San Francisco o lo que se divertía con su colección de coches. Incluso le había dicho que un día regresaría y le daría una vuelta en su Ferrari.

A Harlan, sin embargo, le había contado la verdad de sus pérdidas, aunque no sobre el dinero con el que había comprado el barco. Emma se preguntó por qué habría dicho la verdad en algunas ocasiones y mentiras en otras, además a un hombre al que apenas conocía. No le gustaron ninguna de las respuestas que se le ocurrían.

« ¿Será posible?», pensó Harlan. «Cuando por fin consigo

dormirme suena el teléfono por primera vez en dos semanas». Se sentó sin hacer caso al hombro que aún le dolía y agitó la cabeza para despejarse antes de contestar.

-¿Sí? -murmuró en medio de un bostezo.

-¿Aún no duermes de noche?

Nunca olvidaría aquella voz, la voz que había sido su salvación y que pertenecía al hombre que lo había sacado del infierno, Draven.

-No muy bien -admitió, pero no le dijo que no era por las razones que él creía.

-¿Pastillas?

-Intento evitarlas -repuso, adaptándose enseguida a la forma de hablar de Draven, reducida a lo básico.

-¿Dolor?

-Algo. Mejorando.

-¿Médico?

-No durante otro mes. Problemas de aislamiento.

-¿Sueños?

El tono de Draven no cambiaba, pero Harlan sabía que no eran preguntas huecas. Aquel hombre tenía sus propios demonios y sabía lo que era empaquetarlos todos durante el día para que salieran por la noche.

-Sí -contestó Harlan, consciente de que su interlocutor lo entendería.

-Perderán intensidad, Mac -dijo la voz, y Harlan supo que había elegido las palabras de forma intencionada, diciendo que sólo se debilitarían pero no desaparecerían.

-Imagino que lo tendré como compañero para toda la vida.

-¿Necesitas algo?

-Estoy en el Seahawk; ¿tú qué crees?

Le alegró la carcajada de Draven, pues no era fácil hacerlo reír.

-Dime -le preguntó-. ¿Siempre te tomas un interés tan personal, o es por Josh?

-Josh se preocupa de sí mismo.

La conversación se acabó con la misma brusquedad con que se había desarrollado Había aprendido mucho del hombre del que sólo había oído hablar antes de que su expedición por Nicaragua se complicara, y una de aquellas cosas era que nunca revelaba nada. Suponía que era una necesidad en su línea de trabajo, que cuando se había visto tanta anarquía como aquel hombre, construir una muralla bien gruesa era lo único que permitía continuar.

También había aprendido que no servía de nada mentirle, pues parecía tener un detector de mentiras incorporado que resultaba

infalible. La primera vez que había llamado a Harlan, éste había intentado decirle que estaba bien, como nuevo. Entonces Draven le había enumerado todas las pesadillas que estaba sufriendo antes de terminar con un «pero aparte de eso estás bien. ¿Es eso lo que quieres decir?» Nunca más había intentado engañarlo.

Claro que aquello tampoco significaba que le contara todo. Como por ejemplo no le había contado que el motivo de que no hubiera dormido era la mujer que se había metido en su vida a través de la ruina que le había dejado su primo. Se había cruzado con más mujeres desde su rescate, pero ninguna se había metido en su conciencia como Emma y, aunque no estaba seguro de por qué le había llegado tanto, pensaba que en cierto modo decirlo en alto lo haría más real.

Se dijo que debía de ser por la conexión personal. Había conocido a Wayne y lo había oído hablar de Emma, aunque ésta no se parecía a la imagen que se había hecho de ella. La había imaginado como una mujer feúcha y muy leal, con hábitos de ratón de biblioteca. La mujer que se había presentado en aquel lugar podría ser un ratón de biblioteca, y desde luego era leal, pero en absoluto podía decir que fuera feúcha. No con su nariz respingona, labios carnosos, aquellos ojos y aquellas curvas.

Mientras se servía café pensó que debería añadir «decidida» a la descripción.

Desde la seguridad de los cristales tintados la había visto hacer un par de viajes al muelle con una caja llena de la basura de Wayne, y se había forzado a volver a la cama, pues empezaba a sentir una imperiosa necesidad de ayudarla. No quería ayudar, no quería involucrarse más con ella de lo que ya había hecho simplemente porque había tenido la mala suerte de venirle bien a su primo para beber y desahogarse con él.

Había hecho cuanto había podido. Había contestado a las preguntas tratando de no lacerar por completo la imagen que Emma tenía de su primo, así que ahora era el momento de retirarse. Lo que hiciera a partir de entonces era asunto de ella y quizá de ese modo podría sacársela de la cabeza.

Maldijo en silencio a Wayne Purcell, donde quisiera que estuviese, por todo el daño que había causado.

Después de tres días aquella vida le estaba empezando a gustar. Había pasado tan bien la primera noche, aunque no hubiera sido su primera intención, que había decidido dormir a bordo, en el camarote principal, que estaba limpio. Una hora más tarde se había acostumbrado a los sonidos extraños para ella, como el ruido de las

jarcias, los golpes del mar, el ruido ocasional de algún motor o alguna sirena, y algo más tarde a la quietud que seguía a aquellos sonidos; entonces se había quedado profundamente dormida Se había despertado asombrada por haber dormido tan bien y después de pensarlo un poco había decidido que ahorraría el dinero que pensaba gastar en el motel. La mera mención de la idea le habría hecho reír hacía unos días, pero ahora empezaba a comprender el atractivo de aquella vida. Aunque aún dudaba de que le fuera a acabar gustando el mar, aquel brazo de mar metido en tierra era algo con lo que podía vivir.

Ya apenas se sentía incómoda en sus paseos por los muelles, a menos de medio metro sobre el agua, y de repente le pareció un lugar inesperadamente pacífico por las mañanas cuando el agua estaba en calma y el cielo parecía un cuadro.

Su preocupación seguía siendo limpiar el desorden del barco, pero se sorprendió a sí misma varias veces deteniéndose a contemplar, empapándose de una atmósfera que nunca habría creído que la cautivaría y que incluso le hacía olvidarse de sus preocupaciones acerca de Safe Haven.

No había visto a Harlan y se molestó consigo misma por las veces en que se había preguntado dónde estaría. Se corrigió pensando que en realidad lo que pensaba era si la estaría evitando, y entonces se preguntó por qué le importaba. A pesar de haberla ayudado, aún le daba miedo aquel hombre con su aspecto demacrado. Pero se estaba empezando a dar cuenta de que había algo más, aunque no quiso admitir que se trataba de una fascinación que poco tenía que ver con el temor.

La última vez, al volver de otro largo viaje al contenedor, aceleró el paso y se obligó a no mirar ni de reojo al Seahawk, logrando como resultado estar a punto de tirar a Harlan del muelle. Éste la agarró salvando a ambos de caerse al agua y Emma se dio cuenta de que era más fuerte de lo que parecía. También observó las pestañas tan largas y espesas que tenía, de las que le hacían preguntase cómo sería que le rozaran la piel.

Al darse cuenta de que lo estaba mirando fijamente, intentó pensar en algo que decir hasta que él la salvó.

-Pareces una mujer con una misión.

-Lo soy -contestó ella, agradeciendo que no se diera cuenta o al menos no dijera nada sobre que lo estuviera mirando-. Intento limpiar todo este caos.

-Entonces te dejo -dijo él, tras pensárselo un poco, y se dio la vuelta.

Ella no tenía intención de detenerlo cuando era obvio que se quería ir, pero sí necesitaba preguntarle algo.

-¿Puedo preguntarte una cosa?

Harlan se paró y estuvo un rato de espaldas, como si estuviera luchando por no darse la vuelta. O luchando por dársela, pensó Emma.

-¿Qué? -dijo por fin.

-¿Conoces a alguien por aquí que sepa de barcos? Tengo un montón de cuerdas y mordazas y cosas de las que no sé nada, y algunas podrían ser importantes.

-Yo sé algo. Puedo echarle un vistazo -dijo tras otra pausa en la que parecía pensar su respuesta.

-No quiero apartarte de lo que estuvieras haciendo -rechazó ella enseguida-. Sólo pensé que a lo mejor conocías a alguien.

-No estoy haciendo nada.

Harlan anduvo hacia el Pretty Lady sin decir una palabra y ni tan siquiera mirar si lo seguía. Emma pensó que si quería hacerle sentir que se estaba imponiendo, lo estaba consiguiendo. Estuvo a punto de decirle que lo olvidara, pero pensó que necesitaba que alguien le mirara las cosas y le dijera qué servía y qué no, y que después le metería prisa para que volviera a lo que tuviera que hacer.

-Vaya -exclamó Harlan en cuanto entró en la cabina, lo cual agradó en extremo a Emma, después de todos sus esfuerzos. Cuando ésta bajó las escaleras, él se giró hacia ella-. Has estado ocupada.

-Limpiar es lo único que se me ha ocurrido hacer.

-Se nota la diferencia. No costaría mucho más dejarlo bonito. Un poco de lija, apretar algunas bisagras, tapizar, reemplazar la electrónica y lo dejarías perfecto.

-¿Como para venderlo?

-¿Es eso lo que piensas hacer?

-¿Y qué otra cosa podría hacer? Ya sé que no es el Seahawk, pero por lo que he visto el mantenimiento es caro.

-Dicen que un barco es un agujero en el agua en el que metes dinero. Lo cual me recuerda, ¿has estado ya en la oficina del puerto? No sé cuánto habría pagado Wayne por el pantalán.

-Bueno -dijo ella, que ni siquiera había pensado en aquello-, si aceptan el barco como pago resolvería mis problemas.

-Lo dudo; son sólo unos dólares por semana sin electricidad ni agua. Pero no te extrañe si no pagó mucho, porque en las últimas semanas estaba esquivando al gerente y me imagino que sería por eso.

-¿No tenía ni para pagar eso?

Fue una pregunta retórica, a la que él contestó con otro de sus encogimientos de hombros. Con un suspiro, ella se volvió a poner manos a la obra y lo llevó al taller en el que había amontonado todo lo que le parecía que podía ser útil para navegar o que pudiera ser parte del barco.

-He metido aquí todo lo que parecía importante. Ah, y todas las cuerdas.

-Cabos.

-¿Cómo dices?

-Cabos. En navegación a las cuerdas se las llama cabos.

-¿Y las velas?

-Velas. El cabo que sujeta la vela mayor es la escota de mayor; el del foque, escota de foque, y así.

-¿Qué es un foque?

-La vela que va delante de la mayor. Claro que el espináquer también va.

-Da igual -lo cortó Emma agitando la cabeza-. Esto me supera.

-No creo que quieras aprender lo suficiente para hacer un crucero alrededor del mundo.

-He avanzado mucho en estos tres días -dijo Emma, que sintió un escalofrío sólo de pensarlo-, pero no tanto.

-Dale tiempo. Te está cautivando.

-Puede ser.

Harlan se puso a clasificar las piezas que ella había separado. Primero los cabos, que puso en el montón para guardar, pues, según explicó, nunca se tienen demasiados. Lo mismo hizo con las mordazas, por la misma razón. Entonces sacó tres piezas de metal doblado y la miró.

-No sabía lo que eran -explicó ella-. Parecían doblados, pero pensé que a lo mejor servían para algo.

-Eran soportes, pero ya no lo serán más -explicó, y los tiró en la basura. Para sorpresa de Emma, sacó dos trozos de plástico de colores con la consistencia de un globo y los metió en la bolsa para guardar-. Anemómetros. Se atan en los estays para medir la fuerza del viento.

Emma intentó no sentirse estúpida por haber tirado algo útil, aunque el tono de voz de Harlan era meramente explicativo. Este tomó la enorme asa de metal que ella había encontrado.

-Imaginé que tendría que abrir algo -dijo-, pero no tenía ni idea de qué.

-Debe de ser para los winches de la mayor, a juzgar por el

tamaño.

-¿Una para los dos?

-Sólo se usa uno cada vez -asintió él-. Babor o estribor.

-Ah.

En otras ocasiones se había sentido ignorante, pero aquélla las superaba a todas. El asa fue a parar a la bolsa de guardar, seguida de dos objetos de metal muy extraños que él le explicó servían para sujetar las velas a las drizas. Entonces agarró un cilindro pesado de metal del tamaño de una lata.

-Qué raro -exclamó Harlan mientras le daba la vuelta y miraba al fondo.

-¿Qué es raro?

-Este winche es muy ligero.

A ella le había parecido muy pesado, pero tampoco sabía cuánto debía pesar algo así. Harlan debió de ver algo dentro porque miró más de cerca y metió dos dedos en él para sacar algo que estaba embutido en el agujero y que a ella le pareció un trapo. Cuando logró sacarlo cayó algo al suelo y Harlan se agachó a recogerlo.

A Emma le pareció un papelito muy doblado y, dadas las condiciones del trapo, más limpio de lo que hubiera cabido esperar. Harlan se quedó mirando un momento y empezó a desdoblarlo con un esmero que ella no comprendía. Cuando sólo le quedaban dos dobleces, Harlan se lo acercó a la cara y, para sorpresa de Emma, se mojó la yema del dedo meñique, tocó algo que había dentro y lo probó. Hizo una mueca irónica, como si acabara de confirmar sus sospechas.

De repente, como si fuera un vídeo, rebobinó en la mente lo que acababa de ocurrir delante de ella y por fin vio el significado de actos que había visto innumerables veces en películas policíacas.

-OH, Dios mío -masculló. El la miró y entonces ella vio la verdad en sus ojos-. ¿Es droga?

-Cocaína.

Capítulo 6

-No soy un experto -dijo Harlan-, pero lo imagino. Creía que andaba metido en algo aparte del alcohol, pero lo ocultaba bien. Supongo que eso explica dónde ha ido a parar el equipo de navegación; probablemente lo empeñaría.

Emma pensó enseguida en los cables sueltos y se quedó mirando el papelito doblado como si la fuera a morder. Entonces miró el cilindro en el que, horrorizada, vio que había más paquetitos.

-Lo siento, Emma -le dijo Harlan en un tono más amable del que había utilizado hasta entonces.

-No es culpa tuya -contestó ella, sin dejar de mirar a la evidencia de que Wayne estaba peor de lo que hubiera podido imaginar.

« ¿O sí?», pensó, sin saber de dónde provenía aquella idea, pero ahí estaba, atormentándola. Se preguntó si los ojos cansados no eran por una enfermedad ni el cansancio de alguien que lo había visto todo, sino el reflejo de un alma maléfica que llevaba a los otros a la destrucción. Eran los ojos, según pensó en aquel momento, que siempre había creído que tendría un «camello», en ocasiones angustiados y en ocasiones vacíos y fríos. Pero también había visto dolor en ellos, y estaba segura de que alguien que estuviera mezclado en aquellas cosas no sentiría nada igual, pues estaba convencida de que cuando se trataba con la muerte se perdía toda sensibilidad.

Ahora lo miraba con otros ojos, sintiendo que los había tenido tapados hasta entonces y los acabara de destapar. Miró su extrema delgadez y pensó que los drogadictos se quedaban muy delgados. Entonces creyó que quizá era eso, quizá no era un «camello» sino un simple yonki que había arrastrado al influenciable Wayne a su asqueroso mundo. Estaba convencida de que al sufrimiento le gustaba la compañía, y pensó que quizá simplemente odiaba drogarse solo. Quizá era por eso por lo que a veces parecía tan reacio siquiera a hablar, por lo que siempre parecía ansioso por marcharse, porque no querría que nadie se acercara lo suficiente para darse cuenta de que estaba bajo los efectos de la cocaína.

«Para», se dijo. «Te está ayudando; es todo lo que ha hecho desde que has llegado y tú estás aquí haciendo un montón de suposiciones descabelladas basándote sólo en su aspecto».

-Dices que no es culpa mía, señorita, pero tus ojos dicen lo contrario.

Le había leído tan bien la mente que la sobresaltó antes de

avergonzarla por haber adivinado lo que pensaba de él. La miró con una mirada directa y fija que la hizo daño y le hizo tener dudas de todas sus sospechas, pues pensaba que un hombre culpable no podría mirarla de aquel modo.

Entonces Harlan le dio la espalda y terminó deprisa con la clasificación, ya sin dar más explicaciones. Emma se quedó tan sorprendida de que hubiera decidido terminar el trabajo que sólo pudo quedarse allí de pie mirando, convencida de que lo mejor que podía hacer era mantener la boca cerrada. Por fin, Harlan terminó y se sacudió las manos de polvo.

-A quien se lo vendas sabrá qué es todo esto

-dijo sin reflejar ninguna emoción mientras indicaba la caja de cosas para guardar y, sin más palabra, pasó por su lado procurando no acercarse mucho y se dirigió a la puerta, donde se detuvo-. Hay una línea muy estrecha entre la lealtad y la ceguera -dijo, y salió del taller.

Ella lo oyó subir las escaleras a cubierta y se quedó mirando el cilindro de metal. Le había dejado allí la maldita prueba y ahora se preguntaba qué hacer con ella. No quería que la pillaran, aunque tampoco pensaba que la policía fuera a hacer una redada allí. Al menos no lo creía, pero tampoco sabía nada acerca de la vida que había llevado Wayne. No sabía nada acerca de aquellas cosas; sabía que existía y había conocido a gente en la universidad que había experimentado con varias sustancias, pero ella había peleado demasiado por una beca como para arriesgarse.

Recordó las palabras de Harlan acerca de la estrecha línea entre lealtad y ceguera y se preguntó si de verdad estaba tan ciega respecto a su primo, si sus padres y los de él habían tenido razón todo el tiempo. O si sencillamente Harlan estaba negando su culpa y le estaba diciendo que ella buscaba un modo de absolver a su primo cargándole la responsabilidad a él.

Salió despacio del taller y fue a su camarote. Tomó el bolso del que sacó una agenda y abrió un compartimento que no había mirado desde que había recibido la llamada respecto a Wayne.

Dudó antes de sacar la primera foto, tomada en épocas mucho más felices, durante un verano en el lago de una montaña que las dos familias visitaban a menudo. Los dos estaban sentados en una roca y sonreían a la cámara con la impaciencia de unos niños que deseaban seguir con sus juegos y sólo estaban contentando a sus padres quedándose quietos el tiempo suficiente para realizar la foto.

-Todavía no me odiaban -le había dicho Wayne cuando se la había enseñado, poco después de encontrarla en una caja de fotos

antiguas el último verano que habían pasado juntos antes de tomar caminos diferentes.

-¿Cuándo empezaron? ¿Qué pasó?

-¿Crees que no me lo he preguntado cientos de veces? No lo sé. Hombre, me meto en líos de vez en cuando, pero como cualquier chico de mi edad -le había explicado, y entonces la había mirado-. Debería odiarte, ¿sabes?

-¿A mí?

-Te me han restregado en la cara desde que recuerdo. « ¿Por qué no puedes ser más como Emma?» «Emma nunca preocuparía a sus padres así». Emma, la niña perfecta, la hija perfecta, la adolescente perfecta, todo perfecto.

-Me alegro de que no me odies -le había dicho ella entonces, aunque recordaba haber pensado entonces que si de verdad lo odiaran no se preocuparían tanto, pero no le dio tiempo a decírselo, pues él ya había salido con otra cosa.

Recordando de nuevo las palabras de Harlan, sacó la segunda foto, un retrato de Wayne del instituto, una foto que no la ayudó a conciliar su rabia y su tormento. Se veía en lo apretadas que tenía las mandíbulas, en la firmeza de sus labios, en el fulgor de sus ojos. Se quedó mirándola fijamente un buen rato mientras se preguntaba qué no había visto. O qué se había negado a ver.

Aquella noche tuvo otra pesadilla. Harlan nunca supo qué la había provocado, y nunca después supo qué había sido. Pero ahí estaba, una noche en la que desearía no haber intentado siquiera dormir, una noche llena de pesadillas angustiosas y recuerdos terroríficos de excesivo dolor. Que la angustia hubiera sido culpa suya le hizo sentir aún peor.

Tras años navegando por aguas inexploradas, de hacer camino por bahías y golfos en los que nadie había metido un barco antes, había hecho un mal giro, casi fatal, hacia tierra.

Se despertó como venía siendo habitual, sudando, con la camiseta y el pantalón empapados. Para entonces ya era casi rutina.

Salió de la cama, se desvistió y se dio una ducha fría.

Después de secarse, sin querer mirar si las cicatrices estaban desapareciendo, se puso unos vaqueros, agarró una camiseta limpia y salió a la cubierta principal, donde el aire fresco en el torso desnudo ayudó a bajarle la temperatura.

Había luna llena. Sintió un escalofrío y se puso la camiseta. Había habido luna llena el día que lo habían apresado y el recuerdo de la luz plateada iluminando a sus captores nunca lo abandonaría. Desde entonces la luz de la luna le ponía los nervios de punta.

Pero con aquella luz encontró fácilmente la silla, a la que dio la vuelta para ponerse de espaldas al Pretty Lady, pues no quería pensar en ello en aquel momento.

Así que se sentó a contemplar la luna llena a ver si se relajaba. Deseaba que su mente fuera tan fácil de relajar, pero nunca había aprendido a no pensar en nada y nada en lo que decidiera pensar era suficientemente fuerte para distraerlo de sus pesadillas.

Un movimiento en el puerto desvió su mirada. Se trataba de una mujer.

La luz de la luna iluminaba su cabello y mostraba que tenía la cabeza baja mientras miraba atentamente el agua. Era Emma. Harlan había encontrado algo lo suficientemente fuerte para distraerlo.

Se preguntó qué ocurría con ella. Prácticamente lo había acusado de estar implicado en la muerte de su primo, quizá hasta de ser su «camello». Si bien no lo había llegado a decir, se había reflejado de forma tan clara en su rostro que lo había podido leer con toda facilidad. Supuso que no podía culparla, pues apenas lo conocía y todavía estaba impactada por la muerte de un primo al que adoraba, lo mereciera o no.

En cierto modo, incluso admiró su lealtad, a pesar de que la había llevado a sacar conclusiones erróneas. Aun así seguía pensando en ella, o intentando no hacerlo, más a menudo de lo que le gustaría.

Se dijo que sólo era debido a la larga abstinencia. Aunque había tenido oportunidades de romper el celibato, sobre todo con mujeres que sabían quién era, no había sentido ni el más ligero deseo de hacerlo. Al menos hasta aquel momento.

Le pareció ridículo. Por lo que le había contado Wayne, Emma era muy hogareña, mientras que él era un trotamundos. No tenían absolutamente nada en común. Claro que, pensaba mientras la veía acercarse por el muelle, no creía que fuera necesario tener cosas en común, pues tampoco tenía en mente nada más serio de lo habitual; una chica en cada puerto era lo mejor para un tipo como él, siempre moviéndose, siempre siguiendo al viento.

O al menos lo había sido hasta entonces. Incluso aquello parecía haber perdido su atractivo en un sótano oscuro y húmedo de la selva de Nicaragua.

Se preguntó si debía levantarse y ocultarse entre las sombras cuando ella pasara, pues no quería lidiar con más acusaciones, y después de las pesadillas que había tenido no le quedaban fuerzas para defenderse. Pensar aquello lo hizo preguntarse qué estaría

haciendo levantada a medianoche y caminando sola.

Un ruido le hizo volver la vista. Miró a la noche deseando por primera vez que la luna fuera aún más brillante. Volvió a mirar a Emma, que pasó de largo con la cabeza baja, y otra vez al origen del ruido, el Pretty Lady.

Pensó que quizá tenía compañía, pero entonces no comprendió por qué estaría fuera sola. No oyó más ruidos, así que se quedó donde estaba observándola mientras subía a la cubierta de su barco. Emma entró en la cabina y él la vio desaparecer sin que hubiera dirigido una mirada en su dirección. Con un suspiro declinó la idea de volver a dormir aquella noche.

Había estado allí. Emma había tenido cuidado de no mirar, pero lo había sentido. Se concentró en bajar las escaleras como si tuviera tanta inseguridad como el primer día, pero todavía le quedó espacio libre en la mente para pensar en el hombre del Seahawk. Se dijo que lo tenía tan en la mente por Wayne, porque aún quería saber qué tenía que ver con la ruina que aparentemente había sido su vida antes de su muerte. Pero no estaba teniendo mucho éxito en convencerse de que era sólo eso.

Mientras entraba en la cabina y se enfrentaba a una pila de papeles que debía clasificar, se dijo que debía admitir que había algo en él que la atraía, algo detrás de su aspecto a veces inquietante. De repente incluso aquellos papeles le parecieron demasiado y se preguntó si sería capaz de dormir, pero decidió que debía intentarlo y se dirigió a su camarote. Para su propia sorpresa había estado durmiendo muy bien hasta aquella noche, pero el descubrimiento de aquellos paquetes de cocaína escondidos la habían dejado intranquila, y aún estaba intentando encajarlo, aunque no sabía cómo.

Estaba pensando en ello cuando apareció una mano de la oscuridad que la agarró por detrás.

Capítulo 7

Gritó justo cuando la mano le cubrió la boca y en cuanto pudo la mordió con fuerza.

-¡Ah! ¡Zorra!

Era una voz de hombre, grave y ronca, pero no era la de Harlan. Había sorprendido a su atacante y sabía que debía aprovecharlo, así que le dio un codazo y golpeó algo blando que provocó un «uf», y después algo más duro que imaginó debía ser una costilla. El hombre volvió a blasfemar y la soltó, lo que ella aprovecho para soltarse, pero él la sujetó del brazo. Desesperada, Emma miró a su alrededor y lo único que vio fue un barómetro roto colgado en la pared. Lo agarró y golpeó a su asaltante tan fuerte como pudo en la cabeza. El barómetro se rompió en pedazos y dejó al desconocido tambaleándose y gritando de dolor. Entonces ella salió corriendo.

-Nick, ¿qué demonios pasa ahí?

A Emma se le cayó el alma a los pies al comprobar que había dos hombres.

El corazón le golpeaba fuerte en el pecho cuando saltó del Seahawk para ir corriendo al Pretty Lady, de donde habían salido unos gritos que aún le retumbaban en los oídos. No se molestó en ocultarse, aunque temía lo que fuera a encontrar, pues quería que quienquiera que fuese supiera que había llegado ayuda. Aunque no sabía qué esperaba encontrar, desde luego no lo que vio, un hombre tendido en el suelo sin sentido. Por lo que se veía, Emma era más fuerte de lo que parecía. Entonces oyó otro grito apagado y Harlan miró a su alrededor arrepintiéndose de no haber llevado ningún objeto contundente antes de subir al barco.

Saltó al hombre tumbado, que se empezaba a mover, pero pensó que aún tenía tiempo, y salió corriendo por el pasillo. Entonces oyó un ruido en el taller seguido de una palabrota al tiempo que entraba. El asaltante estaba de espaldas en la puerta y Harlan vio que tenía a Emma sujeta por la cintura, aunque le estaba costando.

-Venga, ¡larguémonos de aquí! -exclamó el hombre, confundiéndolo con su compañero.

-Buena idea -contestó él tomando el asa del winche-. Suéltala.

Emma aprovechó el sobresalto del hombre para intentar soltarse y Harlan no esperó a ver si podía, sino que lo golpeó directamente con el asa. La extraña forma de ésta dificultaba la puntería, pero al menos le dio con la suficiente fuerza para hacerle gritar y, como

Harlan había esperado, soltar a Emma, que cayó de rodillas. Pero el hombre se giró enseguida y, aunque Harlan se había preparado, el asaltante pesaba al menos diez kilos más que él. Como no tenía fuerza, lo único que le quedaba era velocidad, aparte de la destreza en la lucha, que había adquirido por los muelles del mundo. En el último segundo levantó una rodilla y golpeó al hombre en la barbilla, haciéndole caer al suelo.

Emma estaba de pie y miró primero al hombre del suelo y después a Harlan con los ojos muy abiertos, en los que se reflejó algo que él vio antes de que ella gritara.

-¡Detrás de ti!

Harlan se giró y se agachó antes de que el hombre que había visto en el suelo entrara en el taller. Se lanzó contra él y lo empujó contra la pared con todo su peso. El hombre levantó la rodilla, pero Harlan pudo esquivarla y le puso un brazo en la garganta, casi ahogándolo. Entonces le dio un cabezazo en el labio, que lo hizo sangrar.

-¡Maldito seas! -gritó el desconocido.

-Demasiado tarde -soltó Harlan.

En aquel instante oyó un ruido detrás de él y vio que el otro hombre se había levantado e iba hacia él. Hundió un hombro en el estómago del hombre al que tenía contra la pared y dio una patada en la cadera al otro, que volvió a caer. El otro hombre empezó a golpearlo y a anclarse a él y le golpeó dos veces en la herida de la espalda. Harlan sintió un fuerte dolor; hacía mucho tiempo que no se había metido en una pelea como aquélla.

Entonces el hombre del suelo se volvió a levantar y Harlan sabía que estaba demasiado débil, pero Emma se abalanzó sobre él con el asa del winche y el hombre, al verla, salió corriendo al pasillo utilizando las manos para ponerse de pie.

Harlan sintió un dolor insoportable en la espalda cuando el otro hombre lo volvió a golpear. Había descubierto su punto débil y Harlan tuvo que soltarlo, momento que aprovechó el otro para empujarlo contra la pared. Afortunadamente, no se entretuvo, sino que siguió a su compinche y al instante oyeron sus pasos por la escalera y la cubierta hasta que desaparecieron en el muelle.

A Harlan le cedieron las piernas y resbaló por la pared hasta golpear el suelo. Intentó levantarse, tomar aire, pero sin mucho éxito. Emma se agachó junto a él.

-¿Estás herido?

No sabía cómo contestar a aquello, pues estaba herido, pero la herida era de hacía mucho tiempo. Seis meses antes habría podido

con los dos. Al menos, pensó, ella no estaba herida.

-¡Te sangra la espalda! Voy a llamar a un médico -dijo, y empezó a levantarse.

Harlan intentó hablar pero no pudo, así que la agarró del brazo. Cuando ella se dio la vuelta, él negó con la cabeza.

-Pero estás herido -le reprochó Emma, y entonces frunció el ceño-. No tenía un cuchillo ni nada, ¿verdad?

-No es nada -dijo por fin Harlan cuando logró recuperar el aliento-. Se me pasará.

-Bueno, al menos deja que te lo mire.

-Estoy bien -se negó él agitando la cabeza, y volviendo a tomar aire-. O lo estaré.

-Pero te han herido por ayudarme. Lo menos que puedo hacer es preocuparme.

-Viendo cómo ha salido huyendo ese tipo al verte detrás yo diría que no necesitabas mucha ayuda.

-Sé protegerme, pero no habría podido con los dos. Gracias.

No sentía que hubiera hecho nada por lo que darle las gracias, así que no dijo nada. Intentó mover las piernas y notó que ya estaba mejor. Las dobló y se levantó sujetándose a la pared, de la que, consciente de que Emma lo estaba mirando, se separó enseguida. Al darse cuenta de lo que acababa de hacer, se dijo que no era por ella, sino que no quería que nadie lo viera de aquella forma. Pero sabía que aquello no era cierto, una parte de él sabía la verdad, que Emma le estaba calando demasiado hondo, y él la estaba dejando.

Harlan se dirigió al vestíbulo buscando los escalones como si temiera caer de bruces, mientras Emma lo seguía todavía asustada por la sangre, aunque él pareció no darse cuenta o no importarle. Al llegar a la cabina principal, Harlan se dejó caer en el banco despacio.

-Deberías llamar a la policía -dijo.

-¿La policía? -preguntó ella, sobresaltada.

-Para denunciar esto. ¿Estás bien?

-Sí. Es sólo que...

Se detuvo al darse cuenta de que había estado a punto de preguntarle si estaba seguro de que quería que llamara a la policía. El caso era que lo había sugerido enseguida sin ningún atisbo de preocupación, lo cual no sería una actitud propia de un verdadero traficante de droga. Si no lo era, Emma se preguntó qué sería, dónde habría aprendido a luchar de aquella forma, pues era obvio que lo había hecho a menudo.

-Es sólo ¿qué?

-No tengo la agenda aquí -dijo de manera poco convincente.

-Prueba con el 911. -OH, claro.

Cuando llamó le dijeron que iría el sheriff y no la policía, dio una descripción de los dos hombres y aseguró, aunque ella misma no estuviera muy convencida, que no necesitaban asistencia médica. Entonces subieron a cubierta para esperar.

Se sintió más segura a la luz de la luna, aunque era cierto lo que había dicho; había recibido clases de defensa personal pero dos hombres, añadida la ventaja de la sorpresa, eran demasiado. Le recorrió un escalofrío al recordar el terror que la había invadido cuando había aparecido aquella mano de ningún sitio y la había agarrado y se sentó en el techo de la cabina.

-¿Seguro que estás bien? -le preguntó Harlan en un tono más amable. Ella tomó aire y se tranquilizó. Ya había pasado todo y era hora de calmar los ánimos, como decía su padre.

-Lo estoy. Salvo por el caos.

-¿Te refieres a eso? -preguntó Harlan señalando al interior de la cabina, que habían dejado completamente patas arriba, y ella asintió-. ¿Cuánto tiempo has estado fuera?

-Un par de horas como mucho. Fui a la oficina del puerto a pagar las cuotas atrasadas y luego a comprar algo de comida -explicó, y se quedó dubitativa-. ¿Me harías un favor?

-Si puedo...

-No quiero contarles lo de la droga.

-Pero, ¿no crees que es por lo que han venido?

-Es lo que pensé al principio.

-No la tendrías todavía, ¿no?

-Aún no me había deshecho de ella -contestó ella, sonrojándose-. No sabía qué hacer.

-Si quieres mi consejo, tírala por la borda.

Emma siguió pensando que seguramente un traficante no diría aquello, sino que se ofrecería a «deshacerse» él de la mercancía. Lo miró antes de que pudiera leerle la mente otra vez.

-Ya no la tengo; la han encontrado. Por eso no quiero mencionarla. Han encontrado la droga y se la han llevado, pero han seguido buscando -explicó, y luego siguió con miedo-. Buscaban otra cosa.

-A lo mejor sólo querían ver si había más.

-Han hablado de eso -dijo ella, negando con la cabeza-. Cuando han encontrado los paquetes uno de ellos ha dicho que no era por lo que habían venido y que tenían que seguir buscando.

-¿Buscando qué?

-No lo sé.

-¿Dónde estaban mirando?

-Ya has visto el desorden que han dejado. Buscaban por todas partes. Han tirado cajones, han sacado las cosas de los armarios...

-¿Han mirado dentro de cosas?

-¿Dentro? Han mirado en las cajas de embalar, si es a lo que te refieres.

-¿Y en botes, o en cajas más pequeñas?

-No. Pero han mirado en libros -dijo, pensativa, cayendo en la cuenta de lo que aquello significaba respecto al tamaño o forma-. ¿Qué se puede esconder en un libro? A no ser que le hubieran arrancado algunas páginas. Pero ¿cómo podían saber cómo buscar ahí? ¿Y cómo...?

-No lo sé -la cortó él levantando una mano-. Papeles, o un libro de contabilidad o, como tú has dicho, algo lo suficientemente pequeño para caber ahí. O quizá indicaciones para otra cosa. Es imposible saberlo.

Unos faros en el muelle llamaron su atención y de repente Emma se dio cuenta de que no le había contestado.

-¿Se lo vas a decir?

-Deberían saber que había drogas.

-Pero no sabemos si tenían algo que ver con esto. Y Wayne está muerto, así que...

-De acuerdo -aceptó él tras dudar-. Por ahora. -Gracias.

Emma se quedó pensando lo irónico que resultaba haberle dado las gracias al hombre del que había sospechado ser una mala compañía para Wayne, que lo había llevado por el mal camino, y de haberle proporcionado droga, mientras que ahora era la persona que había aceptado a regañadientes no contarle nada a la policía. Y, a pesar de sus propias palabras, ella no estaba del todo segura de que no hubiera sido un asunto de drogas.

De repente la golpeó la imagen de aquel día en que Wayne le había advertido de que no encontraría la paz en el fondo de una botella. Ahora comprendía que lo decía por experiencia, y bajo aquello yacía una pregunta cuya respuesta no estaba segura de querer conocer: ¿en qué clase de hombre se había convertido su primo?

-Vamos a limpiar esto -dijo Emma cuando la policía se marchó.

Harlan quería ayudar. Pensaba que Emma había trabajado mucho y todo su esfuerzo se había ido al traste en cuestión de minutos. Ahora que tenía tiempo para mirar, vio que habían rajado los cojines, habían sacado el relleno y habían arrancado todos los

cuadros y fotos de las paredes y los habían tirado por el suelo. No habían dejado sin mirar ni un solo hueco en el que se pudiera haber escondido algo pequeño.

Por otro lado quería seguir moviéndose, pues tenía la sensación de que se iba a derrumbar en cuanto parara.

-No tienes que...

-Vamos a hacerlo, ¿vale?

-Si me dejas que antes te limpie la espalda.

Harlan se puso tenso; se había olvidado por completo, y no quería por nada del mundo que lo viera.

-Está bien, de verdad. Luego me daré una ducha caliente.

-Supongo que no será en los baños comunitarios -comentó ella.

-No.

Harlan recordó los lujosos baños del Seahawk y no pudo evitar una sonrisa, dándose cuenta después de que hacía mucho que no sonreía. Wayne había vivido sin comodidades en el Pretty Lady, sin electricidad ni agua, pues no tenía dinero para gastos extraordinarios. O quizás, pensó, prefería gastarlo en alcohol y drogas, y lamentó que su prima hubiera descubierto su alijo de aquel modo.

-Vamos a acabar con esto. A menos que quieras esperar hasta mañana.

-No -contestó ella enseguida-. No quiero que se quede así; no podría quedarme. Aunque no creo que pueda de todas formas.

Se pusieron enseguida manos a la obra, hablando sólo para coordinarse. Ella era muy organizada y decidió empezar a limpiar la parte de arriba para acabar en la de abajo. Aunque estaba agotado cuando terminaron, Harlan se había recuperado y se movía bien, salvo por la punzada de la espalda y se preguntó si los terapeutas considerarían ejercicio el trabajo de la casa, pues desde luego él sentía que había movido todos los músculos del cuerpo. Emma, por el contrario, estaba tranquilamente de pie observando el resultado con satisfacción.

Harlan reprimió un bostezo, miró el reloj de Emma, y observó que, para una mujer tan fuerte y sana, tenía una muñeca muy delicada.

Eran casi las dos de la mañana. En su mente seguía la imagen de Emma estremeciéndose al pensar en quedarse donde la habían atacado, y no podía culparla cuando a él le asaltaban pesadillas continuamente. Cuando ella lo repasó todo y asintió, él adivinó que habían terminado.

-Gracias -le dijo la mujer.

-No hay de qué.

-De verdad agradezco mucho tu ayuda, sobre todo con todo ese polvo para las huellas.

Capítulo 8

A ver si hay suerte.

Emma había limpiado tan a fondo antes del robo que el detective creía que, una vez que eliminaran sus huellas y las de Harlan, podrían conseguir las que buscaban.

-Me pregunto por qué no utilizarían guantes -dijo ella, poniéndole voz a los pensamientos de él, que se encogió de hombros, pues pensaba que no le gustaría ninguna de las respuestas que se le ocurrían.

Entonces no pudo reprimir un segundo bostezo, que ella captó y contestó con otro.

-Siento haberte tenido despierto hasta tan tarde.

-Dormiré hasta tarde.

Harlan vio unas arrugas apenas visibles en el entrecejo de Emma y supo enseguida que eran porque estaba pensando en dormir en aquel lugar, así que, con un suspiro, se rindió a lo inevitable. -También podrías venirte al Seahawk. -¿Qué?

-Seguro que no quieres quedarte aquí, al menos por un tiempo, y es un poco tarde para ponerse a buscar un motel ahora.

-Pero...

-Puedes escoger el camarote que quieras, con baño al lado, y litros de agua caliente para una ducha larga e íntima-le garantizó, a punto de reír, aunque sí sonrió al ver la expresión en el rostro de ella-. Por lo que veo debería haber empezado por ahí.

-Se ha notado, ¿eh? -se rió ella de sí misma, y suspiró-. Bueno, al menos por esta noche.

-Ve por lo que necesites y vamos. Y cierra con llave.

-¿Crees que volverán? -preguntó ella, pálida al oír aquello.

-Lo dudo. Pero nunca se sabe.

-Sólo recogeré unas cosas -repuso ella, convencida ya por completo, y se giró para irse.

Harlan sólo había puesto un pie en la escalera cuando ella se volvió a girar y fue hacia él.

-Sólo quería darte las gracias -dijo muy deprisa y casi sin aliento.

Harlan pensó que él sonaría igual si hablara en aquel momento, con ella tan cerca, y tuvo que esforzarse para tomar aire. Fue un error, pues con el aire aspiró su aroma, cálido y femenino. Intentó decir «de nada», para que se fuera, pero no podía; era como si la proximidad de Emma le hubiera robado la capacidad de hablar. También le había hecho plantearse la pregunta más estúpida ¿a qué

sabría?, seguida de la idea más estúpida: besarla y averiguarlo.

No supo qué había reflejado su rostro, tan sólo que ella se dio la vuelta y desapareció por el pasillo. «Ya lo has hecho», pensó, pues acababa de destruir la tranquilidad de su mente.

Para su sorpresa, después de la ducha que había sido todo cuanto Harlan le había prometido, se fue directa a la cama, donde durmió plácidamente. Pensó que debía ser por el entorno tan agradable que la rodeaba. Se despertó descansada y al mirar a su alrededor añadió «lujoso» a la descripción del entorno agradable.

Se estiró, disfrutando de una cama mucho más grande, una cama de verdad y no el catre de obra que utilizaba en el Pretty Lady. Todo el camarote era tan opuesto al que había usado como un hotel de cinco estrellas a una tienda de campaña. Las alfombras eran de muy buena calidad; la madera, suave y pulida, y los accesorios, dorados.

Nunca había imaginado que el baño de un barco podría ser de mármol y tener un jacuzzi, pero había más, como un toallero con calefacción que le pareció tanto un lujo decadente como lo más maravilloso que hubiera usado nunca.

Le costaba creer, como le había dicho Harlan, que aquél fuera el camarote más pequeño, pues el segundo dormitorio de su apartamento no era mucho mayor.

Por fin se sentó, reacia a abandonar aquella comodidad, y se preguntó si podría dormir un rato más.

Al mirar el reloj no pudo creerlo, aunque los números brillaban con claridad. Aun así, tomó su reloj de pulsera de la mesilla por si se había equivocado, pero no fue así.

Entonces, recordó que tenía que haber llamado a Sheila el día anterior y sacó el móvil del bolso.

La asistente respondió al primer timbrazo.

-No pasa nada -dijo cuando Emma se disculpó-, siempre que te lo estés pasando bien.

-Está siendo... interesante. Ya te contaré cuando vuelva. ¿Qué está pasando por allí?

-Seguimos con ocho, nuestra población más baja en meses.

-Bien -dijo Emma, pues menos animales implicaban menos comida y menos trabajo para la doctora Burke-. ¿Alguna llamada?

-Dos de control de animales. Y otra de la señora Weisman, que no aceptará de nadie que no seas tú que Foxy está bien. Eve Hendrickson quiere saber cuándo podemos llevarle a Sweetie para que la visite. El correo está en tu mesa; aún no he podido echarle un vistazo; sólo a las facturas.

-Me haré cargo a la vuelta. ¿Algo más?

-Ha llamado Cedar Glen por lo del programa de terapia con perros. Quieren hablar de ello.

-¡Genial! Los llamaré en cuanto pueda.

Emma había estado trabajando con la dirección de una residencia de ancianos para que permitiera visitas regulares de Whisper, un collie muy cariñoso que producía más sonrisas y alegría de lo que Emma hubiera visto. Los rostros de los pacientes crónicos se iluminaban en el momento en que Whisper fijaba en ellos sus enormes ojos marrones o cuando les apoyaba la cabeza en el regazo, pidiendo una caricia.

-A lo mejor debería volver antes -empezó-, hablar con ellos ahora, mientras...

-Ni se te ocurra. Estás en tus primeras vacaciones desde que creaste este lugar.

-Sólo han sido dos años.

-Dos y medio -la corrigió Sheila-. Y, lo creas o no, hay gente que de verdad piensa en tomarse vacaciones todos los años.

-Yo no necesito vacaciones.

-Un cuerno. Y éste es el mejor momento. Charlie y yo podemos hacernos cargo de cinco perros y tres gatos con los ojos cerrados y quién sabe cuándo volverá a estar tan vacío esto. Ni se te ocurra aparecer por aquí.

Cuando colgó, Emma tuvo la sensación de que Sheila realmente se disgustaría con ella si regresara en aquel momento, así que decidió que no lo haría. Aunque por otro lado también pensaba que no podía quedarse donde estaba mucho más tiempo.

La mera idea de regresar al ruinoso velero le hizo poner una mueca de asco, asustada de pensar que los dos hombres pudieran regresar.

Se levantó y se vistió a toda prisa con un pantalón vaquero y una camiseta de manga larga mientras se preguntaba qué pensaría Harlan de ella por dormir hasta el mediodía. Se cepilló el pelo agradeciendo el corte que llevaba, se puso un poco de rímel en las pestañas y se calzó.

Cuando salió de su habitación no sabía hacia qué lado ir, y le chocó el hecho de estar en un barco lo suficientemente grande como para perderse. Fue por el lado equivocado y pasó por varias puertas cerradas y una abierta que daba a un cuarto un poco más pequeño que su camarote, lleno de ordenadores, impresoras y al menos dos faxes, todos en funcionamiento. Por fin encontró el camino del salón, en el que estaba Harlan sentado con una lata de

refresco y una revista. Emma se detuvo en seco, pues le pareció demasiado normal, un chico normal, si bien muy atractivo, disfrutando de un refresco al tiempo que leía una revista. No pudo evitar mirar la página que tenía abierta y vio un artículo sobre un avión privado tan lujoso como el barco y se preguntó si su amigo rico también tendría uno.

Abrió la boca para desearle buenos días hasta que se dio cuenta de que no era apropiado. -Hola.

Harlan se quedó helado por un momento, pero cuando la miró no había nada malo en su rostro. De hecho, la sonrisa que le dedicó fue la más cálida que le hubiera visto, y la sorprendió, pues había esperado que se retirara como había hecho anteriormente, como si se arrepintiera de haberle dejado invadir su espacio. Aquel día estaba diferente.

-Normalmente no me levanto tan tarde.

-Me sorprende que estés levantada ya, con lo tarde que te acostaste.

-Y tú.

-Pero yo había dormido un poco antes de la visita de tus invitados.

-Ah -exclamó ella, con una mueca al recordarlo-. ¿Cómo está tu espalda?

-Bien -contestó, con una tranquilidad demasiado forzada-. Hay café hecho en la cocina, y refrescos en la nevera. Cereales es lo único que hay que no haya que cocinar, me temo.

-Café está bien. Anoche cené tarde.

El asintió, la dejó servirse, lo cual ella agradeció, y sacó una silla con el pie. Emma se sentó con la mirada fija en el exterior, donde una mañana nublada parecía estar dando paso a un día soleado.

-Creía que aquí llovía todo el tiempo.

-Yo también -repuso él-. Pero aún no lo ha hecho. Un día lloviznó un poco, pero nada más.

-Gracias por acogerme -suspiró ella tras probar el café-. No habría pegado ojo si me hubiera quedado allí -le agradeció, ante lo que obtuvo otro encogimiento de hombros por respuesta-. Por no hablar de la ducha; fue deliciosa.

Harlan sonrió y se quedó con una expresión burlona que borró agitando la cabeza, como si le hubiera sorprendido su propia sonrisa. A ella no le extrañó, sino que se preguntó quién iría a decir que cambiaría tan rápidamente la expresión, de sus ojos. Rompió la cadena de pensamientos al intentar averiguar qué sería lo que había cambiado, pues no era que la sonrisa le suavizara la expresión sino

más bien era como si aquella mañana le faltara algo en la mirada, aquella sombra que la hacía sentirse tan violenta.

-Es un barco realmente bonito.

-Sí -estuvo de acuerdo él, aunque no había mucho que discutir.

Emma pensó que quizá le enseñaría el resto, pero no lo hizo y ella no insistió a pesar de su curiosidad. Harlan cerró la revista y ella pudo ver el título, Aviation Monthly.

-¿Vuelas?

-Sí -contestó él, sorprendiéndola, pues en cierto modo esperaba que le contestara que sólo le gustaría. Ante aquello decidió que debía dejar de hacer suposiciones sobre él, puesto que todas parecían ser erróneas.

-¿También eres el capitán de este barco?

-No -contestó al fin tras quedársela mirando un rato en silencio-. Estoy aquí porque el dueño me está haciendo un favor.

-Un buen favor -dijo ella, avergonzada de nuevo.

-Es un buen tipo.

Emma se sentó y se quedó mirando el café. Nunca había considerado que se le dieran mal las relaciones sociales; de hecho no le costaba nada hablar con la gente, pero aquel hombre la estaba haciendo sentirse fatal. Unido al hecho de que se acababa de dar cuenta de lo sexy que estaba allí sentado con una sencilla camiseta blanca y vaqueros y el pelo alborotado, no la ayudaba mucho.

-Esto es de locos -pensó-. Tengo que vender ese barco. Enseguida.

-Entonces será mejor que lo dejes limpio -dijo él tranquilamente, sobresaltándola al darse cuenta de que había pronunciado sus pensamientos en alto.

-Para ti es fácil decirlo. Al menos tú sabes de barcos -dijo.

Aunque agradeció que por lo menos él no pudiera saber que lo de la locura se refería a él. O, mejor dicho, a su inesperada reacción hacia él.

Capítulo 9

Harlan la estaba ayudando a fregar la cubierta del Pretty Lady cuando, sin venir a cuento, la sobresaltó haciéndole una pregunta personal.

-Bueno, ¿y qué negocio has dejado atrás para venir a ver lo que te había dejado tu primo?

-Llevo Safe Haven -contestó ella, que recibió bien la pregunta pues, tras dos días con él ayudándola, se había llegado a preguntar si hablaba de algo más que de barcos o del tiempo-, un refugio sin ánimo de lucro para las mascotas de gente que está en el hospital o en residencias. Los cuidamos y nos aseguramos de que vean a sus dueños.

La mayoría de la gente sonreía y le decía lo fantástico que era lo que hacía, aunque no era aquél el motivo por el que lo hacía, pero Harlan la miró como si le hubiera dicho que había construido un hotel en la luna.

-Ven a sus dueños -repitió él como si le hubiera hablado en otro idioma-. ¿Quieres decir que recogéis gatos y perros de otras personas?

-Y otras mascotas. Conejos, hámsters y algún hurón que otro. Todavía no hemos tenido serpientes, pero supongo que llegarán.

-¿Y lo hacéis gratis?

-No siempre. La gente que puede, paga, pero no rechazamos a nadie. Tenemos muchas donaciones, gracias a Dios. Y tenemos una veterinaria fantástica, la doctora Burke, que cuida a los animales sin cobrarnos.

-¿Cómo sobrevivís?

-Con mucho esfuerzo. Pero merece la pena. Llevaba soñando con esto desde que mi abuela estuvo una temporada en el hospital y tuvo que deshacerse de su spaniel. Quería a ese perro casi tanto como a sus nietos, y casi la mató; de hecho creo que sí que contribuyó a su muerte. Desde entonces mi sueño ha sido evitar que eso les pase a otras personas. Por eso fundé Safe Haven.

-Es ir un poquito lejos, ¿no?

-Yo no lo creo. Se han hecho estudios que demuestran que los animales domésticos pueden ser beneficiosos para los enfermos -explicó, pero él la miraba como si le estuviera contando una teoría descabellada sobre extraterrestres-. Imagínate que caes enfermo y no tienes a nadie que te ayude, y entonces te tienes que deshacer de tu mascota. ¿Cómo te sentirías?

-No sé. Nunca he tenido una.

-¿Nunca? ¿Ni siquiera de niño?

-No.

-¿Tienes alergia? ¿O la tenía alguien? -No.

-Entonces ¿por qué? Ya sé que en un barco sería difícil, pero ¿ni siquiera un pájaro o algo?

-¿Estás pensando en un loro pirata o qué?

-Lo siento -se disculpó ella, avergonzada otra vez por que hubiera leído en su mente el estereotipo-. Es sólo que no puedo imaginar una vida sin un animal con quien compartirla. Hacen tanto por nosotros y son una excelente compañía para personas solas.

-¿Como la típica viejecita con veinte gatos? No, gracias.

-No. Como el hombre cuya mujer de sesenta años muere y lo deja solo por primera vez en décadas y con la única compañía del gato que se acurruca en su regazo por las noches. O el niño que se está muriendo de cáncer y el único que no lo trata de forma diferente es su perro. 0...

-Vale, vale. Lo siento. Es que siempre he creído que las mascotas eran algo..., no sé, inútil, supongo.

-No puedes decir eso si nunca has tenido ninguna -le reprochó Emma, horrorizada, y él le contestó con otro maldito encogimiento de hombros.

Nunca había conocido a nadie con aquella idea en la cabeza y no podía entenderlo. Siempre había asumido que la gente a la que no le gustaban los animales era fría, con un corazón de piedra o algo peor, pero sabía que él no era así, pues si no no la habría ayudado como lo había hecho. Luego pensó que en realidad tampoco le había dicho que no le gustaran, simplemente que no les veía el sentido. Se preguntó cómo podía sentir aquello y si sería sencillamente porque nunca había tenido mascota.

-La verdad es que te has perdido algo maravilloso -afirmó, ahora más tranquila-. Todo el mundo necesita un amor incondicional en su vida.

-Y ¿crees que te lo puede dar un hurón?

-Estaba pensando más en un perro. Y es casi del único del que lo puedes conseguir.

-¿Nunca piensas que emplearías mejor el tiempo ayudando a gente?

-Resulta que pienso que ayudo a la gente quitándoles esa horrible preocupación -contestó ella, que ya había respondido a aquello cientos de veces-. Y ya hay muchas agencias que ayudan a

personas a mucha mayor escala y mejor de lo que podría yo. Esto es algo que puedo hacer, así que lo hago.

Harlan se quedó observándola un rato y entonces ella se dio cuenta de que había levantado la voz al final.

-No juzgo a la gente por su trabajo. Sólo quería ver qué decías, porque imaginaba que te lo habrán preguntado ya muchas veces.

-Supongo que me he exaltado un poco -se disculpó. Le parecía raro porque lo había explicado tantas veces que normalmente exponía sus razones sin implicarse tanto, pero de algún modo le parecía importante que Harlan diera importancia a su trabajo.

-Te apasiona -le dijo éste-. Eso es todo lo que cualquiera necesita saber.

Emma no había esperado tanta comprensión de él, y se dijo que habría sido demasiado pedir que estuviera de acuerdo con ella. Al fin y al cabo se trataba de un extraño, aunque ya no lo parecía después de todo lo que habían pasado juntos. Intentó convencerlo durante un rato más de lo que se había perdido por no haber compartido, nunca su vida con el mejor amigo del hombre. El la escuchaba, a veces sonreía, incluso hacía comentarios, pero ella no estuvo segura de haberlo convencido.

No fue hasta mucho después cuando se dio cuenta de que, aunque había participado en la conversación, se las había arreglado todo el tiempo para no contar una sola cosa sobre él.

Harlan se quedó sentado mirando al teléfono un buen rato.

«No lo hagas», se dijo. «Ya te has involucrado demasiado; no vayas más lejos».

-Una llamada no hace que me involucre más -se respondió. Además, sentía curiosidad.

Descolgó el teléfono y tres minutos y dos llamadas más tarde estaba hablando con John Draven, el jefe de seguridad de Josh Redstone, el hombre que le había salvado la vida.

-Te contestaré -le aseguró Draven después de que Harlan le hiciera la petición-. ¿Urgente?

-No mucho. La verdad es que ni siquiera estoy seguro de que lo vaya a utilizar.

-Mañana, entonces.

Le parecía ridículo que Emma estuviera ocupando tanto espacio en su mente, pues ya no era un niño que no podía estar cerca de una mujer atractiva sin que se le revolucionaran las hormonas. Entonces no entendía por qué era eso exactamente lo que sentía. Nunca había negado que era atractiva; lo que le había costado más aceptar era lo mucho que lo atraía.

Entonces se preguntó, por primera vez, por qué había tardado tanto en reaccionar ante una mujer, si sería parte de las consecuencias de su mala experiencia, o si sería la propia Emma la que había despertado aquellos sentimientos en él. Quizá había sido por haber estado trabajando codo con codo con ella los últimos días, observando su fuerza y determinación. O quizá el que no le diera miedo el trabajo duro o mancharse las manos. O quizá era algo más básico, como la forma en que se movía, la longitud de sus piernas o la nariz respingona.

El caso era que había algo en Emma Purcell que lo encendía y, considerando que había temido que aquello ya no fuera posible, casi se sintió aliviado. Claro que el hecho de que no estuviera ni de lejos preparado para actuar según sus reacciones, a pesar de todas las ocasiones en que lo había pensado, no se lo ponía más fácil, sobre todo desde que la había invitado a quedarse en el Seahawk, que, aunque era un barco grande, parecía estar encogiendo a cada minuto. Al contrario que cierta parte de su cuerpo, refunfuñó en silencio.

Oyó sus pasos antes de verla subir por la escalera del muelle con un par de bolsas de alimentos y frunció el ceño, pues supuestamente había ido a comprar artículos de limpieza para el Pretty Lady.

-¿Qué es todo eso? -preguntó.

Sabía que había sonado muy brusco, pero en cierto modo el verla con las bolsas de comida le recordó que si echaba de menos la soledad no había sido más que culpa suya por haberla invitado. Si ella notó el tono no le hizo caso.

-He estado comiendo tanto aquí que he pensado que ya era hora de que llenara la nevera.

-Has cocinado -dijo él, algo menos gruñón-. Eso es más que suficiente.

-Me encanta cocinar. Además, no te vendría mal ganar algo de peso.

Aquél fue su primer comentario sobre su apariencia, y casi le hizo estar más gruñón, pero el hecho de que lo hubiera notado lo calmó, aunque no estaba muy seguro de por qué.

Lo que no quería era admitir la verdadera razón de estar tan gruñón, y era que había esperado la irrupción en su privacidad, pero no en la tranquilidad de su mente. No había esperado estar tan pendiente de la presencia de Emma a cada momento, ni sentir cómo se encendía una chispa cada vez que la veía. Tampoco había esperado yacer despierto por las noches imaginando cuál era la distancia entre ellos y calculando cuántos pasos habría hasta su

camarote.

-¿Cocinas mucho en casa? -le preguntó, más para distraerse que por seguir la conversación.

-No tanto como me gustaría, porque soy yo sola -le contestó ella, a lo que Harlan se preguntó si no tendría novio y por qué-. Me gusta más cuando mi familia se pasa por allí.

-¿Se pasa por allí?

-Vivimos todos muy cerca, en un radio de treinta kilómetros. ¿Te gusta el pollo? -le preguntó, y él asintió, aunque con el ceño fruncido.

-Creía que estabas enfadada con ellos por lo de Wayne.

-Y lo estoy. Pero eso no significa que no los quiera. ¿Ajo?

-Sí -tardó en contestar-. Mucho.

-Un hombre que se identifica conmigo.

«No me identifico contigo; sólo con tu cuerpo», pensó, lo cual le extrañó porque normalmente no era algo que se tuviera que recordar, sino que simplemente ocurría. No era un hombre de relaciones largas ni nunca lo había sido, aunque sólo fuera porque siempre estaba de un lado para otro. Se dijo que aquel caso no era distinto, pues no debía olvidar que no tenía nada en común con ella. Todo cuanto había pensado antes seguía siendo cierto. Ella vivía a treinta kilómetros de donde había nacido mientras que él después de dejar su hogar nunca había estado a treinta kilómetros de ningún lugar en el que hubiera estado antes. Ella apenas podía aguantar visitar un barco, mientras que él no podía imaginar no vivir en uno. Incluso ella cuidaba de los animales de otras personas cuando él no había tenido ni una pecera.

No fue hasta por la noche que aquello le chocó, cuando, tras una deliciosa cena con suficiente ajo incluso para él, tuvo que retirarse a su camarote por no soportar estar en la misma habitación que ella y guardar las distancias. Entonces se preguntó por qué le preocupaba no tener nada en común con ella, como si estuviera pensando en casarse con ella. Se preguntó qué más le daba, puesto que no era necesario tener nada en común si lo único que se pretendía era una aventura breve.

Aquello era lo único que podía haber, pues en cuanto le demostrara a Josh que estaba recuperado, o casi, se iría de aquel lugar para regresar a su vida. Tenía muchos lugares a los que ir y muchos descubrimientos que hacer. Por ejemplo, un pecio en las Carolinas en el que quería bucear o un rincón prometedor cerca de las islas Caimán, entre otros lugares, y ninguno de sus planes incluía a la señorita Emma Purcell. Mientras la observaba guardar leche,

refrescos y huevos en la nevera y pan y cereales en el armario, pensó que tampoco a ella la decepcionaría aquello.

Sonrió con tristeza, pensando que había estado comiéndose la cabeza respecto a ella cuando ella no había hecho el menor gesto de sentirse atraída por él. De hecho había creído que en el peor de los casos era un traficante, y en el mejor, la persona que había llevado por el mal camino a su adorado primo.

En cierto modo tampoco podía culparla por aquello, pues consideró que él podría haber pensado lo mismo en su lugar de haberse cruzado con alguien con su aspecto de entonces. Tenía un espejo y sabía lo que mostraba su rostro y la verdad era que ella lo había superado enseguida, más o menos. Por fin se fue a dormir, preguntándose si todos aquellos razonamientos lo llevarían a algún sitio. Sobre todo a averiguar si su cuerpo todavía funcionaba en un campo muy especial.

El teléfono lo despertó temprano y antes de descolgar ya sabía que era Draven, el único que él conociera que durmiera menos que él. Al colgar unos minutos más tarde se arrepintió de haberlo llamado. Ya tenía su respuesta y ahora debía tomar una decisión muy difícil, contarle o no a Emma que su querido y recién fallecido primo era aún peor de lo que él hubiera imaginado.

Capítulo 10

Emma estaba de pie en el centro de la cabina principal, sin saber por dónde empezar y se dio cuenta de que llevaba sintiéndose así unos días.

Por encima de su cabeza oía el ruido constante de Harlan lijando la cubierta del Pretty Lady. Se sentía culpable por todo el trabajo que estaba haciendo, pero él le había asegurado que era bueno para él. Ahora le reconfortaba la cadencia rítmica de aquel sonido, igual que le reconfortaba su presencia. Aunque seguía siendo un misterio para ella, se alegraba de que estuviera allí. No sólo por la ayuda que le prestaba.

Entonces se dio cuenta de que aquél era parte del motivo de su confusión. Prácticamente no sabía nada de él y aún le tenía algo de miedo, pero aun así le gustaba tenerlo cerca. Se dijo que tenía que ser porque todavía estaba nerviosa por el robo, pues otra cosa no tenía sentido y ella siempre había sido muy lógica.

Aquello, por supuesto, no explicaba por qué había estado tan loca como para aceptar la invitación de seguir alojándose en el Seahawk. Había cometido muchos errores en su vida, pero aquél los superaba a todos. El solitario Harlan McClaren despertaba en ella sentimientos que había desechado hacía tiempo. Ya había perdido la cabeza una vez por un hombre y aquello la había llevado al desastre, y no estaba dispuesta a repetirlo.

De repente se movió el suelo bajo sus pies y se quedó sin aliento. Se giró como si esperara encontrar una figura amenazadora en la escotilla, mientras se preguntaba qué habría pasado con Harlan y por qué éste seguía lijando. Poco después se dio cuenta de que antes había escuchado el ruido del motor de un barco que había pasado por el puerto y comprendió que tenía que haber sido su estela la que había movido el Pretty Lady.

Se hundió en el banco sin apenas notar que el cojín estaba hecho trizas. Sintió un escalofrío al darse cuenta de que lo que había temido era cierto. Podía manejar bien las cosas rutinarias, era competente con las cosas complejas, incluso con un desorden menor, pero cuando se trataba de algo mínimamente peligroso, era una cobarde.

-Emma, ¿quieres que...? ¿Qué pasa?

-No, nada.

-Pues no lo parece.

-Estoy bien.

-Bien fastidiada.

-Ni siquiera estoy sangrando -replicó ella, mirándolo desafiante.

-Tocado -aceptó él, retirándose, y no dijo nada durante un buen rato hasta que adivinó-. ¿Todavía estás impresionada por esos neandertales?

Ella no le contestó y al cabo de un rato él se acercó y se sentó a su lado.

-Estás a salvo en el Seahawk.

-No es eso.

-¿Entonces qué es?

Emma suspiró. Necesitaba hablar con alguien y aunque él no fuera el más apropiado, era la única persona que había.

-Soy una gallina. Todas esas herramientas en el cuarto y no se me ocurrió usar una de arma.

-Emma.

-En vez de eso agarré ese estúpido barómetro que se partió como una astilla.

-No puedes esperar saber luchar sin experiencia, igual que no se puede montar en bici sin practicar. Además, conseguiste detenerlo durante un rato.

-Pero no del todo. Si no hubieras venido tú...

-Le hiciste sangre.

-Con las uñas y los dientes -resopló con desdén, incapaz de mirarlo a los ojos.

-No eres ninguna cobarde, Emma.

-Entonces, ¿por qué estoy temblando como un flan ahora, cuando ya pasó hace días? ¿Por qué tengo pesadillas? ¿Por qué revivo lo que pasó incluso cuando estoy despierta?

Durante un rato hubo silencio. Después Harlan soltó una respiración contenida y larga.

-Porque es así; el tiempo no importa. Que haya terminado de verdad no quiere decir que haya terminado en tu cabeza. Y no hay nada peor que no estar a la altura de lo que esperas.

Emma levantó la cabeza para mirarlo lentamente y vio su expresión desalentadora. En aquel momento supo que hablaba por propia experiencia.

-¿Cuánto hace de lo tuyo?

-Bastante -contestó él al fin, que se había puesto tenso.

Emma dudó si seguir preguntando, dada su tendencia a la privacidad, pero por otro lado nunca lo había visto tan dispuesto a abrirse y no podía dejar pasar la oportunidad.

-¿Qué pasó?

-Fue en Nicaragua -repuso él resignado al cabo de un momento-. Estaba fuera del camino marcado, muy lejos. Nunca debía haber desembarcado.

Me apresó un jefe de la guerrilla de la selva llamado Omar.

-¿Te apresó? ¿Por entrar sin permiso o algo así?

-Al principio.

-¿Y no peleaste?

-Claro que sí. Con todas mis fuerzas. Eran cuatro.

-Dios santo. ¿Y por qué no les diste una paliza a todos? -preguntó, y creyó ver un amago de sonrisa en sus labios, pero él no dijo nada-. ¿Y qué pasó?

Harlan no dijo nada durante un rato en el que ella notó lo difícil que era para él abrirse de aquel modo. Incluso llegó a preguntarse si se lo habría contado a alguien. Si no era así, el hecho de que se lo contara a ella, y la razón de que lo hiciera, la conmovieron como nunca había sentido. Por fin, como una presa que se abriera, brotó el resto de la historia.

-Decidió que si era americano y estaba donde ningún otro americano se atrevía a entrar, era porque estaba cumpliendo órdenes.

-¿Ordenes?

-Como en la CIA.

-OH, ¿por qué la gente siempre sale con esa tontería?

-Supongo que es su forma de ver el mundo. El caso es que no iba a aceptar un no por respuesta.

-¿Y qué esperaba?

-Que confesara.

-Pero si no eras... -empezó, y se paró de golpe, abriendo mucho los ojos-. OH, Dios mío, ¿te torturaron?

-Dejémoslo en que se encargó de hacer mi estancia lo menos placentera posible.

Emma acababa de comprender el porqué de su aspecto demacrado y se sintió fatal por haber tenido unas sospechas tan distintas de la verdad.

-¿Te referías a eso en lo de no estar a la altura de lo que se esperaba? ¿Porque confesaste? Por Dios, Harlan, a los prisioneros de guerra les obligan a hacer eso y nadie los culpa. No se puede esperar que nadie...

-No confesé -la cortó él.

-Entonces ¿por qué diablos te sientes culpable?

-Porque como yo no confesé, Omar ejecutó a un inocente.

Emma se quedó boquiabierta. Le sonaba tan surrealista, tan

extraño, que por un segundo se preguntó si no se lo estaría inventando para impresionarla o quién sabía para qué, pero al mirarlo a los ojos angustiados vio que cada palabra era dolorosamente cierta.

-¿A quién?

-A mi guía, Miguel. Era un buen hombre, con mujer y tres hijos.

-Pobre mujer. Y los niños.

-No les va a faltar de nada -afirmó él categóricamente, de modo que ella se preguntó si les enviaría dinero y por ello tendría que pedirle prestado un lugar para vivir a su amigo rico.

-¿Cómo saliste?

-El propietario del Seahawk me mandó a buscar. Por suerte antes de que Omar empezara a matar al resto de mi tripulación uno a uno. Y antes de que me produjera una incapacidad permanente.

-Lo siento -dijo ella, estremecida y sintiéndose aislada en su pequeño y seguro mundo.

-Yo también. Oigo ese disparo todas las noches. Ni siquiera me amenazó con hacerlo; simplemente lo hizo.

-No se puede esperar algo lógico de un loco. Por cierto, hablando de locos, ¿qué hacías tú en Nicaragua?

-Estaba buscando algo.

-Debía de ser algo muy importante.

-Sólo si crees en leyendas -contestó él crípticamente, y ella dejó de insistir al notarlo tan esquivo.

-¿Por eso estás aquí? ¿Para recuperarte? -le preguntó, a lo que él asintió.

-Y para olvidarlo.

-¿Está funcionando?

-Dicen que físicamente estaré bien pronto -respondió tras encogerse de hombros como siempre-. Pero nadie sabe decirme cuándo, o si llegarán a desaparecer las pesadillas.

Se quedó callado y durante un buen rato ella se quedó allí sentada absorbiendo lo que le acababa de contar. Al final sólo había una cosa más que quería saber, aunque le costó mucho hacer la pregunta. Por fin le salieron las palabras.

-¿Por qué me lo has contado?

-Porque -le contestó mirándola frente a frente-He estado viviendo donde has estado tú este par de días. No es un buen lugar, Emma, no lo tomes como residencia.

Aunque era una respuesta, no era la respuesta que ella quería. Ella quería saber por qué se lo había contado precisamente a ella.

A la mañana siguiente Harlan se dijo que la única razón de que

Emma estuviera en el Seahawk era por el robo del Pretty Lady. Era lógico que no quisiera regresar a quedarse en un barco que ni siquiera había querido desde el principio.

Sin embargo, por la noche aquello no ayudaba mucho, cuando su cuerpo no dejaba de pensar en el de ella, que dormía, cálida, al otro lado del pasillo. O cuando su cerebro salía con todo tipo de razones para ir con ella, desde la altruista de asegurarse de que no tenía miedo hasta la más realista necesidad de convencerse simplemente de que aún le funcionaba el cuerpo.

Tan sólo deseaba estar seguro de que era sólo eso. No quería sentir nada más que un impulso físico; como mucho una amistad. Pero nada más, y menos con una mujer como Emma, que, como las demás, tampoco comprendería sus pasiones. Ya había perdido una mujer, una prometida y la creencia en el amor duradero por su devoción a lo que más amaba en la vida.

Se aferró a las palabras de la psicóloga que Josh le había insistido en que visitara después de que lo rescataran. Ésta le había informado de que sentiría todo más profundo y más intenso durante un tiempo. Así pues, aquello era lo que debía de pasarle con Emma. No es que ella fuera diferente.

Por la mañana se había convencido casi por completo de aquello. Se levantó y se vistió deprisa, de mejor humor del que había estado los últimos días. Estaba tarareando cuando salió del camarote, pero se paró al ver a Emma envuelta en una toalla corriendo a su camarote.

Le pareció que tenía unas piernas eternas y era obvio que sus pechos eran totalmente naturales. Su reciente seguridad en sí mismo se deshizo tanto que estuvo a punto de meterse de nuevo en su camarote, pero no se dejó.

No había nada en la cocina que le apeteciera, así que se preparó un café y salió al puente de mando. No había encendido los motores desde que Emma estaba a bordo y tenía que hacerlo. Revisó los indicadores, las agujas y encendió el motor, que arrancó con suavidad, como siempre, y sintió el barco volver a la vida bajo los pies.

Harlan nunca había tenido un barco tan sofisticado como aquél, pero hacía lo que podía, consciente de que normalmente Josh tenía una tripulación de tres o cuatro personas a jornada completa sólo para mantenimiento. Las exigencias de Redstone limitaban a Josh a unos pocos viajes por la zona al año, y cuando aparecía quería que el barco estuviera listo para zarpar.

Todo parecía ir correctamente. Igual que los aviones, los barcos

que construía Josh eran de la mejor calidad y eficiencia, diseñados para gente que prefería esto a la pompa y la ostentación. Además, aunque una tripulación constante podía facilitar las cosas, el Seahawk estaba diseñado para poder ser pilotado por una sola persona. Desde luego, pensó Harlan, Josh sabía lo que era querer estar solo.

Examinó la hilera de cuadrantes y lectores que había en la pared detrás del timón y vio que el indicador del aire acondicionado no funcionaba bien, así que tendría que revisarlo para ver si era el compresor o sólo el indicador. Estaba imbuido en ello cuando oyó el ruido de unos pasos en la puerta que daba al puente, pero siguió con lo que estaba haciendo.

-He oído arrancar el motor -comentó Emma tras un rato, y él por fin la miró y vio su expresión cautelosa.

-¿Creías que iba a zarpar? Contigo a bordo de mala gana, por supuesto -bromeó, y vio en su ligero sonrojo que había dado en el clavo-. Eres un poco desconfiada, ¿no? Aunque la verdad es que la idea tiene su atractivo.

-Supongo que sí. Todavía estoy tensa por estar en un barco. Aunque he de decir que nunca habría creído que podría estar tan tranquila como lo he estado en éste.

-Es un buen barco para eso. Sólido.

-¿A ti te funciona? -le preguntó, sobresaltándolo por el repentino cambio de tema.

-Puede -concedió él, que no estaba muy seguro de que lo que le estaba pasando fuera exactamente lo que Josh tenía en mente. Claro que Josh creía en los finales felices, para todos menos para él.

De repente se quedó sin aliento al darse cuenta de lo que acababa de hacer. Había relacionado sus cada vez más complicados sentimientos hacia Emma Purcell con la creencia de Josh en finales felices y románticos.

-¿Harían?

Sólo entonces se dio cuenta de que debía de estar mirándola con cara de embobado.

-¿Qué querías? ¿Sólo asegurarte de que no te estaba secuestrando? -le preguntó, a lo que ella frunció el ceño y él dejó de hacerse el gracioso. Entonces vio que Emma llevaba un papel en la mano-. ¿Querías hacer algo con eso?

-Eh, ah, sí. Quería enseñártelo.

-¿Qué es?

-Es... -balbuceó, y empezó otra vez-. Bueno como eres el único amigo reciente de Wayne que conozco pensé que a lo mejor

tendrías alguna idea sobre esto.

-¿Qué es? -repitió, con cierta cautela.

-Es una carta suya. La recibí tres días después de su muerte -dijo, intentando ocultar el estremecimiento.

-Debió de haber sido... Espeluznante.

-Mucho. Me la mandó el día anterior desde aquí.

Se lo ofreció, pero él no quiso aceptarlo. Ni siquiera quería tocarlo, como si aquello pudiera imbuirlo aún más en la vorágine contra la que ya estaba luchando. Pero ella se quedó ahí con la mano extendida, esperándolo y mirándolo con aquellos ojos, hasta que al final, casi contra su voluntad, Harlan agarró el sobre.

-¿Estás segura de que quieres que lea esto?

-Al final tú eras su amigo más íntimo -asintió ella-. A lo mejor para ti tiene más sentido.

Harlan lo dudaba, pues por la falta de sobriedad de Wayne de los últimos días no le extrañaba que lo que hubiera escrito no tuviera sentido. Reacio, sacó la carta, una hoja que parecía gastada de tanto desdoblarla y volverla a doblar.

Frunció el entrecejo al ver que estaba escrito en papel del Seahawk, la vitela gris con la silueta del barco y el nombre en letra roja, los colores de Redstone, y se preguntó cuándo lo habría tomado. La caligrafía era un garabato torpe y nada firme, excepto la última línea, escrita con mucho cuidado y fuerte; había clavado tanto el bolígrafo en el grueso papel que había dejado la marca por el otro lado.

Su mirada fue enseguida a la última línea, Busca la respuesta en el Pretty Lady, que guarda los secretos muy en el fondo, pero están ahí. Entonces sintió curiosidad y leyó la carta desde el principio, o lo intentó, pues la letra a veces era ilegible. Por lo que pudo sacar, la carta de Wayne consistía básicamente en su diatriba de siempre, que nunca nada era culpa suya, que todo el mundo lo odiaba sin razón y que algún día iba a ser lo suficientemente rico para mandar al mundo y a su familia al infierno. Salvo a Emma, por supuesto. Aquello lo dejó bastante claro, y Harlan tuvo que admitir que al menos aquella parte era cierta; Wayne quería de verdad a su prima.

Y por qué no; se preguntó qué había en ella que no fuera adorable.

-Ya lo había oído casi todo antes -le dijo sin rodeos-. La última línea es lo único que es distinto.

-Eso es a lo que me refiero. Lo último.

-¿Qué crees que significa?

-Lo único que se me ocurre es que Wayne tenía la sensación de

que podía estar en problemas.

-¿Como una premonición?

-De que podía morir -le confirmó ella preocupada.

Harlan pensó que no le extrañaría nada que hubiera sido una alucinación por el alcohol o las drogas. O quizá el conocimiento de que sus abusos algún día podían ser fatales. Pero tuvo que admitir que lo preocupaba que hubiera sido el ruinoso Pretty Lady el que hubieran entrado a robar, sobre todo teniendo al lado el mucho más caro Seahawk. Aquello hacía que la probabilidad de que el robo hubiera sido aleatorio fuera mucho más pequeña. Lo cual ponía a Emma en un posible peligro si volvía al Pretty Lady. Lo cual le hacía imposible sugerirle que lo hiciera y lo dejara tranquilo.

Capítulo 11

Emma pensó que Harlan debía de creer que estaba loca; lo había visto en sus ojos al sugerirle que Wayne sabía que le iba a. pasar algo. Así que se excusó a toda prisa y se retiró al salón, pensando que no debía haber mencionado la carta sin haberse tomado antes el café de la mañana. Supuso que no podía culparlo, pues no veían las cosas del mismo modo. Aunque aquello le pareció más serio a que él pensara que estaba chiflada por tener miedo a los barcos o que ella pensara que él estaba chiflado por no gustarle las mascotas.

También comprendía que no tuviera una idea muy buena de Wayne, pues nunca había conocido al chico dulce, encantador y alegre que había sido; sólo al hombre amargado e irresponsable en el que aparentemente se había convertido. Le dolía admitirlo, pero Harlan no tenía ningún motivo para mentirla. Aunque aun así nunca perdonaría que sus sentenciosos padres no lo hubieran ayudado cuando estaba en el mal camino con sus exigencias imposibles y sus duros castigos, pero ahora le costaba negar que hubiera llegado a ser lo que siempre habían predicho.

Estaba tomándose la primera taza de café cuando oyó parar los motores. A los pocos minutos se volvieron a encender. De nuevo volvieron a apagarse y a encenderse, al parecer mientras Harlan trabajaba en otra cosa. Otra vez se volvieron a apagar y pasó el tiempo mientras esperaba, casi aguantando la respiración, a que Harlan apareciera por la puerta. Cuando al cabo de unos minutos no apareció se imaginó que estaría con los motores, o arriba en lo que ella creía que era el puente de mando, aunque no estaba muy segura de si también se llamaría así en un barco privado, o un yate, o lo que quiera que fuese; en cualquier caso, una mansión flotante.

Aquello le trajo a la mente su menos lujoso navío, en el que debería estar trabajando en lugar de estar allí sentada bebiendo un café caro que no era suyo. Enjuagó la taza y salió al Pretty Lady, preguntándose por el camino algo que tenía en la cabeza desde que le había contado lo de la selva, y era qué diablos estaría haciendo en un lugar donde lo pudiera apresar alguien como su captor, pues la mayoría de la gente no se despertaba una mañana y decidía ir a la selva nicaragüense, y «estaba buscando algo» no le parecía una respuesta satisfactoria ni reveladora. Se dijo que era demasiado cotilla, que no era asunto suyo, y se puso a trabajar. Pero por otro lado no podía pensar en nadie con quien hubiera compartido tanto tiempo sin acabar sabiendo nada de él.

Siguió lijando la cubierta de proa hasta que le empezaron a arder los músculos de los brazos y le dolieron las rodillas. Pero aquello no fue suficiente para dejar de admitir con sobrecogimiento que el no saber nada sobre Harlan no le importaría tanto si no la atrajera. Miró al Seahawk, pero no vio rastro de él, aunque había oído arrancar los motores, que llevaban encendidos una media hora, haciendo un ruido constante, y pensó que debía de estar trabajando en ellos de nuevo.

Decidió que le había venido bien alejarse de él durante un rato. Habían estado trabajando juntos en el Pretty Lady y por las noches en el Seahawk, que en cierto modo le había parecido más grande la primera vez que había subido a bordo. Tras el primer par de noches, cuando ya había recuperado el sueño, se había despertado en mitad de la noche pensando que Harlan estaba tan sólo al otro lado del pasillo.

No era muy propio de ella enamorarse de alguien como él, a pesar de que no estaba muy segura de lo que quería decir con «como él». Frunció el ceño al ver un atisbo de duda en su lógica perfecta. Sabía que Harlan era una persona que trababa duro, que lo haría por un extraño sólo por ayudar. Dudaba de que fuera sólo la conexión de Wayne, pues ya había hecho mucho más por ella de lo que aquello implicaría. Él no le había dado ninguna indicación de esperar nada a cambio, ni tampoco la había presionado sexualmente.

Pero la había mirado, pensó, notando cómo se le aceleraba el corazón como cada vez que recordaba haberlo mirado fugazmente desde el final del pasillo al salir corriendo de la ducha a su camarote. Había mirado y no pareció haberle importado lo que veía. Ella podía tener menos experiencia que algunas de sus amigas, pero reconocía el ardor al verlo.

Ahora que lo había reconocido, se preguntaba qué venía después, a lo que se contestó con firmeza que nada. Reconocer una atracción no significaba que tuviera que hacer nada al respecto. Aunque, si tenía razón y la atracción era mutua, siguió pensando…

« ¡Vale ya!», se ordenó, recordándose que había ido hasta allí para cumplir el legado de Wayne, nada más, y atacó la cubierta con un nuevo vigor, pero no sirvió de nada.

Creía que estaría tan agotada después del duro día de trabajo que dormiría toda la noche. No fue así. A las tres de la mañana estaba totalmente despierta. Intentó achacarlo a la cafeína del

refresco que había tomado mientras trabajaba, pero sabía que no era eso.

Cansada, se levantó y se puso un pantalón y una camiseta y salió a la cocina para relajarse con un chocolate caliente. Harlan le había dicho que tomara lo que quisiera así que se sintió rara, pero no mal cuando se preparó el tentempié.

En el camino había visto que entraba mucha luz de fuera. La noche anterior había estado nublada, pero aquélla había vuelto a aclarar y cuando salió a mirar, se encontró con un mundo inundado de la plata de la luz de la luna, una vista al mismo tiempo hermosa e inquietante. Cerró la puerta y salió a cubierta para contemplar todo el cielo y la estela que dejaba el reflejo de la luna en el agua. Aquello la relajaba.

-Bonito, ¿verdad?

La voz que oyó detrás la dejó sin aliento. De repente se vio con la mano en el pecho como una reina del melodrama, o como su madre. A duras penas logró no darse la vuelta y mostrarle a Harlan la sensación que le provocaba. En su lugar, giró la cabeza y lo miró por encima del hombro con toda la indiferencia que pudo.

-Sí -dijo al fin-. Lo es.

-Está cristalina.

Harlan dio un paso hacia ella, a quien le costó darse cuenta de que le hablaba del agua.

-Sí.

-Aunque peligrosa.

Lo dijo en un tono bajo que la hizo sentirse nerviosa. Se preguntaba qué podría haber de peligroso bajo la superficie cristalina, o si sólo se refería a que aquella tranquilidad era precursora de algo más inestable.

-¿Qué quieres decir?

-La luna. Hace a la gente pensar en cosas que hacer.

De repente, sin moverse un centímetro, estaba demasiado cerca. Emma sentía levemente su aliento contra el cuello, sentía el calor que desprendía y que parecía envolverla. El corazón le latía a toda velocidad y tomó aire sólo para asegurarse de que aún era capaz de respirar.

-La luna -le habló Harlan en el oído- hace que lo que es difícil de resistir de día sea imposible de noche.

Lo seguía notando detrás y, antes de que se diera cuenta de lo que hacía Harlan, sintió sus labios en la nuca. Apenas la rozaban, un susurro de calor en un punto sensible que hasta entonces no sabía que tenía. No le parecía posible que un toque tan leve le

insuflara calor por todo el cuerpo, pero así fue. Entonces sintió un ardor húmedo cuando los labios se posaron en su piel, y lo que había sido una calidez placentera se tornó en calor ardiente. La recorrió un escalofrío, como si tuviera frío en lugar de calor, y sintió una mezcla de vergüenza y expectación. Entonces él subió la boca del cuello a la oreja, que penetró con la lengua, haciéndole sentir frío y calor al mismo tiempo.

Emma pronunció su nombre, que sonó a súplica. De qué no estaba segura. La lógica le decía que parase, pero su cuerpo quería más.

-Sabía que serías dulce -susurró Harlan con una voz tan baja que sonaba rota-. Pero nunca imaginé que nada pudiera serlo tanto.

Emma pensó que aquello era una locura. No podía creer lo que estaba haciendo, y menos con un hombre al que apenas conocía. No era nada propio de ella y, tras decidir que debía parar, se dio la vuelta para decírselo. Pero entonces, él la abrazó proporcionándole un sentimiento de calor y seguridad que le pareció absurdo puesto que ella lo único que hacía era permanecer de pie y dejarse abrazar.

La voz de su conciencia le dijo que no sólo lo estaba dejando, sino que lo estaba disfrutando. Entonces lo vio moverse y supo lo que venía, pero, como si aún estuviera de espaldas y no lo supiera, se quedó quieta. Esperando. Él le subió un dedo por la barbilla y se la levantó.

-Emma -susurró, un nombre sencillo que en aquella voz ronca a la dueña le pareció lo más bello que había oído jamás.

Ella lo miraba fijamente a los ojos sin comprender a qué esperaba, pues estaba segura de que la iba a besar. También lo estaba de que ella lo deseaba más que respirar. Al ver que él seguía sin moverse, comprendió que estaba esperando una señal de ella. Separó los labios para hablar, pero no pudo. Tragó saliva y lo volvió a intentar, con el mismo resultado. No importó, porque Harlan pareció entender su respuesta silenciosa y bajó la cabeza muy despacio. El último resto de sentido común que le quedaba a Emma le dijo que, dado lo que le había hecho un mero roce de labios, sería mejor prepararse para una seria conflagración.

Fue su último pensamiento coherente, pues en el momento en que los labios de él se unieron con los suyos, se sintió arder en llamas. No le importaba nada que no fuera sentir sus labios y el fuego que le recorría cada nervio de su cuerpo.

Lo agarró de los brazos, hundiendo los dedos como si se estuviera aferrando a lo único capaz de mantenerla en pie en su repentino mundo acuoso. Se sentía como en el agua, débil,

temblorosa y descontrolada.

Entonces él movió una mano muy lentamente, acariciándola hasta que le rodeó con los dedos un seno, que se amoldó perfectamente a su mano y la hizo ansiar más, mucho más.

Cuando él por fin dejó de besarla ella estuvo a punto de gritar por la pérdida de aquel maravilloso calor. Pero al instante, cuando sonó el silbato de un ferry que se acercaba, volvió a la realidad y los músculos que se habían ablandado hacía unos segundos se tensaron de golpe. Harlan pareció notarlo y se separó.

-La luna es muy potente -dijo con dulzura-. Y según como lo mires, a veces es tóxica.

Entonces la soltó y ella se sintió aliviada al verlo desaparecer dentro del Seahawk. Pero el alivio desapareció al darse cuenta de que lo que más sentía era la pérdida. Y el ansia de llamarlo para que volviera.

Capítulo 12

La luna no sólo lo volvía loco, sino que lo volvía estúpido. Aquélla era la única explicación para lo que había hecho. Eso y el hecho de que lo estaba matando estar cerca de ella, y estaba harto de sentirse al borde del precipicio cada noche, dudando entre alejarse lo más posible o correr con ella lo más rápido que pudiera.

Se preguntó qué hubiera hecho de haber conocido la reacción de ella y suspiró, sabiendo la respuesta. Si hubiera sabido que iba a arder en llamas al más ligero roce habría ido a su cama hacía mucho tiempo. Lo que no sabía era, ahora que conocía la reacción, cómo demonios iba a reprimirse de hacer lo que realmente quería.

Había intentado calmar su acelerado cuerpo con una ducha fría, pero no había funcionado. De vez en cuando dormitaba pero sin perder de vista la hora. Por suerte para él el sol salía temprano en aquella época del año, así que a las cinco se levantó para comenzar el día. Había encargado un indicador pero hasta que llegara tendría que buscar algo que hacer.

Se percató con sorpresa de que se sentía mucho mejor, no como nuevo pero desde luego mucho mejor que cuando había llegado a aquel lugar. Tenía más fuerzas, se cansaba menos y por primera vez se permitió tener esperanzas de que el final estuviera cerca.

Se sorprendió al descubrir que Emma ya se había levantado y, a juzgar por el fantástico olor, había preparado café. De no haber sido por aquello y por su necesidad de cafeína, habría buscado algo que hacer al lado opuesto del barco. No quería enfrentarse a ella; se sentía un cobarde. Pero necesitaba café.

En cuanto la vio y ella lo saludó con una tímida sonrisa, supo que iba a ser tan malo como había temido. No sabía qué decirle, si disculparse por la locura de la luna o actuar como si nada hubiera sucedido.

Él prefería la última alternativa, pero dudaba de que ella lo fuera a aceptar. Emma se acercó a él, como si esperara que retomara lo de la noche anterior por donde lo habían dejado.

-¿Vas a volver a trabajar en ese elefante blanco que te dejó tu querido Wayne? -preguntó él.

Ella pestañeó y retrocedió un poco, y sólo entonces se dio cuenta él de lo duras que habían sido sus palabras. Pero se sentía mejor con ella más lejos, más seguro.

-Dijiste que era todo cuanto tenía; ¿cómo podría menospreciarlo?

-Supongo que sólo creo que si le preocupaba tanto podía haber hecho más.

Sabía que estaba siendo rudo, pero no podía parar.

-Estoy segura de que intentó...

-Maldita sea, Emma, ¿cuándo vas a dejar de ponerle excusas?

-Él era...

-¡Una fantasía! La imagen que tienes de él es del niño que conocías, y ese niño hace tiempo que dejó de existir.

-No lo conociste entonces -dijo ella, con un tono de desesperación en la voz.

Una parte de él quería echarse atrás y calmarle aquel dolor, pero otra quería arrancarle las vendas de los ojos de una vez y hacerle ver la verdad.

-No, yo sólo sé lo que era al final, un borracho y un drogadicto. Y no era algo nuevo, lo fue durante años. Es un milagro que no hubiera muerto antes, y mucho más aún que no se llevara a ningún inocente con él.

Emma bajó la cabeza y él la vio parpadear varias veces y se maldijo, pues había querido enfadarla, no herirla. Había esperado que, con su lealtad ciega hacia su querido primo, se pusiera furiosa con su valoración fría y mordaz. Había esperado que le diera la espalda y se marchara, y al darse cuenta se asustó.

Nunca antes había jugado a hacer que una mujer se alejara. Se preguntó por qué lo hacía ahora, por qué era tan importante alejar a Emma, tan importante que su subconsciente lo había hecho antes de que él mismo se diera cuenta de lo que estaba pasando. Una vocecita dentro de su cabeza le gritó la verdad una y otra vez, que se estaba acercando demasiado.

Harlan sabía que aquélla era la respuesta fácil, la obvia, pues la verdadera estaba bajo la superficie y él no estaba en absoluto preparado para descubrirla.

Emma levantó la cabeza y cuando lo miró, él vio que tenía los ojos húmedos. El haber sido él quien lo había causado lo hizo sentirse mal.

-No pretendía soltarte eso así -dijo él, arrepentido, aunque lo cierto era que era exactamente lo que había pretendido. Lo que no había planeado era la reacción de ella.

-A veces la verdad duele -aceptó ella con voz triste y cansada, como si llevara tiempo luchando por no creerlo, como Harlan suponía que era.

-Emma.

-Está bien -lo cortó ella levantando una mano-. Sé que es verdad.

Wayne estaba mucho peor de lo que yo creía.

A Harlan le dio un vuelco el corazón. Aunque era cierto todo cuanto había dicho, ahora lamentaba sus palabras. Era obvio que ella había experimentado un profundo cambio de opinión respecto a su primo y, para su sorpresa, a Harlan no le gustó mucho.

-Lo que pasa es que no quería admitirlo. Que el chico al que yo había querido tanto pudiera haberse perdido tantísimo. Y no podía admitir, después de todo este tiempo peleándome con ellos, que mi familia tuviera razón.

Harlan pensaba que no debía haberla presionado tanto, pues la verdad era demasiado dolorosa y pensó que debía haberla protegido de ella y no tirársela a la cara.

Aquella palabra le retumbó en la cabeza. No recordaba la última vez que había querido proteger a nadie. Normalmente pensaba que la gente tenía lo que merecía. Incluso él sabía a lo que se arriesgaba metiéndose en aquella selva. Había salido indemne de sitios peores, así que imaginó que simplemente le había tocado en aquella ocasión, aunque ese razonamiento no le había ayudado a superarlo.

Lo único que podría consolarlo era pensar que al fin y al cabo, Emma se lo estaba buscando, que necesitaba que alguien le abriera los ojos, y si aquello le dolía peor para ella. Sin embargo, le habría gustado no haber sido él quien lo hiciera.

-Debo parecerte una tonta -comenzó a decir ella, pero se calló al verlo negar con la cabeza.

-Eres leal. Y eso dice mucho.

-Hay una línea muy estrecha entre lealtad y ceguera.

-Eso también. Pero siempre que al final veas la luz...

-Supongo -suspiró ella-. Pero no me gusta.

-Nadie ha dicho que te tenga que gustar. Es la ignorancia la que hace feliz.

-No lo ignoraba, lo negaba. En algún lugar de mi corazón lo sabía, pero no quería creerlo.

-Es duro que alguien en quien confiabas te defraude.

-Odio cuando la gente resulta ser otra cosa distinta de la que tú creías.

Harlan se vio en problemas, por si descubría la verdad sobre él. Se preguntó si en tal caso se alegraría por lo que era o se enfadaría por no habérselo contado.

-Creo que será mejor que me ponga en marcha -dijo Emma-. Tengo que trabajar.

El abrió la boca para decirle que iría enseguida, pero no salió nada.

La observó marchar en silencio, consciente de que aún estaría digiriendo lo que nunca había querido saber.

Él también, y lo que acababa de descubrir le había llegado al alma. Entendía que no quisiera que conociera la verdad sobre él; lo que le tenía preocupado era que acababa de descubrir la razón.

No quería que lo conociera todavía porque no quería que afectara a lo que sentía respecto a él. No estaba seguro de lo que sentía, o de lo que quería que sintiera; sólo sabía que quería saberlo antes de asimilar toda aquella información. La razón estaba enterrada mucho más profundo de lo que estaba preparado para escarbar ahora.

No le había hecho falta la brusquedad de Harlan para verlo. Sabía que había gastado demasiado tiempo en racionalizarlo todo, demasiado esfuerzo en buscar excusas y demasiada energía en negar lo que tenía delante. No podía evitar sentir que Wayne le había tomado el pelo y como poco se sentía estúpida por no haber visto lo evidente. A no ser que él no hubiera sido tan malo la última vez que lo había visto. O quizá ya lo estaba excusando de nuevo. Suspiró de cansancio y volvió al interminable lijado. No sabía qué otra cosa hacer; lo único que sabía era que le pesaba el corazón y que estaba cansada de tener tantos pensamientos en la cabeza.

-¿Cómo pudiste dejar que pasara esto, Wayne? -preguntó sin rabia; sólo tristeza.

Se obligó a poner atención en lo que estaba haciendo, aunque no requería mucha. Se preguntó entonces por qué diablos querría nadie comprar algo que requiriera tanto trabajo.

-Podrías alquilar una lijadora.

Se detuvo y se sentó sobre sus talones para mirar a Harlan de pie en el muelle. Había esperado que aquel día no fuera, pero ahora que lo había hecho, se tuvo que confesar que uno de los motivos de estar tan decepcionada era por no haber podido descubrir lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior. Si bien había estado ciega con lo de su primo, no era estúpida, y no le costó mucho adivinar que aquello era exactamente lo que Harlan había querido, lo cual sólo podía significar una cosa: que se arrepentía.

Mientras lo veía subir se dijo que era normal, pues no se consideraba precisamente irresistible, sobre todo cuando necesitaba cortarse el pelo y le sobraban unos kilos.

-Me dices ahora lo de la lijadora -protestó, y añadió cabizbaja-. De todas formas no creo que pudiera pagarla.

-¿Los perros devoran todo tu dinero? -le preguntó él mientras se agachaba a su lado.

-Sólo porque hayas llevado una vida sin la mejor compañía que un ser humano pueda tener no te da derecho a criticar a los que no lo han hecho. Ni nunca lo harían.

-Vale, vale. Era una broma pesada. Pero una broma, de verdad, no tengo nada contra los perros; es sólo que no sé mucho sobre ellos.

Parecía sincero y Emma se calmó y se quedó observándolo.

-Yo podría arreglar eso -ofreció, pero él debió de ver algo en sus ojos porque la miró con cautela.

-No estoy seguro de que me guste lo que tienes en mente.

-No podrías evitar que te guste lo que tengo en mente -le aseguró ella, imaginándolo con un perrito juguetón y cariñoso.

Lo oyó proferir un sonido extraño, como si se hubiera quedado sin aliento. El sonido le hizo repetir en la mente lo que había dicho, y al hacerlo también ella se quedó sin aliento. Abrió la boca para explicarlo, pero decidió que no serviría más que para poner las cosas peor, así que la cerró de nuevo, con fuerza, y volvió a su trabajo sin mirarlo cuando él se unió a ella.

-¿Emma? -preguntó él tras varios minutos de silencio.

-¿Sí?

-Tómatelo con calma.

No sabía si sentirse dolida o enfadarse, pero al darse cuenta de que estaba ahí sentada analizando cómo responder a una sencilla petición, se echó a reír.

-A veces me tomo a mí y a mi trabajo demasiado en serio.

-A lo mejor porque hay mucha gente que no lo hace -repuso él, sorprendiéndola.

-Los hay -estuvo de acuerdo ella, sin señalar lo obvio, que él era una de aquellas personas.

-He leído un poco en la red. Esos estudios de los que hablabas; especialmente el del Centro para Control de Enfermedades.

-¿En serio? -preguntó ella, que no podía creerlo.

-No tenía ni idea de que los efectos pudieran ser tan físicos -asintió él-. Pueden bajar la tensión, hasta el colesterol, todo eso.

-Son cosas serias -comentó ella, agradecida más de lo que podía haber imaginado de que se molestara-. Incluso una visita con animales puede ayudar. La compañía a tiempo completo proporciona beneficios aún más a largo plazo. Por eso pienso que podrías tener un perro.

-No hay mucho espacio en un barco. Y no me gustan los mordedores de tobillos.

-No, a ti te iría un perro grande. Pero hay perros muy

adaptables, siempre que hagan suficiente ejercicio. Además, no te vas a quedar en este barco para siempre, ¿no?

No había pretendido curiosear, pero tan pronto hubieron salido las palabras de su boca, se dio cuenta de que estaba ansiosa por oír la respuesta. Por saber cuánto tiempo se quedaría y dónde iría después.

-No lo sé. Podría acostumbrarme a vivir aquí. Después de haber probado los lujos del Seahawk no la extrañaba, pero aun así no podía hacerse a la idea de vivir de alguien, aunque trabajara en el barco a cambio. Aún no había tenido respuesta a su pregunta y no sabía cómo obtenerla sin dejar claro que lo quería saber por motivos personales, y no caninos. Suspiró y entonces, ya sin esperarlo, él contestó.

-No sé lo que voy a hacer ni a dónde voy a ir. Tendré que empezar a pensarlo pronto, pero...

-No es algo que quieras precipitar -asintió ella, comprendiendo por lo que había pasado.

Trabajaron juntos un rato más, hasta que él rompió el silencio.

-Podría alquilarte yo la lijadora.

-No, gracias -rechazó ella, que no quería que lo hiciera cargándoselo a su amigo rico.

Pasaron un par de días más en los que él estuvo trabajando codo con codo con ella, como si tuviera alguna inversión en el Pretty Lady, y Emma se empezó a cuestionar una vez más la valoración que había hecho de él. Después de todo, sus sentencias respecto a los hombres eran erróneas, hasta Wayne se lo había demostrado, así que pensó que quizá también se había equivocado con Harlan.

Capítulo 13

A pesar de que no hacía demasiado calor, pues como mucho hacía veintiséis grados en el agua, no lo parecía por la temperatura de la sala de máquinas. Harlan se había quitado la camiseta hacía media hora y deseaba haberse puesto el bañador para bajar a rehacer el tableado para el indicador que había recibido por la mañana.

Lo cierto era que, aunque la sala de máquinas no era pequeña para un barco del tamaño del Seahawk, era demasiado pequeña para él. Era más o menos del mismo tamaño que la celda del sótano en que lo habían encerrado, y lo que debía haber sido una hora de trabajo le había llevado tres, porque de vez en cuando necesitaba subir sólo para demostrarse que podía, que no estaba encadenado a la pared.

Había pasado varios días de aquel modo, intentando hacer el trabajo rutinario de mantenimiento de los motores y cada vez conseguía permanecer abajo más tiempo, hasta que en la última ocasión estuvo cerca de cuarenta y cinco minutos de trabajo ininterrumpido leyendo indicadores, buscando goteras y resolviendo que el problema del puente era el indicador y no la maquinaria. Aquel día consiguió reemplazar el indicador de un tirón. Se sentía muy contento consigo mismo cuando cerró y salió del cuarto por última vez.

Al menos lo estaba hasta que vio que Emma esperaba en cubierta y se quedó helado. Hubiera querido correr a esconderse más que cualquier otra cosa, aunque significara regresar al cuarto de máquinas, pero no se podía mover.

Sólo tuvo tiempo de ver que ella también había trabajado mucho, pues tenía el pelo y el cuerpo empapados en sudor, hasta que descubrió lo que pasaba. Vio sus ojos al mirarlo, mirar su torso desnudo, y los vio agrandarse al ver las cicatrices, las marcas, las pruebas del daño causado en su cuerpo. Las quemaduras en la tripa, los cortes en el pecho, las marcas de las fieras zarpas donde Omar había dejado a su cachorro de leopardo jugar sobre él. Era como una de sus pesadillas hecha realidad.

-¿Has visto bastante? -preguntó de forma brusca cuando ella seguía contemplándolo. Por fin ella lo miró a la cara.

-¿Ese Omar te hizo todo eso?

-Era muy creativo.

-Espero que esté muerto.

Harlan había esperado compasión, no enfado, y le sorprendió la reacción.

-No lo sé -dijo al fin-. Si fuera por mí me habría asegurado antes de irme, pero no era mi decisión. Además, ya estaba en guerra con la mayoría de sus vecinos, así que hay probabilidades de que alguno lo haya hecho ya.

Ella volvió a bajar la vista a su cuerpo, y él se quedó allí, odiándolo, hasta que se le tensaron los músculos del estómago. Una vez más estuvo a punto de echar a correr, pero entonces ella habló.

-Admiro tu fuerza.

-¿Mi fuerza? -casi bufó él, a quien le había costado semanas de doloroso ejercicio llegar hasta aquel punto, pues cuando había llegado allí apenas podía recorrer el muelle sin pararse a descansar. Pero ella asintió.

-La que hace falta para sobrevivir a algo así. Esas cicatrices son como insignias, pruebas de que has pasado algo que habría destrozado a cualquiera, si no físicamente sí al menos mentalmente.

Quiso contarle lo cerca que había estado de destrozarlo a él, como, cuando llegó Draven, había pensado en decirle que lo dejara allí pues iba a morir de todas formas. Pero Draven tenía órdenes de Josh, así que cualquier cosa que Harlan le pudiera decir habría sido en vano. No conocía la historia de Draven con Josh Redstone, pero sabía que iría al infierno si Josh se lo pidiera. Al pensarlo, no estaba seguro de que él no hiciera lo mismo. Josh inspiraba una lealtad como nadie que hubiera conocido.

-Sé que yo nunca sobreviviría a algo así -dijo Emma.

-No te menosprecies. Normalmente las mujeres sois más fuertes que los hombres.

-Yo no. Lloro con anuncios ñoños.

-No tiene nada que ver. Mi padre lloraba con las películas de Disney y era el hombre más duro que haya conocido. Bueno, el segundo.

-¿Y el primero, el hombre que te rescató? -adivinó ella enseguida, a lo que él asintió.

-Ahora, si no te importa, ya he estado expuesto bastante -dijo Harlan, sin poder creer que hubiera aguantado tanto tiempo.

-Lo siento. No pretendía mirar así, pero...

-Sí, ya lo sé. Da lástima -la cortó él, y ella lo miró fijamente a los ojos.

-Verte así me hace sentir muchas cosas. Pero lástima no es una de ellas.

Tras aquello, se dio la vuelta y se fue sin decir una palabra, y

Harlan no pudo recobrar el aliento hasta mucho después de que ella hubiera desaparecido. No sabía si creerla en lo de que no sentía lástima, y si lo hacía, tenía que preguntarse a qué se refería, qué era lo que sentía. Sabía lo que quería que sintiera, que mirarlo le hiciera sentir lo mismo que sentía él cuando la miraba. No quería estar solo en aquello, ser el único que sentía aquella locura creciendo en su interior.

Bajó a darse una ducha para ver si se calmaba y al quitarse los pantalones se vio en el espejo. En aquella ocasión, al contrario que las demás, se miró las cicatrices recordando las palabras de Emma. Nunca había pensado en ellas como insignias, sobre todo porque intentaba no pensar en ellas, pues verlas le recordaba lo cobarde que había sido pensando sólo en su propio dolor mientras se llevaban a Miguel al interior de la selva y lo mataban a sangre fría.

Muchas otras mujeres le habían mirado el cuerpo y habían comentado que era sexy, pero eso había sido antes. Había pensado en contactar con alguna de ellas sólo para ver el asco que les provocaría, pero cuando pensaba en hablar con aquellas mujeres con las que había tenido una relación de lo más superficial, no le merecía la pena el esfuerzo. Emma, por otro lado...

Se dio la vuelta y se metió en la ducha como si la habitación estuviera en llamas.

Le costó unos cuantos minutos de soledad en su camarote calmar los nervios, y un poco más bajar el ritmo del pulso. Aquello le parecía ridículo; vivía en California y había visto miles de hombres sin camiseta. Había visto cientos sólo en traje de baño, algunos minúsculos. Había admirado algunos, apenas había percibido otros y se había estremecido al ver otros que mostraban más de lo debido. Pero ninguno le había quitado el aliento como Harlan.

Lo primero que había mirado habían sido las cicatrices y recordó sus palabras, «se encargó de hacer mi estancia lo menos placentera posible». «Placentera», pensó, «vaya eufemismo para lo que le hicieron». No podía imaginar el horror y el dolor que había soportado.

Y aún soportaba, pensó, al recordar lo de que «sólo porque haya terminado de verdad no quiere decir que haya terminado en tu cabeza». Si sus propias pesadillas habían sido horribles, las de él debían de ser terroríficas. Ahora que le había visto las cicatrices se sintió culpable por haber pensado que debía seguir con su vida y dejar de vivir de la caridad de su amigo. Pensó que cualquiera que

hubiera vivido algo así merecía pasar el resto de su vida tranquilo, y que si tenía un amigo dispuesto a ayudarlo y podía hacerlo, mejor para él.

«No hay nada peor que no estar a la altura de lo que esperas», le había dicho también, y ella se horrorizó de qué era lo que esperaría de sí mismo. No creía que se pudiera esperar que ningún ser humano soportara aquella tortura y no comprendía cómo podía culparse.

No soportaba pensarlo más, y sólo aquel hecho debía haberle avisado de lo lejos que había llegado, pero ya estaba en marcha para buscarlo con la esperanza de encontrar algo que decir para hacerle ver lo absurdo de su particular visión masculina del honor, o lo que fuese. Si no hubiera tenido tanta prisa en decir su parte nunca habría ocurrido, pero la tenía y llamó a su puerta más fuerte de lo habitual, por lo que ésta se abrió.

Harlan estaba de pie de espaldas con nada más que una toalla y giró la cabeza para mirar a la puerta que ella había abierto sin querer. En la espalda tenía más cicatrices, incluida una mancha que parecía como si le hubieran quemado aquella zona y se la hubiera herido después. Entonces recordó la pelea y comprendió que era lo que sangraba.

-Si has venido a ducharte conmigo llegas tarde.

La recibió con un tono áspero y ella sintió que le ardían las mejillas de vergüenza y buscó una salida despreocupada. En su lugar, lo que salió de su boca la asombró incluso a ella.

-Peor para mí -dijo, y lo oyó respirar con dificultad. Harlan pareció dudar y se giró.

-No estoy de humor para bromas, Emma.

-Yo tampoco -repuso ella con voz ronca.

-Entonces yo soy el único que está vestido para la ocasión -apuntó él, creyendo claramente que no hablaba en serio.

Emma pensó que en casa nunca haría lo que estaba pensando, pero también era cierto que nunca habría estado de forma voluntaria a bordo de un barco. Aquel lugar había ejercido alguna clase de magia sobre ella desde que su vuelo había entrado en Puget Sound.

-¿Emma?

-Supongo que entonces debería cambiarme -afirmó mientras se llevaba las manos al elástico del jersey.

Harlan profirió un juramento y en un paso rápido la agarró de las muñecas.

-No empieces esto si no tienes intención de acabarlo. Estoy

demasiado cerca del precipicio.

-Yo lo empezaré -replicó ella sin intentar siquiera soltarse-, pero espero que tú lo termines.

Con un gemido la abrazó y su boca tomó la de ella con una fiereza que la dejó sin aliento. Era como lo recordaba la primera vez, pero con una diferencia; en aquella ocasión la besó como si nunca fuera a parar. Aquello le aceleró el pulso y repartió el calor de su boca por todo su cuerpo. Incapaz de pararse, Emma le acarició con las manos, y sintió su calor antes incluso de tocar su piel con los dedos.

Lo notó tensarse cuando le tocó una cicatriz. Entonces cortó el beso y se agachó para apoyar los labios en su pecho, en su cicatriz, y le trazó la línea de la cicatriz con la lengua. Harlan sintió un escalofrío bajo la húmeda caricia y, al notarlo, Emma gozó por la sensación de poder que la inundó. Nunca se había sentido así ni había creído que fuera posible. Pensó que podía ser adictivo. Trazó una hilera de besos desde la cicatriz al pezón preguntándose si tendría el mismo efecto si hiciera lo mismo allí. Probó y así fue.

-Emma.

Lo pronunció entre dientes, lo que añadió más sensación de poder. Era algo emocionante para una mujer sencilla. Definitivamente era adictivo.

-Si no te quitas algo de ropa lo haré yo, y no puedo prometerte que te la puedas volver a poner cuando termine.

Fue tanto una promesa como una amenaza apasionada, y Emma se dio cuenta de que no era la única que tenía poder.

-Adelante.

Harlan no volvió a preguntar ni le dio oportunidad de cambiar de opinión, aunque ella tampoco lo deseaba. Fiel a su palabra, le quitó el jersey con una velocidad que la halagó. Luego se peleó con el sujetador y a ella le agradó que no fuera tan hábil como para preguntarse cuántas veces lo habría hecho antes.

Al final Harlan se rindió con un gruñido de frustración y se lo sacó también por la cabeza sin desabrochar. Ella estuvo a punto de gritar para meterle prisa, pues quería sus manos sobre ella de un modo que la dejaba atónita. Nunca había sentido un ansia igual. Entonces él la tocó de forma delicada, casi reverencial, y ella gimió y se acercó a él incitándolo en silencio a continuar. El le tomó los pechos con las manos, endureciéndole los pezones, y salió un gemido de su boca, como si suplicara que se los tocara.

-¿Es esto lo que quieres? -le preguntó con dulzura en el momento antes de acariciárselos con los pulgares.

-Sí -dijo ella entre jadeos.

Cuando sustituyó los dedos por la boca ella no pudo evitar gritar de placer. Lo agarró sin mirar y le tomó los hombros cuando él se metió primero un pezón en la boca y luego el otro y luego jugueteó con la lengua. Ella arqueó la espalda sin darse cuenta acercándole más los pechos.

No notó cuando se le levantaron los pies del suelo y sólo se dio cuenta al notar las sábanas en la espalda de que la había llevado a la cama. Por un momento se avergonzó, pero después lo único que sintió fue alegría de que él fuera lo suficientemente fuerte para llevarla en brazos.

Él se tumbó a su lado, y ella se dio cuenta de que o se había quitado la toalla o se le había caído. No podía dejar de mirar.

Los músculos del cuerpo de Harlan indicaban una buena forma, y que fuera así después de lo que había vivido le daba una idea de cómo había estado antes. Al bajar más la vista dejó de pensar. Por lo que vio, le resultó obvio que fuera lo que fuera lo que le hubieran hecho en el resto del cuerpo, una parte estaba en perfectas condiciones.

En aquel momento se llenó de dudas, pues no estaba preparada. Aquello era lo último que habría pensado al ir a aquel lugar y, dado que su vida amorosa en el último par de años había sido más bien escasa, no tenía ninguna protección.

Al darse cuenta de que la estaba viendo mirarlo notó calor en la cara y giró la cabeza. Él le tomó suavemente la barbilla y se la volvió para que lo mirara y agitó la cabeza.

-Llevo demasiado tiempo esperando esto; no te me pongas tímida ahora.

-No lo estoy, o no lo voy a estar. Es sólo que... no tengo mucha experiencia. No estoy..., preparada.

-Últimamente yo tampoco. Pero creo... -dijo, rodó y rebuscó en un cajón de la mesilla hasta sacar un paquetito. Entonces la miró con sonrisa torcida-. Esto antes era una suite nupcial.

Aliviada porque se hubiera resuelto el problema tan fácilmente, Emma intentó relajarse. Había creído que la breve pausa le habría dado tiempo a pensárselo dos veces, pero en cierto modo el hecho de que Harlan la hubiera comprendido enseguida y lo hubiera resuelto le hacía pensar que aquello era bueno para ella. Al menos por el momento.

Harlan se puso el preservativo y volvió a donde la había dejado. El cuerpo de Emma se encendió con sus caricias hasta que sintió hormigueos en las zonas que no le estaba tocando. Aunque lo cierto

era que al final no dejó ninguna sin tocar. Le dijo que era preciosa, que sabía muy dulce, le dijo todo lo que siempre había querido escuchar. Y cuando al fin le separó las piernas y se introdujo en ella, le dijo cómo encajaba en una palabra.

-Perfecta.

Emma no encontraba las palabras. La sensación era demasiado fuerte y todo cuanto podía hacer era gemir su placer y esperar que él la entendiera. Y parecía hacerlo, pues cada vez que con un movimiento le hacía dar un grito ahogado o temblar lo repetía. Y otra y otra vez, hasta que Emma se aferró a él con furia. Aun así quería más. Lo quería más salvaje, más profundo, más violento. Harlan empezó a moverse más deprisa hasta que ella chilló.

-¿Te hago daño?

-No -se apresuró a contestar ella-. No, quiero más.

Como si fuera todo lo que necesitaba escuchar, le dio exactamente lo que quería. Se movió con fuerza y profundidad. Ella se arqueó para encontrarse con él, gritando su nombre, «y él deslizó las manos bajo sus caderas para levantarla. Aquel cambio de postura le hizo gritar otra vez y le clavó los dedos en los hombros cuando él empujó de nuevo.

-Emma-dijo entrecortadamente-. No puedo, lo siento.

No sabía de qué le estaba hablando, y en aquel momento no le importaba. Sentía su cuerpo como si volara, un cuerpo que ya había experimentado en aquellos momentos más que en toda su vida. Entonces Harlan bajó la cabeza hasta su pecho y le chupó un pezón apasionadamente. El calor que sintió entonces se mezcló con el fuego que ya sentía y se retorció de forma casi violenta, arqueó el cuerpo mientras gritaba su nombre sin poder parar mientras la invadía una oleada de sensaciones.

Del pecho de Harlan salió un gruñido gutural y ella sintió el escalofrío que le recorrió el cuerpo, mientras éste se volvía a meter en ella en aquella ocasión para quedarse. Le clavó las caderas como si quisiera escalar dentro, y cada movimiento le enviaba otra hondonada de placer. Emma lo abrazó y lo oyó murmurar su nombre, y mientras el increíble calor disminuía supo que pasara lo que pasara después, o lo que no pasara, nunca se arrepentiría de aquella decisión.

Capítulo 14

El ruido de unos pasos en el muelle lo despertaron. No le dio mucha importancia, después de aquella noche apenas podía pensar, hasta que se acordó del robo. Abrió los ojos y vio que ya era de día, media mañana, según descubrió al mirar el reloj. Emma estaba acurrucada a su lado, con sus largas piernas entrelazadas con las de él, y él se resistía a moverse. Entonces los pasos se detuvieron y a Harlan le pareció que se habían parado justo en la escalera del Seahawk. Se sentó.

-¡Ah del Seahawk!

«Maldita sea», pensó Harlan al reconocer la voz, pues era lo último que hubiera esperado. Salió de la cama tan rápido como pudo sin despertar a Emma, se puso unos vaqueros y una camiseta, agarró unas zapatillas y salió descalzo. Una vez fuera, cerró la puerta y se calzó para salir a cubierta. A pesar de que había reconocido la voz, le sorprendió ver al hombre alto y desgarbado apoyado en la barandilla. Sus ojos grises vieron el aspecto alborotado de Harlan, pero no dijo nada.

-¿Permiso para subir a bordo?

-¿Tienes que preguntar?

-Es por cortesía -replicó el hombre, arrastrando las palabras.

-Mi barco es su barco -dijo Harlan con una elaborada reverencia-. ¿O debería decirlo al revés?

-Es igual de las dos formas-arrastró de nuevo las palabras el visitante mientras subía.

-Voy a hacer café.

Confiaba en que no hicieran ningún comentario sobre lo tarde que era para hacer café y así fue. El líquido aromático y oscuro empezó a gotear en la cafetera y Harlan se volvió y se apoyó en la encimera.

-Se me ocurrió venir a ver qué tal vas.

-¿Pasabas por aquí? -preguntó Harlan con sorna, pues la sede estaba a más de trescientos kilómetros en el sur de California.

-He salido a dar una vuelte antes de una reunión en Seattle.

-O sea que vas a volar. -¿Por qué no?

-¿Por dónde has venido?

-Port Angeles. Me apetecía conducir por el Hood Canal Bridge.

-Muy típico de ti -comentó Harlan con una sonrisa.

-Y tú tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi.

-Voy tirando -contestó él encogiéndose de hombros.

-Este lugar va mucho contigo,

-Dijiste que lo haría. Me distrae bastante.

-¿Has hablado últimamente con la doctora Sims?

-No -respondió con una mueca al oír el nombre de su psiquiatra-. Prefiero simplemente superarlo que vaciarle mis entrañas más.

-No puedo decir que te culpe por eso. -Estoy mejorando. He...

Se cortó a oír unos pasos que se aproximaban desde abajo e intentó aparentar tranquilidad. Tenía que pasar, pero el momento era un tanto arriesgado, pues era su primera noche juntos.

-¿Harlan? -lo llamó ella adormecida, pero en cuanto vio que tenían compañía se despertó de golpe-. OH, lo siento, no sabía...

-No importa, Emma -dijo Harlan-. Éste es el dueño del Seahawk.

-OH -dijo ella, atónita-. ¡OH!

-Josh, ésta es Emma Purcell, la no tan afortunada dueña de la chatarra del final del muelle.

-¿Del velero? Mis condolencias.

-Aceptadas -repuso, y dudó, arrugando la frente, mientras observaba al hombre que le ofrecía la mano. Al final sonrió y se la dio-. Encantada de conocerlo. Es un barco precioso.

-Los hay más grandes y más lujosos, pero a mí me gusta éste.

-Quieres decir que tienes debilidad por él por ser el primer barco que construiste -apuntó Harlan.

-Eso también.

-¿Diseñó el barco usted? -preguntó Emma.

Como Josh sólo asintió, Harlan tuvo que añadir.

-No está mal para un tipo que construye aviones.

-¿Aviones? -preguntó Emma, y de repente cayó en la cuenta-. OH, Dios mío, ¡usted es Josh Redstone!

-Culpable -contestó Josh con un ligero suspiro que Harlan sabía que significaba que se estaba preparando para que lo trataran de forma diferente al reconocerlo.

No era extraño que lo hubiera reconocido, pues se trataba de un hombre famoso por varias razones, una de ellas los poderosos jets privados de líneas lujosas que construía Redstone Aviation, así como los avances hechos posibles gracias a Redstone Technologies. Además de por ser un multimillonario hecho a sí mismo, también era conocido en todo el mundo por su generosidad. Su criterio era muy sencillo: creía en echar una mano, no en dar limosna, y cualquier persona que estuviera dispuesta a trabajar tanto como él podía contar con su ayuda.

Como si estuviera grabado en su rostro, Harlan supo lo que

estaba pensando Emma cuando ésta lo miró a él y de nuevo a Josh. En parte había esperado que dijera algo sobre lo de que estuviera viviendo a su costa demasiado tiempo.

-Lo siento -dijo en su lugar-. Supongo que le pasará a menudo cuando conoce a gente.

-Me pasa -contestó Josh, sonriéndola cálidamente-. Es normal, supongo. Soy mucho más conocido de lo que me gustaría.

-Pero de un modo mejor que otros -dijo Emma.

-Que demasiados.

Emma pareció observar a Josh durante un rato, como si estuviera decidiendo si decir algo. Éste levantó una ceja para animarla y ella por fin habló.

-¿Sabe cuando piensa en qué le diría o haría si alguna vez conociera a algún famoso? Pues yo siempre he pensado que si alguna vez lo conociera a usted le daría las gracias.

-¿Por qué?

-Por existir -contestó ella sonriendo-. Por la clase de persona que es.

Josh pestañeó y tragó saliva.

-Felicidades, Emma -dijo Harlan con media sonrisa-. Lo has cazado.

-Es un buen piropo -logró decir Josh tras recuperarse-. El más bonito que me han dicho en mucho tiempo.

Emma miró a Harlan de soslayo y éste no supo si era porque estaba impresionada de haber conocido a Josh Redstone o porque estaba decepcionada de que fuera él el hombre de cuya caridad estaba abusando.

-A veces demasiado generoso -dijo.

-¿Y eso? -preguntó Josh.

-Emma se ha preocupado mucho por ti.

-¿Preocupado?

-Bueno, decepcionada, supongo. Cree que vivo a tu costa. Antes de saber que eras tú, claro. Ahora que lo sabe, creo que estará aún más decepcionada.

Josh miró a Emma desconcertado; ella sentía arder las mejillas y Harlan sabía que iba a pagar por aquello. Pero también sabía que su preocupación haría que a Josh le cayera aún mejor y aquello era importante para él.

-Bueno, es una idea interesante -dijo Josh, arrastrando las palabras más que nunca, lo cual le indicó a Harlan que aquella mente ágil oculta tras su aspecto despreocupado estaba pensando algo a toda máquina.

Miró a Harlan, que supo que Josh debía de haber adivinado que no le había contado nada a Emma. También sabía que Josh no era ningún tonto y después de verlos aparecer despeinados y medio dormidos, Harlan supo que había atado cabos correctamente. No había llegado a donde estaba por estar ciego.

-¿Hay alguna razón? -preguntó el magnate.

-Orgullo.

-Está bien entonces.

Josh se volvió a una totalmente confusa Emma y Harlan supo que se lo iba a contar. No le importó en realidad, pues pensó que era el momento.

-Aprecio mucho tu preocupación, Emma. Hace mucho que nadie que no sea de mi familia se preocupa por mí así. Pero este tipo nunca ha vivido a mi costa. Ni a la de nadie.

-Yo no he dicho exactamente...

-De hecho -la cortó Josh levantando una mano, y prosiguió-, si acaso es al contrario. Redstone no existiría si no fuera por él. Fue él el que tuvo vista para invertir en un campesino que no tenía más que una licencia de piloto y una idea.

Emma se quedó boquiabierta mirando a Josh y después a Harlan mientras el primero continuaba.

-El es la piedra angular de Redstone Incorporated. Aunque siempre está ocupado siguiendo la pista de sus inversiones por el mundo sigue siendo mi mano derecha como mentor financiero, y es un genio. Pero no quiere aceptar un sueldo, aunque desde luego se lo gana.

-Mantengo en forma tu dinero; eso me da más -dijo Harlan tranquilamente.

Emma, atónita, se dejó caer en una silla y se quedó callada. Después de haberse explicado, Josh siguió charlando amistosamente un rato más hasta que se levantó y dijo que tenía que tomar el siguiente ferry para llegar a su reunión. Se despidió de Emma y le volvió a agradecer su preocupación, a lo que ella respondió aún atónita. Harlan lo acompañó a la salida.

-Cuídate, Mac. Te necesitamos de vuelta.

Harlan asintió, sintiendo el peso de la preocupación de su amigo. La mirada de éste siempre era algo sombría, pero ahora era más oscura que nunca. Cuando regresó, Emma lo miraba fijamente como si fuera la primera vez que lo veía. El se puso tenso. Había temido que, una vez supiera que no era el lobo de mar que ella creía, las cosas cambiarían. Ella se levantó bruscamente.

-Tengo que irme a trabajar.

Fue a la pila, enjuagó su taza y se marchó sin más palabras. Entonces Harlan recordó por qué estar cerca de Josh le recordaba que no era prudente enamorarse demasiado. Josh lo había hecho, y cuando su mujer había muerto se llevó con ella su corazón y gran parte de su ánimo. Harlan sólo esperaba que el recuerdo no le hubiera llegado demasiado tarde para salvar su propio corazón.

Mac. Joshua Redstone le había llamado Mac, y diez segundos más tarde Emma se sintió la mayor tonta del mundo. Mac. Mac McClaren.

Con los dientes apretados y presionando más sobre la lija, pensaba que no había sido suficiente haberlo juzgado mal por completo, aunque sólo el pensar que era un vago y un gorrón sería suficiente para hacer desternillarse de risa a cualquiera. No, además tenía que pasar por alto lo obvio, de lo que cualquiera se habría dado cuenta nada más oír su nombre.

Tenía su nombre, que había estado por todo el mundo, que había vivido siempre en barcos, qué más le hacía falta, se preguntó.

Mac McClaren, famoso buscador de tesoros, el hombre que había hecho su fortuna a los veintidós años al encontrar el galeón español que su padre había buscado durante años. Hasta recordó haber visto una foto suya en una revista, un hombre rodeado de su exultante tripulación.

No se perdonaba que, siendo uno de los hombres más ricos del país, ella se hubiera convencido de que era un vago que vivía a costa de un hombre que resultó ser uno de los más ricos del mundo. Pensó que quizá tenía un motivo para no haberle dicho quién era en realidad, que probablemente la gente le asaltaba todo el rato pidiéndole dinero. Suspiró al recordar que ella le había hablado de sus problemas económicos, un tema normal de discusión salvo que se esté hablando con un multimillonario. Para rematarlo, se sentía una cobarde por haber salido huyendo, pues pensaba que después de la noche que habían pasado juntos, Harlan se merecía algo más.

Sintió un escalofrío al recordar sus manos, sus labios y lo que le habían hecho y le habían hecho hacer.

Sólo duró unos minutos más, hasta que soltó el papel de lija, se sacudió y bajó los escalones, todavía agarrándose, hasta el muelle para ir al Seahawk, el barco de Josh Redstone. Ni en un millón de años se habría imaginado que lo conocería, por no hablar de que prácticamente viviría en uno de sus barcos. Pensó que había sido amable, más con los pies en la tierra de lo que habría esperado, a pesar de lo que se decía de él.

Harlan le había proporcionado la base, pensó. Había leído que lo

había respaldado otro arriesgado aventurero como él, pero no que éste hubiera sido el temerario Mac McClaren.

Dudó antes de subir al barco, pues necesitaba tiempo. En realidad Josh no le había dicho quién era Harlan, lo había adivinado ella, así que simplemente podía seguir actuando como si no lo supiera hasta tener tiempo de imaginar cómo cambiaría las cosas.

Sintiéndose algo mejor, subió en busca del hombre que no sólo había encontrado un tesoro hundido, sino que por lo que se veía había proporcionado la fundación de una de las multinacionales más grandes del mundo. Lo encontró en la sala de ordenadores, un cuarto al que ahora le encontraba más sentido.

-Siento haberme ido así -le soltó en la espalda, a lo que él se quedó helado y luego se giró lentamente-. Necesitaba tiempo para... absorberlo, supongo.

-¿Que sea algo más que un vagabundo?

-Fue Wayne el que primero lo dijo en su carta.

-Lo sé. Y yo cumplía la profecía, ¿no?

-Bueno, tampoco hiciste nada para convencerme de lo contrario.

-Lo sé, y lo siento. Ahora. Entonces me pareció lo correcto.

-¿Tenías miedo de que te pidiera dinero?

-La gente lo hace.

Le alegró que no lo negara. Ahora se dio cuenta de que su historia de Sale Haven le podía haber sonado a un llanto, y el hecho de que él también hubiera dudado de ella le calmaba el sentimiento de culpa de sus sospechas hacia él.

-Imagino que tendrás que tener cuidado.

-No tanto como Josh. El es más fácil de encontrar. Le has impresionado, preocupándote de que se estuvieran aprovechando de él.

-A lo mejor le he impresionado por lo equivocada que estaba.

-A Josh no -dijo Harlan, o Mac, negando con la cabeza-. Detrás de ese campesino sureño está la mente de un científico, y tiene un detector de mentiras incorporado. Cala muy bien a la gente. -¿Alguna vez se equivoca?

-En alguna ocasión, pero muy pocas. Y no creo que lo haya hecho esta vez.

Emma se puso colorada, pero de gusto en aquella ocasión. A medida que iba pasando el día, trabajando en silencio, cuanto más lo pensaba más entendía por qué no le había confesado su identidad. En realidad no le había mentido, le había dado su verdadero nombre y simplemente no le había dicho nada que le

hiciera creer más de lo necesario. Era obvio que Harlan conocía la percepción que se tenía de él en el puerto, pero no le importaba e incluso sería beneficioso, una barrera contra la gente que era de verdad lo que él fingía ser.

No fue hasta la noche, después de haber cenado salmón a la plancha y una ensalada de aguacate, que Harlan sacó el tema que había estado en la mente de Emma todo el día.

-Aún no te he dado las gracias por lo de anoche.

-Tampoco te he dado muchas oportunidades. Pero no hace falta. Si acaso lo contrario, yo debería darte las gracias a ti.

-Entonces estamos en paz, ¿no? -le preguntó con la sonrisa más cálida que hubiera recibido en todo el día-. Pensaba que a lo mejor seguías enfadada.

-No creo que estuviera enfadada. Avergonzada sí, me sentía estúpida.

-No lo hagas. No había ninguna razón para que no creyeras lo que creíste. Pero creo que te tenía que haber contado la verdad antes de anoche.

-Sí. Pero si lo hubieras hecho a lo mejor no habría pasado.

-¿Por qué?

-Porque yo habría tenido miedo de que creyeras que estaba contigo porque eras rico. Que era por eso por lo que me rendía a lo que sentía.

-¿Y qué sentías?

-No estaba segura. Sólo sé que nunca había sentido un deseo igual.

-Dios, mujer, le quitas el aliento a cualquiera. -Lo mismo para ti.

-Intento no dar nada por sentado, Emma -le advirtió él tras un rato observándola en silencio-. Así que vas a tener que ser tú la que dé el siguiente paso.

-Y ¿por dónde quieres que empiece? -preguntó ella con voz ronca.

Él se lo explicó de forma tan gráfica que la hizo sonrojarse, pero con una voz atormentada que la hizo desear hacer exactamente lo que le decía. Así que empezó en cuanto llegaron al camarote. Lo desvistió despacio y luego se desnudó ella, sin poder creer que lo estaba haciendo con los ojos de él clavados en su cuerpo. Entonces se tendió sobre él, piel sobre piel. Se puso a acariciarlo con las caricias lentas con las que él la había llevado al borde de la locura la noche anterior. Disfrutó de cada grito ahogado, cada gemido, y memorizó cómo y dónde lo había tocado para provocarlo. Por fin, cuando él pronunció su nombre entrecortado y le rogó que

terminara, ella le tomó el pene y se lo introdujo lentamente. No importaba la rapidez con la que ella se moviera, él siempre le rogaba más, hasta que los dos estuvieron desenfrenados. Cuando él le agarró las caderas para apretarla más contra sí, ella soltó un grito y estalló. En medio de la neblina que la envolvía, lo oyó decir su nombre y notó cómo se le agarrotaban los músculos y arqueaba el cuerpo bajo ella. Todavía temblando y sintiendo placer en todos los nervios, se desplomó sobre él, que con un gemido la rodeó y la empujó aún más fuerte contra sí.

-¿Emma? -dijo él al fin tras varios minutos en silencio.

-Mmm -fue todo lo que pudo contestar.

-Tenemos que hablar.

-...ñapa.

-...cuerdo -contestó él con una sonrisa.

Emma se quedó dormida antes de poderse preguntar de qué quería hablar. No importó. A las tres en punto de la mañana el mundo entero pareció entrar en erupción, y los despertó el eco de una explosión y el sonido de cristales rotos unido a un olor a humo.

Capítulo 15

Harlan soltó una retahíla de palabrotas mientras contemplaba lo que quedaba del Pretty Lady.

-Si hubieras estado a bordo estarías muerta -dijo casi sin poder hablar.

-Pero no estaba -contestó Emma, y a él le maravilló su calma, aunque pensó que quizá no estaba sino impactada y se giró para verle la cara, pero parecía estar bien-. No estaba -repitió ella-. Estaba a salvo, muy a salvo -y lo miró-. Gracias, Mac.

Sabía quién era, lo veía en sus ojos, pero no le importó. Nada le importaba ya mientras recordara la noche cálida y dulce, y entonces comprendió por qué estaba tan calmada porque, después de lo que habían compartido, pocas cosas le harían perder la calma a él también. Desgraciadamente, aquella amenaza contra ella entraba dentro de aquella categoría, y ya no le importaba lo que aquello dijera de lo que sentía por ella.

Los bomberos seguían de un lado para otro aunque el camión que habían llevado ya se había ido, pues no podían hacer más. El Pretty Lady ya no estaba, había ardido hasta la línea de flotación y estaba hundiéndose.

-Ha debido de ser por un escape de gasolina -dijo un investigador-. Ese motor parece muy gastado, como si no hubiera tenido ningún tipo de mantenimiento.

-No creo que lo hayan revisado nunca –estuvo de acuerdo Emma-, pero no es eso lo que ha pasado.

Le explicó lo del robo y Harlan vio que el hombre estaba realizando una nueva evaluación en su mente.

-Vamos a llamar a la oficina del sheriff ahora mismo. Mientras tanto, cuanto antes consigan una grúa para sacar lo que quede, menos les costará.

Por fin había algo que Harlan podía hacer, pensó. Sacó su teléfono móvil e hizo unas cuantas llamadas en las que mencionó el apellido Redstone y su propio dinero para que llegara alguien antes del mediodía. Cuando colgó ya estaba allí el ayudante del sheriff y, aunque estuvo de acuerdo en que era muy sospechoso después de lo del robo, Harlan intuyó que también pensaba que podría haber sido por un motor en malas condiciones. Aun así prometió que lo investigarían.

-Sé que no fue un accidente -le dijo Emma cuando volvieron a estar solos.

-Y yo -dijo, pasándole un brazo por el hombro-. No creo en tantas coincidencias.

-¿Qué crees que ha pasado? -le preguntó ella, aliviada.

-Yo diría que nuestros amigos renunciaron a encontrar lo que estaban buscando y decidieron destruirlo en su lugar.

-Yo pienso lo mismo -asintió ella, sin dejar de mirar los restos aún humeantes.

-Vamos, no podemos hacer nada aquí mirando. Volveremos cuando llegue la grúa.

Regresaron al Seahawk y Harlan preparó algo de comer más para distraerse que por hambre, aunque se lo comieron todo. Para entonces la grúa ya había llegado y salieron a supervisar la operación. Les costó un tiempo atar la eslinga a lo que quedaba del barco, así que tardaron más de una hora en sacarlo del agua. Una vez estabilizado, los operarios prepararon la grúa para meter los restos en la gabarra. En aquel momento Harlan vio algo que llamó su atención e hizo una señal a los de la grúa para que pararan.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-¿Qué? -dijo Emma.

-Ahí, en el lado de la quilla.

-¿Te refieres a eso que parece un parche?

-Sí. No estaba cuando buceé en el casco, así que tiene que ser reciente.

-Y pobre -añadió el operario-. Un trabajo de principiantes.

-¿Por qué -se preguntó Harlan en voz alta- haría algo así, cuando la quilla estaba bien?

Le pareció lo bastante curioso como para pedir permiso para subir a la gabarra cuando hubieron depositado el barco en ella, mientras Emma prefirió quedarse en el muelle.

Una vez lo suficientemente cerca, Harlan vio que efectivamente el parche era reciente y al agacharse para verlo desde otro punto le llamó la atención lo grueso que era. Pidió un cuchillo y no tardó mucho en descubrir que el parche no era más que un trozo de plástico pegado y pintado del color de la quilla. Siguió hurgando con el cuchillo hasta soltar una esquina.

Sabiendo que había algo dentro, siguió escarbando hasta que el cuchillo atravesó el plástico. Harlan se quedó mirando lo que acababa de descubrir, un paquete con papeles envueltos en plástico grueso. Por un instante deseó haberlo dejado, pues no quería que Emma siguiera metida en todo aquello cuando aquellos tipos estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por conseguir lo que querían.

Harlan no tuvo ninguna duda de que lo que querían estaba ahora mismo delante de él.

-¿Qué es? -preguntó Emma desde el muelle.

Pensó que tenía derecho a saberlo, aunque lo único que él deseaba era quemarlo sin leer y dejar que los que hubieran hecho aquello creyeran que habían tenido éxito. Deseando tener otro remedio, desenvolvió los papeles, devolvió el cuchillo y bajó de la gabarra. Emma lo esperaba observándolo con impaciencia. Sus primeras palabras lo sobresaltaron.

-Es lo que dijo Wayne, ¿no? -¿Qué?

-En la carta, «guarda los secretos muy en el fondo, pero están ahí». Decía que el Pretty Lady guardaba la respuesta.

-Pero la respuesta a qué -se preguntó Harlan mientras regresaban al Seahawk.

Una vez en el salón, abrieron el paquete, que contenía varios papeles que parecían arrancados de algún libro de contabilidad y un sobrecito con el nombre de Emma. Extendieron los papeles sobre la mesa. La hoja de columnas con iniciales, fechas, otros números y lo que parecían localizaciones no significaba nada para ellos. Harlan miró a Emma, que observaba fijamente el sobre que aún no habían abierto, y vio que tenía la misma sensación que él, que la respuesta estaba dentro, y que sería una respuesta que quizá no querría ver.

La vio prepararse y, acto seguido, alcanzar el sobre, que abrió con una determinación que él admiraba, como admiraba tantas cosas de ella. Había batallado contra su miedo al agua, había ajustado la imagen que tenía de su adorado primo cuando la evidencia había sido insoportable y había aceptado la decepción sobre él mismo, incluso había entendido sus razones antes de que él lo explicara. En aquel momento se estaba adentrando en lo que seguramente iba a ser algo feo, sólo porque tenía que hacerse.

Había muchas cosas que admirar en Emma Purcell. Era una mujer que se enfrentaba a lo que la vida le deparaba lo mejor que podía, una mujer de las que no había muchas, una mujer... Cortó sus pensamientos de golpe al darse cuenta de que se encaminaban en una dirección en la que nunca hubiera siquiera imaginado ir. Pero no sintió la necesidad de esconderse.

-OH, Dios.

La angustia de la voz de Emma lo sacó de su ensoñación. Estaba mirando sin pestañear la nota que tenía en la mano, garabateada con la letra que reconoció de Wayne. Cuando la miró, ella soltó la nota sobre la mesa y metió la cabeza entre las manos. Harlan tomó la carta y también quiso gruñir, al ver la idea que tenía de «cuidar»

de su prima. Entonces pensó que si no estuviera muerto ya, él tendría ganas de hacerlo.

-No puedo creerlo -dijo ella, y él sospechó que estaba llorando o a punto-. ¿Cómo pudo hacer esto? ¿Cómo pudo siquiera pensar que yo usaría esto?

-Estaba enfermo, Emma. Dudo de que pensara lo que hacía.

-¡Pero es tan retorcido! ¿Cómo pudo pensar que yo me alegraría de tener una lista de sucios traficantes de droga y sus clientes, que yo seguiría sus instrucciones para chantajearlos?

Harlan pensó que era porque él lo habría hecho, pero no quiso incidir más.

-A lo mejor de verdad creía que era lo mejor que podía hacer para cuidar de ti.

-Menudo legado. Es agradable ver lo que creía que valía para mí.

Empujó los papeles como si no pudiera soportar estar cerca de ellos. Harlan imaginó que él ya había dicho suficiente, que a partir de ahora tendría que pasar por ello ella, y lo único que él podía hacer era estar allí. Emma se quedó mirando la nota un rato hasta que por fin lo miró a él.

-¿Crees que pudieron haberlo matado por esto? ¿Que a lo mejor no fue un accidente?

-Puede ser -contestó él, que decidió ser franco con ella-. Está claro que sabía que alguien lo buscaría o no se habría preocupado tanto por esconderlo.

-Me encantaría quemarlo. Pero no puedo dejar de pensar que debería dáselo a la policía.

-Estoy seguro de que se alegrarían de tenerlo.

-Pero, incluso después de todo esto, no me gusta la idea de arrastrar su nombre por el barro aún más. Pero por otro lado, si lo mataron lo que no me gusta es que se queden impunes.

Harlan observó la preocupación en su rostro, consciente de que una vez que empezara ya no habría vuelta atrás. Entonces ella lo miró y él tomó la decisión.

-Hay otra forma. -¿Qué?

-El hombre que me rescató de la selva.

-¿Qué pasa con él?

-Tiene amigos en muchos, muchos sitios. Amigos a los que les gustaría mucho tener esa información sin preguntar. Y a los que no les sorprendería nada que él la tuviera.

-¿Mantendría fuera el nombre de Wayne?

-Si es lo que quieres.

-Pero si ni siquiera me conoce.

-Josh responderá por ti y eso será suficiente para Draven. Entonces él se encargará de que los nombres de esa lista tengan lo que merecen.

-¿Así de fácil?

-El poder de Redstone.

-De acuerdo -aceptó ella tras pensárselo y, cuando él empezó a recoger los papeles, continuó-. ¿Sabes? Siempre había oído hablar de Redstone y no sabía si debía creer lo que decían de él. Parecía demasiado bonito para ser verdad.

-Es bonito y es verdad. Josh se encarga de ello.

-¿Y tú?

-Yo sólo hago mis negocios y dejo que mis inversiones me paguen lo que quiero hacer.

-Buscar tesoros.

-¿Algún problema con eso?

-Mucho menos que el que tenía cuando creía que me estaba enamorando de un lobo de mar -admitió ella con la franqueza que a él tanto le gustaba.

-¿Tú... -tardó en reaccionar él- te estabas enamorando de mí?

-En buena parte -suspiró ella.

Harlan tragó saliva. Ya no le quedaban dudas de que Emma le había roto el muro de fatiga que tenía desde que había llegado a aquel lugar. De hecho, lo había hecho pedazos, dejándolo más libre y ligero que nunca.

-¿Tienes idea de lo que eso significa para mí? Que quién soy, lo que soy, no ha tenido nada que ver -le contestó él, sintiendo que era el mejor regalo que le podía haber hecho.

-No estoy segura de lo significa para ti. Punto.

De repente se dio cuenta de que no le había contestado correctamente y, como nunca lo había hecho y no sabía cómo, al fin lo asentó en lo que pensó significaría mucho para ella.

-¿Sabes? He estado pensando que necesito un perro.

-¿Qué?

-Un perro. Uno adulto, de momento. El cachorro para después.

-Ya... Veo -balbuceó ella, que no estaba segura de que hubiera algo más detrás de aquello.

-Por supuesto necesitaré ayuda. Y mucho entrenamiento -siguió, y la miró de reojo y con una sonrisa torcida-. Para mí, quiero decir.

-Ya veo -repitió ella, pero ahora sonreía.

-¿Conoces a alguien que quisiera ayudar? Yo podría trasladarme, quizá al sur si fuera necesario. Después de todo Redstone está allí.

Quizá incluso podría pasar algún tiempo en tierra firme, siempre que pudiera ver el mar.

-Es una gran concesión.

-Pero tendría que obtener algo a cambio.

-¿Quieres decir alguien que estuviera dispuesto a pasar algún tiempo en el mar?

-Y alguien que comprendiera -asintió él- lo que tengo que hacer con mi vida. Como yo entendería lo que ella tiene que hacer con la suya.

-Yo creo que hace falta alguien con una pasión propia para comprender a otra persona con otra.

-Sí -repuso él, preguntándose por qué nunca lo había visto de aquella manera.

-Aunque no creo que nadie entendiera meterse por una selva de Centroamérica.

-No más de eso. Yo me quedo en el mar, que conozco el entorno.

-Bueno, entonces es posible que conozca a alguien que quiera intentarlo -aceptó ella, dibujando una sonrisa-. Si tú tienes paciencia con ella con lo del agua. Empezar poco a poco.

-Eso puedo hacerlo -prometió él y, con un brillo en los ojos, añadió-: Debería saber que Redstone prepara una boda por todo lo alto.

-¿Boda?

-Sin prisa. Sólo aviso por adelantado.

Mucho más tarde, tumbada en los brazos de Harlan, Emma le habló dulcemente.

-¿Sabes? Sin pretenderlo, la verdad es que Wayne me ha hecho un regalo que no tiene precio.

-Visto de esa manera puede que tenga que perdonarlo, porque a mí también me lo ha hecho.

Epílogo

Emma se rió con ganas de la imagen que tenía delante, su futuro marido intentando mirar severamente al labrador marrón oscuro que acababa de trepar al muelle en el que Harlan tenía amarrado su nuevo barco y se había sacudido toda el agua encima de él. Pero la perrita lo miró como siempre hacía, con cara de pena, y como siempre Harlan se echó a reír.

Se agachó y, a pesar de que estaba empapada, abrazó a la alegre perra a la que había llamado Splash, y que seguía esparciendo agua con el movimiento frenético de su cola.

A Emma le había llevado algunas investigaciones y la ayuda de la encantada y atónita Sheila encontrar al perro perfecto para Harlan. Se la había dado enseguida, mucho antes de la boda, pero a la perra, a la que le encantaba el agua y los barcos, le había costado un par de días ganarse el corazón de su nuevo dueño.

-No os preocupéis -se rió ella-. Ahora estáis en California; os secaréis rápido.

-Ríete, pero acaba de empapar tu regalo de boda -dijo burlonamente, y sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta-. Quería hacerlo mejor, quizá con champán, pero será mejor que lo leas deprisa, antes de que se empape.

Emma abrió el sobre con curiosidad y sacó un fajo de papeles. Le costó un poco registrar lo que era, pero entonces se quedó casi sin habla.

-¿Es lo que parece?

-Eso espero. Si no he malgastado un montón de tiempo embelesando a ese tipo para nada.

-¿Al señor Kean? ¿De verdad te lo ha vendido?

-Eso ha hecho -contestó él con inconfundible satisfacción.

Emma se quedó mirándolo sin poder creer aún que era propietaria de la tierra donde radicaba Safe Haven. Miró a Harlan, pero antes de que abriera la boca, éste la detuvo con un beso.

-No te metas conmigo por esto, Emma, quería hacerlo. Y acostúmbrate, porque te pienso comprar montones de cosas.

-Siempre que sean cosas como ésta y no joyería estúpida y cosas así.

-Sí, señora. Vamos a construir el mejor refugio que un animal pueda desear.

Habían discutido largo y tendido sobre ello y habían llegado a un acuerdo. Ella mantendría su sueño y con la ayuda de él ahora

era algo seguro e incluso se podría relajar e irse con él de vez en cuando. Él también tendría su sueño y seguiría al viento, recreándose en la pasión de buscar tesoros que lo había hecho famoso, pero ahora tendría un hogar al que regresar. De algún modo construirían una vida que comprendiera los sueños de los dos.

-Tampoco habrá discusión por la luna de miel -le recordó Harlan-. Josh quería hacerlo y no hay quien lo pare cuando se le mete algo en la cabeza.

Aunque le encantaba la idea de volar en un lujoso jet privado a donde su corazón quisiera y por el tiempo que quisiera, no podía negar que estaba nerviosa. Abrazó al hombre al que por fin había dado el sí y lo besó apasionadamente, sin importarle que ahora ella también estuviera empapada. Mientras, Splash correteaba alrededor de sus pies meneando la cola. Había aterrizado en la gloria perruna y lo sabía. Emma sonrió, en su propia gloria, una que duraría eternamente.

Justine Davis - Seducción a medianoche